
ANNA CHILLON
REHÉN
En sus manos
PASSION ISLANDS

PASSION ISLANDS

Rehén

En sus manos

Anna Chillon



Copyright © 2025 Anna Chillon
Traducción: Tra Parole Traduzioni
Todos los derechos están reservados a la Autora

Esta es una obra de ficción.
Los personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos o personas reales es pura coincidencia.

www.annachillon.it
annachillon@gmail.com

Capítulo 1



Seamos claros: los polos nunca han hecho que nadie parezca atractivo. Pues bien, tuve que tragarme mis palabras en cuanto doblé la esquina y vi a Ethan Mitchell.

El nuevo y joven asistente del senador Sullivan corría por la pista de tenis, enfrascado en un partido de dobles con su jefe. Llevaba el típico conjunto de tenista, con ese polo blanco que, en teoría, debería haberle quedado soso, pero que daba una impresión totalmente diferente: desabrochado, ceñido en los hombros y más holgado en las caderas, dejando solo adivinar un abdomen bien definido.

Pero como yo era del tipo "ver para creer", no lo habría creído hasta que lo hubiera visto levantarse la camiseta, cosa que esperaba con ansias que hiciera, mientras caminaba junto a la valla del campo, lanzando miradas esporádicas en su dirección.

Inclinado sobre sus piernas, con los gemelos hinchados por el esfuerzo de los *sprints*, replicaba a las bromas con respuestas tan afiladas como sus derechas en la cancha. Al llegar a su altura, me giré para verle la cara. Llevaba una cinta en la cabeza, sobre la frente brillante de sudor. Ojos combativos, de un verde pálido, dirigidos a los rivales, un cutis impecable, una masculinidad suavizada por rasgos refinados.

Tenía que admitir que Haley, mi camarera favorita del Caribbean Bay Cove, no andaba desencaminada: el chico, aunque tenía pinta de estirado, no estaba nada mal. Daba perfectamente el perfil para salir en la televisión, y habría apostado a que tarde o temprano acabaríamos viéndolo en algún informativo, haciendo de escudero del senador.

Al menos eso se rumoreaba de él, según los cotilleos que había ido recogiendo gracias a mi costumbre de colarme entre el personal del Caribbean.

Tuve que esperar a cumplir dieciséis años para poder ir de vacaciones al resort de lujo de mi tío Montgomery, en Gran Caimán. A los veintiuno, ya lo conocía como la palma de mi mano —chismorreos incluidos, la parte más divertida, sobre todo si tenían que ver con jóvenes promesas como Ethan Mitchell.

El joven respondió con un revés y se giró. Nuestras miradas se encontraron mientras, en uno de sus raros momentos de inmovilidad, una gotita de sudor le resbalaba por el cuello.

Sentí el impulso de humedecerme los labios.

¡Hostia, ¿de verdad lo he hecho?!

Lo había hecho, sin pensar, con ese gesto rápido de lengua entre labios que decía más de lo que debía.

Qué perdedora.

Nuestras miradas se cruzaron en un breve y tenso duelo, para luego apartarse como si nada hubiera pasado. Él volvió a centrar rápidamente su atención en la pelota que se le acercaba y la golpeó con un *drop shot* de precisión milimétrica. Yo, en cambio, seguí caminando hacia la pista de al lado, que había reservado la tarde anterior, pero que estaba ocupada por un tipo que practicaba con la máquina lanzapelotas.

Llegué allí con un cuarto de hora de antelación y me senté en el banco junto a la salida, con la intención de que entendiera que no debía alargarse demasiado. Estiré las piernas, masticando dos chicles Orbit, libre para dejar que mi mirada vagara oculta tras mis grandes Ray-Ban con lentes alargadas, que me daban el aspecto de una tía dura. Apoyé los codos en las rodillas mientras hacía girar la raqueta en mi mano.

Naturalmente, estaba mirando mucho más allá de la pista que tenía delante, pero no se me escapó la mirada que me lanzó el tipo.

Sí, tío, espabila que ya me toca, me habría gustado decirle.

Me limité a mascar ruidosamente, triturando el chicle bajo las muelas, consciente de que la raqueta y la toalla colgada al cuello eran la única pista de que podía ser tenista. Los shorts vaqueros rotos y la camiseta negra con el

estampado gris de la muerte contaban otra historia. Quizá tampoco mis All Star moradas fueran el calzado más adecuado.

Con aquel *atuendo* tan poco apropiado, mi sonrisa desprendía cierto aire de arrogancia mientras observaba los movimientos de Ethan. Era realmente bueno, tanto como el tipo de la máquina de pelotas era un desastre. No lograba pillar ni la mitad de las que le disparaban y de esas, enviaba fuera una buena parte. Parecía que estaba luchando contra un monstruo de seis cabezas.

Dejé la raqueta y me crucé de brazos, cruzando también los tobillos, para disfrutar de la escena. Cuando la pelota le dio de lleno en el bíceps, ahogué una risita.

Él se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en las rodillas para recuperar el aliento.

—Vale —jadeó, inflando los pulmones—. No consigo darle ni a la mitad de la pelota, pero al menos hago reír. Algo me tiene que salir bien.

La máquina le envió otra, pero él se quedó quieto, dejando que rebotara frente a sus narices y acabara en el fondo de la pista.

—Las piernas. Tienes que doblarte más —lo instruí, movida por la compasión.

Negó con la cabeza, exhausto.

—Esa cosa es un cañón. —Ese cañón también estaba calibrado para un profesional, por lo que había visto, tanto en velocidad como en fuerza. Pero eso no se lo dije.

—¿Primera vez?

—Me pregunto cómo lo habrás deducido.

¿Por lo torpe que eres, quizás?

—Por tu formidable estilo, obviamente. —Aunque él fuera mayor que yo, a ojo suponía que debía estar cerca de los cuarenta, solía tomarme confianza con cualquiera, sin importar cuánta experiencia tuviera mi interlocutor. Además, en esa ocasión, quien tenía algo que enseñar al otro era yo.

Entré a la pista y atrapé al vuelo la pelota que acababa de ser disparada, justo antes de apagar la máquina.

—Mira. —Me recogí el cabello en una coleta, colocándome a su lado. Mi nariz estaba preparada para recibir un olor fuerte, pero su sudor apenas se percibía, mezclado con el aroma más presente a pino silvestre, en el que parecía haberse dado un baño—. Pies separados, peso equilibrado, rodillas flexionadas, espalda recta pero brazos y hombros relajados. Tienes un buen agarre de la raqueta... —Su mirada pasó de mi postura a mi trasero, provocándome otra media sonrisa—, ...pero tienes que mantener los ojos en la pelota.

Te he pillado, tío. Sé que mi culo también está a tiro, pero no me refería a esas pelotas. Venga, pórtate bien.

Empujado por un gesto mío, me imitó, aunque un poco rígido sobre esas piernas de vello abundante. Por su complexión parecía estar en forma, con un buen maestro podía tener alguna oportunidad. Claro, no para llegar al nivel de Ethan.

Me tomé un momento para observar al asistente estrella del senador al otro lado de la red. El partido había terminado, y él estaba dándose palmadas viriles con sus compañeros. Me pregunté si habría alguna posibilidad de jugar juntos. Habría sido un buen desafío. Lo más complicado sería encontrar una manera no demasiado estúpida de acercarme a él, y en eso Nick, el camarero, tal vez podría ayudarme, dada su fama de conseguir a los huéspedes lo que deseaban.

El hombre a mi lado se señaló las órbitas ocultas tras las gafas de sol con dos dedos en forma de V, luego señaló la máquina.

—Recibido, ojos en la pelota. ¿Qué más?

Ya había perdido a Ethan.

—¿Quieres saber el verdadero secreto?

—Depende, ¿eres una verdadera tenista?

—No, pero me las apaño. —Jugaba al tenis desde los seis años, aunque solo fuera por diversión—. No te dejes engañar por mi camiseta.

—Basado en mi experiencia, no hay nada más engañoso que la muerte —replicó, mirando fijamente el fantasma con la guadaña. Al menos, eso fue lo que deduje por la inclinación de su cabeza, ya que sus lentes espejadas impedían que pudiera seguir la dirección de su mirada.

—Se habían acabado las de Lacoste —rebatí con indiferencia.

—¿Y también se habían acabado los pantalones cortos?

Puede que fuera un desastre con los deportes, pero siempre tenía una réplica lista y yo, para qué negarlo, apreciaba ese toque de ironía mordaz.

—Los pantalones cortos son una creación mía. Tenía unas tijeras y me sentía inspirada. —Imite el gesto de cortar entrecerrando mis ojos color avellana, tan traviesos que emitían un brillo especial. Mi punto fuerte—. ¡Zac, zac!

—Entiendo. ¿Y te sientes a menudo inspirada con algo afilado en la mano?

¿Tienes miedo, tío? ¿O me estás vacilando?

Hice rechinar el chicle entre los dientes, con la boca abierta, y lo miré de reojo con una sonrisa impertinente dirigida a su entrepierna.

—Depende de en qué tenga que trabajar. —Fui irrespetuosa, sí, pero por otro lado él se lo había buscado y probablemente ni siquiera lo pillaría.

Una comisura de su boca delgada se curvó en una sonrisa apenas perceptible.

Lo había pillado.

—Pareces alguien que sabe lo que hace. —Extendió una mano—. Señorita...

—Harper —se la estreché, sintiendo que la mía desaparecía en su gran palma. No mencioné mi apellido, no hacía falta que supiera quién era en realidad.

—Thomas Chandler, un placer conocerte, aunque confieso que me siento un poco intimidado.

Su nombre no me decía nada. Haley no lo había mencionado ni en un solo cotilleo.

—¿Tienes hijos adolescentes?

—Ningún hijo.

—Entonces es por eso. Mi madre dice que no hay adversario más temible que un hijo adolescente. Si tuvieras uno, no tendrías miedo de nada.

—No tengo ninguna duda. Y me temo que en ese sentido siempre seré un cobarde.

Cuanto más lo miraba, menos conseguía entender qué tipo de persona era. Un rostro alargado, con una nariz igualmente larga, y una pequeña perilla que acentuaba aún más esa impresión. Rasgos que denotaban cierta rigidez, en contraste con su expresión afable y su cabello desenfadado, con reflejos rubios teñidos sobre una base castaña.

¿Quién eres, Thomas Chandler? ¿El soltero empedernido? ¿O el putero con la máscara de buen señor?

—Este deporte no es para cobardes, Thomas. Ese es el verdadero secreto para triunfar en el tenis: más trabajo mental que físico. Se necesita concentración y una buena dosis de confianza en uno mismo. —Algo que Ethan Mitchell parecía tener de sobra... y que me atraía más que su físico. Casi nadie conseguía plantarme cara, encontrar a un chico que pudiera hacerlo era como buscar una aguja en un pajar. Retándole a un partido, averiguaría si esa determinación suya era puro humo o si había sustancia detrás.

—¿Tú tienes confianza en ti misma? —me picó Thomas—. ¿Aunque seas tan joven?

Sonreí, con picardía, y fui a poner en marcha la máquina.

—Ver para creer.

Él se hizo a un lado y yo lancé la toalla a un rincón. Me coloqué en la pista, flexionando las piernas con la raqueta en mano. La primera pelota me llegó cruzada; tuve que correr hasta el borde del campo para devolverla. Estuve a punto de atropellar a Thomas, pero aun así marqué el punto con un *slice*

potente que rozó la línea blanca. El hombre aplaudió dos veces mientras se apartaba para dejarme espacio; levantó el pie izquierdo, dio un paso atrás y luego alzó el derecho.

Abrí mucho los ojos.

—¡No! —le grité, abalanzándome sobre él.

Escuché el golpe seco de la segunda pelota al ser disparada, mientras empujaba a Thomas con todas mis fuerzas. La pelota rodó por su cuenta, y él tropezó, acabando contra la red, a la que se aferró con sus dedos para no caer.

—¡Estabas a punto de pisarla! —lo reprendí, señalando a la lagartija que huía.

Él observó a la pequeña criatura correr a toda prisa y su expresión se suavizó, después de haberse ensombrecido de repente. Incluso rió, sacudiendo la red.

—No hay nada de qué reírse. Son criaturas delicadas.

—Pensaba que también lo eran las chicas de tu edad —murmuró, dándome la impresión de que de nuevo estaba deslizando sus ojos por mi cuerpo, desde el delgado cuello, bajando por los bultos de la camiseta a la altura del pecho, hasta llegar a los muslos desnudos.

—Yo no soy delicada.

—Lo he notado. —Se separó de la red mientras se sacudía las manos para limpiárselas. Luego bajó la mirada hacia el reloj—. Y diría que, con esto, mi tiempo se ha terminado.

Noté que la máquina se ponía en marcha y apenas tuve tiempo de golpear la pelota lanzada. Él aprovechó la pausa entre una bola y otra para cruzar el campo. Lo hizo zigzagueando, como si caminara sobre brasas ardientes, y consiguió distraerme.

—¿Pero qué haces?

—Hay una hormiga ahí. Y otra allá —señaló el suelo—. No me gustaría acabar aplastado como ellas por unas All Star moradas.

—Qué idiota —lo insulté sin reparos. Y, sin embargo, sonreí. Me encantaban los reptiles, ¿qué tenía de malo? Mis padres querían que estudiara Derecho, siguiendo los pasos de mi padre, pero yo tenía una debilidad absurda por los reptiles y los anfibios: quería ser herpetóloga. Mi madre ni siquiera podía pronunciar esa palabra, le repugnaba tanto, y mi padre ni siquiera lo consideraba una profesión.

—Ha sido un placer, Harper... casi hasta el final.

—Cuando quieras, mis All Stars están a tu disposición.

Agitó el dedo índice, pero no replicó, manteniendo los labios estirados en una especie de sonrisa. Cogió su toalla, se secó la frente y caminó todavía con

paso lento fuera de la pista. Hasta que, al doblar la esquina, su postura se volvió más erguida, sus zancadas más largas y decididas, y desapareció tras el seto.

Capítulo 2



Tendía a pensar en las cosas solo en el momento en que sucedían, así que no pensé mucho más en Ethan Chandler, hasta el día siguiente, cuando crucé el área *lounge* de camino a otra hora de tenis.

Divisé la figura del asistente estrella lanzarse desde el trampolín a la piscina central del resort.

Iba en bañador. Y no cabía ya duda: era un dios griego.

Estábamos al comienzo de la temporada, en la hora perfecta para la siesta, por lo que casi todas las tumbonas blancas acolchadas, dispuestas en el césped inglés y en la tarima de madera, estaban vacías. Yo prefería el mar, que quedaba más allá de la espesa vegetación de los senderos, cuidados con un esmero casi obsesivo, pero no me lo pensé demasiado: di media vuelta y corrí a ponerme el bikini. Sin un plan muy claro, lancé mis cosas sobre la primera tumbona que encontré, me quité los shorts y la camiseta, y me acerqué al borde de la piscina por el lado más profundo. También era un punto bastante cercano a donde se encontraba Ethan, ya que aquella piscina era tan grande que se extendía en zonas de hidromasaje y recodos a lo largo de unos sesenta metros.

Me detuvo un silbido ensordecedor a medio metro de mis oídos, que me hizo dar un respingo.

—La ducha, antes de tirarte —me reprendió Chris, el socorrista. O, como él prefería llamarse, el responsable de la seguridad balnearia, con su odioso

silbato colgando sobre el pecho esculpido, entre los colgantes con dientes de tiburón que recordaban su alma de surfista crónico.

—¡Chris, joder! —Me había dado un susto de muerte—. ¿Pero tú no estás normalmente en la playa? —lo reprendí, destapándome un oído.

—Normalmente sí. Hoy has tenido mala suerte.

—Tú jamás te duchas antes de tirarte.

—Yo soy yo. —Lanzó una naranja al aire y la atrapó con la mano—. Yo puedo.

—¡Venga ya, no necesito ducharme!

—Las reglas son las reglas, Harper. Incluso para la sobrinita del tito.

—¿Ah, sí? —Crucé los brazos sobre el pecho—. ¿Estás seguro? Porque, sabes, no me parecía que te importaran mucho las reglas del tito cuando... —Presioné la lengua contra la mejilla y carraspeé, llevándome el puño a los labios.

Me quitó la mano de la boca, haciendo que la bajara.

—Vas a hacer que me despidan, peste. —Para nada asustado, parecía más bien divertido por mi gesto imitativo.

Su carácter chulesco era precisamente la razón por la que dos temporadas antes me lo había tirado. Chris, que por cierto, físicamente no tenía nada que envidiar a Ethan, había sido mi primer beso a los dieciséis años y mi segundo polvo a los dieciocho, a pesar de que mi tío Montgomery había prohibido a todos los chicos del personal acercarse a mí. A él le había dado igual y a mí también, bastaba con que no se supiera, por lo que nadie estaba al corriente de aquella noche en la playa, ni siquiera Haley. Un secreto solo nuestro, que los dos necesitábamos mantener así.

—Tranquilo, "baby". No quisiera que eso ocurriera. —Usé el apodo que él solía utilizar con las chicas con las que se acostaba. Excepto conmigo, conmigo usaba "peste".

—Ducha —me apremió. Y hubiera apostado que también me habría dado una palmada en el culo, si hubiera podido, aunque entre nosotros ya no quedaba más que una amistad. Una un poco especial.

—Vale, vale. —Me rendí porque estaba perdiendo demasiado tiempo. Me di la dichosa ducha. Solo que cuando llegué a la escalerilla, Ethan ya había subido y se había tumbado a tomar el sol junto al senador.

Ya estaba completamente empapada, así que me lancé, descubriendo que, con lo a gusto que se estaba, había hecho muy bien en zambullirme, independientemente del objetivo. Nadé, segura de los ojos de Chris sobre mí, y un poco menos de los de Ethan.

Al salir a la superficie, noté que, como temía, Ethan parecía estar absorto en una conversación confidencial con su jefe. El chico se lo estaba currando de verdad para hacer carrera, y qué interesado parecía Sullivan... ¿No será que...?

Oh, no... ¿No serás venal hasta este punto, chico prodigio?

Joder, ahora lo veía claro. ¡El senador se lo estaba comiendo con los ojos! ¡Pero si estaba casado! Sí, ¿y dónde estaba su mujer?

¿Y toda esa garra que Ethan tenía en el campo, entonces?

Dios, estaba claro, el senador y yo teníamos los mismos gustos: buscábamos el reto, a alguien con carácter, capaz de doblegarnos. Ethan no tomaba. Ethan daba.

¿Y cómo iba yo a competir con ese dinero y ese poder? Si al menos hubiera sido un hombre feo... pero no, Sullivan, con su pelo canoso y su bonito rostro retocado, llevaba sus cincuenta y tantos años más que dignamente y tenía su punto. Además de tener un apéndice entre las piernas del que yo carecía.

Qué mala suerte.

Uní las manos con los brazos rectos sobre la cabeza, respiré hondo, llenando los pulmones, y me dejé caer, hasta que toqué el fondo de la piscina. Pasaron al menos treinta segundos antes de que el silbido de Chris me llegara a los oídos, amortiguado por las capas de agua. Se estaba preocupando. Sonreí y aguanté, sintiendo que los pulmones comenzaban a arder y el corazón empezaba a dolerme, mientras prolongaba el desafío conmigo misma.

¡Sube!

No...

¡Sube!

Todavía no...

¿Por qué lo haces?, gritó mi cuerpo, sin obtener respuesta de la mente, demasiado ocupada luchando contra su propia voluntad.

—¡Harper! —gritó una voz lejana, vagamente cabreada.

El agua revuelta me hizo mecerme, las burbujas me hacían cosquillas por dentro y por fuera. Un par de manos urgentes me agarraron, y un bíceps me rodeó el cuello, arrastrándome hacia la superficie. Abrí la boca y tomé todo el aire que pude, pero mantuve los párpados cerrados y fingí estar desmayada, dejándome caer en los músculos de Chris, que sabía de sobra que podía levantarme con facilidad incluso sin que colaborara. Nadó hasta la zona de poca profundidad, soltándome improperios al oído.

Con sumo placer, sentí cómo sus brazos y su pecho se tensaban y se hinchaban a mi alrededor para alzarme por encima del borde y tumbarme junto a la piscina, sobre el cálido suelo de teca.

—¡Harper! —me zarandeó. Mi cabeza cayó hacia un lado en una excelente interpretación. Las piernas yacían desordenadas—. ¡Sé que me oyes, peste! —Pero no debía estar muy seguro porque salió del agua de un salto, impulsándose con los abdominales, y se puso a horcajadas sobre mí para reanimarme. Me echó la cabeza hacia atrás, tapándome la nariz, y se inclinó para sellar sus labios con los míos, mientras sus colgantes me hacían cosquillas en el pecho. Su aliento cálido me envolvió con un aroma a naranja y cloro. Él entró en mí con un soplo y yo en él con la punta de mi lengua, tocando la suya en secreto.

Noté cómo se tensaba al instante. Pero Chris no era de los que se andaban con rodeos cuando se trataba de una chica tumbada debajo de él, así que, en lugar de retirarse, fue su propia lengua la que empujó la mía de nuevo dentro de mi boca.

Lo hizo con prisa, separándose rápidamente para no levantar sospechas. En sus ojos llameantes, de diferente color, se entrelazaron la ira y la pulsión animal.

—Hostia puta —siseó entre dientes—. ¿Qué pensabas que hacías?

Todavía estaba recuperando el aliento: su respiración boca a boca me había dejado aún más sin aire que mi falso ahogamiento.

—Pensaba llamar la atención. —Eso era lo que me había sugerido Haley: encontrar la manera de hacer que Ethan se fijara en mí con un movimiento inesperado. ¿Y cómo se puede impactar a alguien que apenas te dedica una mirada, si no con un gesto dramático? Había funcionado. Ethan seguía hablando con Sullivan, su boca seguía moviéndose, pero sus ojos estaban fijos en mí. Incluso se había levantado las gafas para echar un vistazo por debajo.

Mientras tanto, mi interés había cambiado un poco. Más que desafiarlo en el campo, ahora tenía curiosidad por descubrir si, para el asistente estrella, el pito o el chochete hacían alguna diferencia.

—Las niñas mimadas llaman la atención de esta manera —gruñó Chris, goteando de los mechones empapados.

—Soy muy mimada. Y tengo mucha necesidad de atención.

—Le daría a tu culo toda la atención que se merece. Tanta que se pondría morado. —Fue una explosión predecible y machista, provocada más por el miedo que por otra cosa, pero que, a pesar de todo, me excitó por dentro. ¿Qué podía hacer si tendía a reaccionar así ante ese tipo de amenazas?

—Pero no puedes hacerlo, "baby".

Se levantó y me tendió la mano.

—Pórtate bien, peste.

—¿Como lo haces tú? —le lancé un guiño y me dirigí a paso firme, toda empapada, con mi bañador entero, negro, formado por un sinfín de tiras entrelazadas y oblicuas que lo hacían parecer una pieza de bondage. Fatal para broncearse, pero perfecto para destacar mis curvas y hacer que Ethan me siguiera con la mirada, paso a paso, como lo hizo.

Lo vi con el rabillo del ojo y pensé que lo había atrapado, pero tan pronto como llegué cerca de mi tumbona volvió a echarse, girando incluso la cara hacia el otro lado.

Bufé y sacudí la cabeza como un perro mojado. Mi melena, caótica y espesa, me llegaba hasta la nuca, así que me pasé la mano, recogiendo los mechones y escurriéndoles el exceso de agua.

—Gracias. De verdad que necesitaba refrescarme —dijo la voz de la persona en la tumbona de al lado.

Me giré y vi dos piernas extendidas, con pantalones de algodón, asomando por debajo de las páginas de un periódico abierto. Mojado.

—Oh, lo siento. No lo hice a propósito. —Ni siquiera habría dejado mis cosas junto a una de las pocas tumbonas ocupadas, de no haber tenido tanta prisa por lanzarme al agua. Ese fue mi primer pensamiento. El segundo fue que, hoy en día, casi nadie lee ya el periódico en papel, era algo anticuado.

—Eso espero, porque si no empezaría a preocuparme por mi integridad cuando estás cerca. —El hombre bajó el periódico y lo dejó sobre sus muslos. Mis salpicaduras habían llegado hasta su camisa, su mejilla y hasta las lentes de las gafas, pero lo que más gracia me hizo fue que se trataba de Thomas.

—Parece que hacerte reír es uno de mis talentos naturales. —Se quitó las gafas para secarlas. Bajo unas cejas largas y tupidas, tenía unos ojos de forma alargada, con iris azules bordeados de gris que, por algún motivo, me hicieron olvidar por un momento de qué me estaba riendo, mientras me sujetaba el vientre con la mano. El día anterior no me había dado cuenta de que tuviera unos ojos así.

¿Así cómo, después de todo? Parecían unos ojos completamente normales.

Y sin embargo extraños.

—¿No será que me estás siguiendo? —Sabía que tenía temperamento, pero también sabía que contaba con cierto atractivo físico, como las piernas largas, los pechos bien formados y un culo respingón. Además, me movía con la seguridad de una mujer adulta y eso hacía que los hombres sintieran menos reparos conmigo.

—Debería ser yo quien te lo preguntara, ya que eres tú quien vuelve a venir a donde estoy.

Pensándolo bien, no estaba del todo equivocado.

—Cierto. —Cogí mi toalla para secarme un poco—. De todos modos, para que lo sepas, no tengo intención de molestarte y no llevo nada afilado conmigo.

—Gracias, me siento mucho mejor sabiéndolo. —Se volvió a poner las gafas y sacudió el periódico, retomando la lectura.

—¿Dice algo interesante? —Me sequé el cabello sentándome en el borde de la tumbona.

—No lo sé, solo estaba mirando las imágenes. No quiero cansarme la vista.

Durante unos cuatro segundos permanecí en silencio, intentando entender si estaba bromeando o hablando en serio. La boca enmarcada por la perilla no mostraba rastro de sonrisa. El cuerpo estaba semi tendido, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, la camisa amplia quedaba plana sobre su abdomen, pero eso no me ayudaba a entender si hablaba en serio. Y pensar que siempre me había considerado bastante perspicaz.

No estaba bien. La que lanzaba pullas capaces de dejar sin palabras era yo.

Dio un golpe seco al periódico para enderezar una esquina, lo que me hizo fijarme en sus manos. Las seguí desde los antebrazos hasta los dedos, pasando por la muñeca gruesa y siguiendo por los tendones marcados. Manos que conservaban la rudeza de un hombre, a pesar de que bastara el empujón de una chica como yo para desequilibrarlo y enviarlo contra una red.

—¿Quieres preguntarme algo, Harper? —dijo, pasando la página—. Si te interesa el periódico, casi he terminado, el deporte no es lo mío.

Como si en el campo no me hubiera dado cuenta.

—Y el periódico no es lo mío. —Cogí el peine e intenté desenredarme el cabello—. ¿Por qué estás aquí, en lugar de estar en el mar?

—En el mar hay olas.

—Vaya, eres todo un temerario —me burlé.

Él cerró el periódico, lo dobló en cuatro y lo dejó en el suelo.

—Hay quien podría ahogarse incluso en una piscina —comentó con tono mordaz.

—No te preocupes, lo tenía todo bajo control. Vine a la piscina para probar la apnea.

Giró la cabeza sobre el respaldo, mirándome por debajo de las lentes oscuras.

—Ah, entonces no es por la fauna local.

Arrugué la nariz, preguntándome cuán evidente había sido mi intento de hacer que Chris viniera a socorrerme, si incluso él lo había notado.

—¿Era tan obvio?

—Bastante. Aunque debo decir que me quedé fascinado por tu interpretación del falso ahogamiento. —Giró la muñeca para mirar el reloj y extendió la mano para coger su vaso, lleno de una bebida espesa y blanquecina, con una pajita y una rodaja de limón encima.

—Quería ir a lo seguro. El falso ahogamiento es la técnica básica para seducir al socorrista.

—¿De verdad? ¿Y funciona?

—Me besó. Porque, sabes... —me incliné hacia él con aire conspiratorio— eso no era precisamente una respiración boca a boca.

—¿No me digas? —se inclinó también, susurrando—. ¿Lo hizo de verdad?

Le empujé con un hombro.

—Por supuesto que lo hizo.

El líquido en su vaso osciló, desbordándose y mojándome el dorso de la mano. Lo lamí, e hice lo mismo con la gota que cayó en mi rodilla. No era alcohólico, era un frappé de menta con un toque de lima.

Él apretó la mandíbula con un tic nervioso, quizás irritado por el hecho de que seguía metiéndole en líos uno tras otro. Sin embargo, era mi pierna la que miraba fijamente. Tuve la intuición de lo que mi lametazo a esa sustancia espesa y blanquecina le había causado, y no se me ocurrió nada sarcástico que decir. Al contrario, sentí la necesidad de apretar las piernas con fuerza, percibiendo una pulsación interna. No me lo esperaba de Thomas, a quien tendía a imaginar más como un buen padre de familia.

—Estarás en el séptimo cielo —dijo, más áspero, obligándose a levantar la mirada, precisamente hacia su camisa manchada. Giró las palmas hacia el cielo, como si estuviera pidiendo a alguien que le explicara quién le había enviado una calamidad como yo.

—Espera, tengo unos pañuelos. —Saqué unos Kleenex y comencé a secarle la tela del pecho, sentándome en el borde de su tumbona. Le presioné dos o tres contra la tela, sintiéndome extrañamente torpe, notando su cuerpo contra mi costado, más caliente que el mío, que aún estaba húmedo por el chapuzón.

Él detuvo mi mano, cubriéndola con la suya.

—Podría malinterpretarse y echar a perder tus esfuerzos.

Observé la nuez de Adán en su cuello y subí la mirada hasta la boca que acababa de hablar.

—¿De verdad crees que basta tan poco para que un chico malinterprete a una chica?

—En mi opinión, a un hombre le basta con menos para tener ciertas ideas.

Vale. Estaba hablando de Chris, ¿verdad?

No estaba hablando de sí mismo... O quizás sí, pensé, con los labios entreabiertos, sintiendo la piel más sensible bajo su mirada.

Reaccioné levantándome de golpe.

—De todas formas, no ha funcionado. Él ni siquiera se fija en mí.

Estaba segura de que lo confundiría y le demostraría que no había entendido absolutamente nada si pensaba que el beso de Chris había sido mi objetivo. Thomas solo era un hombre con los ojos vendados, como la mayoría de los hombres.

—¿Y según tú, por qué no ha funcionado? —me preguntó.

—Si lo sabes todo, dímelo tú —lo desafié.

—Solo sé lo que veo. —Se enderezó, terminando de frotar la camisa—. Y solo sé que la próxima vez te conviene lanzar el anzuelo cuando el pez pequeño esté separado del grande.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No creo que el muchacho esté dispuesto a seguirte el juego mientras esté en compañía. —Me miró a mí y luego a Ethan.

Lo había entendido todo, desde el principio, lo cual me sorprendió, despertando en mí una mezcla de admiración y fastidio, porque había sido más avispado que yo.

Aproveché para echarle un vistazo al asistente estrella. No lo había vuelto a mirar, tanto para no ser descubierta como porque había estado demasiado ocupada intentando seguir el hilo de nuestra conversación.

Ethan seguía allí, parecía estar dormido, pero sus ojos se abrieron y se volvieron a cerrar, como si solo quisiera asegurarse de que el senador seguía a su lado.

—¿Quién te dice que me interese ese tipo?

—Dudo que tus miras estén puestas en el otro, el más viejo.

—El más viejo es un senador de los Estados Unidos. Deberías reconocerlo: ¿no salía en alguna de esas fotos que miras en el periódico? El senador Sullivan, para ser más exactos.

—¡Eso es! Ya sabía a quién me recordaba esa cara.

—No te lo recuerda, es él. Y de todos modos, me gustan los hombres que saben lo que hacen, independientemente de la edad —dejé claro mientras cruzaba los brazos, de pie frente a él.

—Pero apuntabas al joven.

Suspiré.

—Sí.

—Ya. —Arrugó el pañuelo y lo lanzó hacia la papelera cercana, pero no acertó y acabó fuera. Suspiró más fuerte que yo. Luego, como buen hombre

respetuoso con el medio ambiente, se levantó para recogerlo.

Me rasqué el cuello, espantando una mosca imaginaria.

—¿Puedo saber cómo lo has averiguado?

—Tienes algo aquí —al regresar, señaló su hombro y tiró de una esquina de la tumbona para moverla hacia el sol.

—Podría haber sido el socorrista. —Negué con la cabeza, sintiendo un cosquilleo por el cabello.

—Al socorrista ya lo tienes en el bolsillo, apuesto. Además, habría sido lo más sensato, pero también lo más obvio, y no me parece que quieras pasar por una chica obvia. —Empezó a desabrocharse la camisa—. Tienes una araña en la cabeza.

—Sí, pero el so... —¡¡¡¿*Araña*?!!!—. ¡Dios mío! ¡Quítamela! —Comencé a sacudir la cabeza y a darme manotazos en el pelo, horrorizada. La sentí correr por todo mi cuerpo con sus terribles patitas.

—Para —ordenó Thomas.

—¡Sácamela! —grité, pataleando y chocando contra él—. ¡Quítamela de encima!

Me agarró las manos que agitaba de un lado a otro, dándome golpes en la cabeza.

—Para —repitió con tono autoritario. Me sujetó las muñecas con una firmeza de la que no lo creía capaz, obligándome a mirarlo a los ojos. Me quedé atrapada en su mirada, paralizada por el pánico y por esa nueva intensidad en sus ojos.

—Por favor —sollocé. Esa criatura espantosa había llegado hasta mi bíceps, la sentía. Estaba en manos de Thomas y ese desgraciado se lo tomaba con toda la calma.

—Tienes que quedarte quieta. —Una vez que consiguió que me rindiera, finalmente decidió hacer algo. Se lanzó, agarró a la araña por una pata y la levantó para mostrármela.

Intenté echarme hacia atrás, pero él todavía me sujetaba una muñeca.

—¿Qué demonios haces? ¡Tírala! —lo apremié.

—¿Dónde? —respondió con calma, demorándose y saboreando mi derrota.

—¡Fuera! ¡Lejos de mí!

Él se rió, dejó de sujetarme y fue a tirar la espantosa criatura en un arbusto de hibisco.

—¿Qué tiene una lagartija que no tenga una araña?

—Ojos. Y menos patas. Muchas menos patas. —Seguía tocándome por todas partes, aún atrapada por esa sensación horripilante.

—Técnicamente, la araña tiene más ojos que la mayoría de las especies animales.

—Sí, bueno, intenta tú averiguar hacia dónde está mirando.

Thomas se colocó las gafas y cogió su frappé. Miró en dirección al senador, pero fue a mí a quien se dirigió.

—Así que hay algo que asusta incluso a una chica temeraria como tú.

—Solo una —volví a mostrarme desafiante, aunque examiné bien la tumbona antes de recostarme en ella. Mi hora reservada en la pista de tenis pasaba rápido y mi intento de atrapar a Ethan había sido un fracaso: no tenía motivos para quedarme. Pero me quedé, me puse las gafas y me llevé una mano al estómago, confesándole a Thomas—: En realidad, son dos: las arañas y no ser capaz de destacar. No ser lo suficientemente buena en eso.

—¿En qué?

—En eso. Eso que decides hacer en la vida, lo más importante. —Para mi padre había sido la abogacía. Frente a su carrera como abogado de renombre y luego juez, yo desaparecía—. ¿Tú eres bueno en lo que haces?

Para permitirse unas vacaciones en un resort de lujo como el Caribbean, debía tener un trabajo bastante bien remunerado. Imaginé que podría ser algo como empresario de la construcción o director de una compañía de seguros. Un trabajo estable, que implicara desplazarse en coche, sentarse detrás de un escritorio de cristal y ser amable con los clientes. No iba a preguntárselo, prefería adivinarlo por mí misma, recogiendo pistas, sin prisas.

—¿Se te da bien tu trabajo? —insistí, cerrando los ojos.

Él se agachó para recoger algo del suelo y, al incorporarse, su sombra se alargó sobre mí, provocándome un escalofrío en la piel que ya no recibía el calor del sol.

—Me las apaño —respondió.

Quizás me había equivocado con él. El hecho de que no estuviera de vacaciones con su familia significaba que apreciaba la libertad y el riesgo relativo; podría incluso tener los huevos suficientes para ser un broker.

—¿Y qué es lo que te da miedo, aparte del lanza pelotas, el mar y los objetos afilados?

Tiró lo que había recogido sobre mi tumbona. Lo sentí en la mano y lo cogí, descubriendo que era una de las gomas para el cabello que solía dejar por todas partes.

Él se alejó, y su voz se fue apagando.

—Tú, Harper. Tú me aterrorizas.

Capítulo 3



Esa noche, en la mesa del senador, se sentaron cenar dos bellísimas mujeres, dos huéspedes del resort. Ambas se quedaron con Ethan cuando el senador se despidió. Por su actitud, obtuve respuesta a mi pregunta: el asistente estrella no desdeñaba al sexo femenino y no pertenecía exclusivamente a nadie.

Debería haber estimulado en mí las ganas de retomar el desafío, pero me sentía un poco desmotivada. No me parecía que valiera la pena, así que dejé de prestarle atención y preferí pasar el tiempo en la cocina, distrayendo a los cocineros y camareros.

Unas horas más tarde, algo desanimada, decidí ir a ver el espectáculo de fuegos artificiales de medianoche que se celebraba frente a la playa del Caribbean tres veces al año. Tomé la ruta más larga. Me adentré por uno de los senderos que serpenteaban entre la espesa vegetación, desde donde se accedía a los diferentes caminos que conducían a las cabañas, esparcidas aquí y allá en total privacidad.

Al estar iluminados solo por pequeñas luces tenues, me llevé un susto de muerte cuando algo oscuro pasó por encima de mis pies. Luego me di cuenta de que era una iguana azul de las Islas Caimán, una especie rara. Me iluminé, cautivada por lo que creí que sería el momento más emocionante de mis vacaciones.

Era adulta, enorme, de un fantástico tono de azul brillante. Pasó bajo el cordón de cáñamo que delimitaba el camino y se escabulló, meneando la cola, hacia los arbustos.

No podía dejarla escapar, así que decidí enfrentarme a lo más aterrador que ese pequeño bosque tropical podía ofrecer: las arañas. Salté el cordón para lanzarme a su persecución. Mis ojos se acostumbraron rápidamente a la creciente oscuridad, ayudados solo por la luz de la luna que se filtraba entre las hojas de las palmeras.

No sé cuánto tiempo estuve siguiendo a la iguana, adentrándome en la vegetación. Pero lo que sí sé es que, en un momento dado, escuché un ruido que me hizo levantar la cabeza.

Sin darme cuenta, había llegado a invadir el terreno trasero de una cabaña, una de las más alejadas del complejo.

Apenas tuve tiempo de adaptar la vista a la luz que venía del interior, distinguiendo dos siluetas que se movían de forma extraña entre las habitaciones, cuando percibí los sonidos de una pelea. Algo, una silla quizás, fue derribada, hubo un grito asustado, un gemido empapado de desesperación que me puso los pelos de punta.

La iguana huyó, pero yo no pude apartar la vista. Fijé la mirada en esa maldita puerta-ventana, con la sangre corriendo más rápido en mis venas y el corazón desbocado en mi pecho, mientras un hombre surgía entre las cortinas que daban al pequeño balcón elevado. Con los brazos extendidos hacia adelante.

—¡Ayu...! —Fue retenido en el umbral por unas manos enguantadas de negro que le taparon la boca. Sus ojos estaban desorbitados, presas del terror, y los míos también lo estuvieron al reconocer en ese rostro al senador Sullivan.

Lo vi aferrarse al marco de la puerta para no ser arrastrado hacia adentro. En ese momento, el estallido del primer fuego artificial explotó en la playa y también en mi garganta.

¡Grita! me ordenó mi mente. *¡Grita fuerte!*

Pero no tenía voz y los estallidos de los fuegos artificiales cubrían cualquier otro sonido, retumbando dentro de mí. El senador se zafó para quitarse de encima a su agresor. Durante una fracción de segundo, al lanzarse hacia adelante, pareció que lo había conseguido.

Atravesó el umbral, las cortinas ondearon con la salida del otro hombre tras él, y un estruendo, distinto a todos los demás, que jamás olvidaré, resonó más seco y espeluznante.

La distancia a la que me encontraba me permitió ver cómo la sangre le salpicaba de la cabeza, antes de que el empujón lo hiciera doblarse sobre la

barandilla y caer al otro lado como un peso muerto, unos metros delante de mis pies.

Yo, sin embargo, no estaba mirando el cuerpo. Miraba atónita al hombre del balcón, con guantes negros y la pistola en la mano. Y, lamentablemente, él me miró a mí.

Su expresión glacial me era completamente desconocida, pero esos rasgos pertenecían a alguien con quien había reído y hablado solo unas horas antes.

Ambos nos quedamos inmóviles durante un par de segundos, tomando conciencia el uno del otro.

No era posible. Y sin embargo, era él, desde las puntas rubias de su cabello hasta la barba de chivo más oscura... Thomas.

—No te muevas —dijo, levantando la mano libre con lentitud—. Mantén la calma.

Ahora me mata, pensé, mientras cada estallido de los fuegos artificiales hacía que me sobresaltara, temiendo que fuera el disparo de una bala dirigida a mi cabeza.

Bajé la vista hacia el senador, había muerto en el acto, no tenía la más mínima duda. El primer cadáver que veía en mi vida. Abrí la boca para gritar, pero no salió nada, en su lugar, una lágrima resbaló por mi mejilla.

Mi cuerpo se había puesto rígido, no me respondía. Solo conseguí dar un paso atrás, esperando que mis pies decidieran huir antes de que fuera demasiado tarde, aunque... ya era demasiado tarde.

Ya estaba muerta. Bastaba que él lo quisiera.

Otro paso atrás, o tal vez el pánico absoluto reflejado en mi cara, lo hizo maldecir.

—Joder.

Agarró el pasamanos y saltó con decisión, lanzándose por encima de la barandilla. Cayó junto al senador con una agilidad que Thomas no debería haber tenido.

Entonces sí que la descarga de adrenalina me aflojó las piernas, y empecé a correr como una maldita presa huyendo. Los pelos de la nuca se erizaron por la sensación de que en cualquier momento recibiría una bala entre los omóplatos.

—¡Ayuda! ¡Ayu... Ayudadme! —Intenté gritar, pero mi voz salió en gemidos ahogados más que en gritos.

Corrí a toda velocidad durante unos cincuenta metros en dirección al sendero. Me dolían la garganta, los pulmones, las piernas, me dolía todo. Vi las lucecitas a lo lejos y rogué con todas mis fuerzas...

Entonces me agarró de un brazo. Me retorcí todo lo que pude, tiré inútilmente. Él me rodeó y me apretó contra su pecho, tapándome la boca. La mano presionó tanto que me inmovilizó la cabeza contra su hombro. Mis ojos fijos vislumbraron, sin poder verlos realmente, los destellos multicolores en el cielo, entre el espeso follaje.

—Estate quieta, joder, o te haré acabar igual que ese cerdo.

Luchaba por respirar, hundiendo la nariz en sus guantes que olían a cuero fresco, mojándolos con lágrimas, débil entre sus brazos.

—Ahora nos largamos de aquí y ni se te ocurra decir ni pío. —El brazo bajo mi pecho me apretó el torso haciendo que respirar resultara aún más difícil—. ¿Lo has entendido?

No había entendido ni oído nada. Mi corazón latía más fuerte que los estallidos y mi mente gritaba, de forma ensordecedora, solo cuatro palabras: *"Asesino. Thomas es un asesino"*.

Y yo era la testigo de su crimen.

Intentar liberarme era inútil. Ese no era el hombre al que había hecho caer contra la red con un empujón. Me sujetaba con una fuerza brutal, debatiéndome contra la cual solo conseguía hacerme más daño. Así que, al final, mi cuerpo dejó de luchar, a pesar de que la sangre corría desbocada por mis venas.

—Muy bien, así. Estate quieta. —Aflojó el agarre poco a poco—. Y ahora adelante, calladita y camina. —Me empujó lejos de él.

Di un paso vacilante, tropecé y me giré. Había vuelto a desenfundar la pistola y me la estaba apuntando. Y cuando esa arma te apunta directamente a ti, lo único que quieres es salir de su trayectoria. Joder, tenía toda una vida por delante: logros que alcanzar, chicos con los que liarme, y errores por cometer. Sobre todo errores, porque, por lo visto, en eso sí que era una experta.

Viéndome ya enterrada en algún sitio bajo una palmera, tensé los músculos, mientras mis ojos se movían frenéticamente, buscando una forma de escapar.

—Inténtalo de nuevo, y esta vez te mato —amenazó apuntándome al pecho.

—No... —Me cubrí el corazón, los ojos se me llenaron de lágrimas y las lucecitas lejanas del sendero se transformaron en estrellitas titilantes—. No me dispares, por favor —supliqué con una voz temblorosa, extraña incluso para mis propios oídos.

Al oír un estallido aislado, más fuerte que los anteriores, él estiró el cuello en dirección hacia la playa. Se escucharon otras dos explosiones, seguidas por el silencio que marcaba el final del espectáculo pirotécnico. Pronto, los espectadores empezarían a dispersarse por los caminos del resort.

Impulsado por una nueva urgencia, Thomas me agarró de un brazo y me arrastró en dirección opuesta al sendero.

—¡Muévete, rápido!

Mi cuerpo estaba reticente, las piernas descoordinadas, pero poco importó. Sus dedos me apretaban el bíceps, cortándome la circulación y sosteniéndome en cada paso en falso. Me obligó a colarme entre arbustos espesos que arañaban mis brazos y piernas desnudas, llenándome de escozor, mientras atravesábamos zonas oscuras del complejo que ni siquiera yo había visto antes.

Me estaba sacando de allí.

—No... —murmuraba de vez en cuando, siendo silenciada y empujada hacia adelante con mayor ímpetu.

—Cierra la boca y camina —susurraba con voz feroz, haciéndome estremecer a pesar del esfuerzo que me cubría de sudor caliente y frío.

En esos primeros momentos de caos, posteriores al asesinato, una pequeña parte de mí, muy confundida, aún esperaba haberse metido en una especie de pelea que desembocó en un arrebato de ira que acabó mal, hasta que llegamos al muro que rodeaba al resort y vi la escalera de madera. Alguien había puesto allí una maldita escalera de madera.

Lo había pensado.

Meditado.

Planificado.

Tuve la confirmación de que no había sido una pelea, sino un asesinato a sangre fría.

Thomas volvió a sacar la pistola. Presionó el cañón contra mi hombro.

—Sube.

Subí hasta lo alto, agachándome allí. Él me siguió de cerca y me dijo que saltara.

—Es demasiado alto —objeté. Debían ser casi tres metros.

—No me interesa. Salta o te empujo, y en ese caso es más probable que te rompas una pierna.

Lo miré llena de odio, pero en cuanto hizo ademán de acercarse, salté.

El impacto fue fuerte, lo sentí todo en las rodillas. Él saltó justo después de mí, mucho más ágil. Ese cabrón que no podía ni atrapar una pelota...

Me agarró de nuevo. Mis ojos seguían fijos en el muro del Caribbean mientras mis pies se movían a la fuerza. Estaba siendo secuestrada, arrancada de mi lugar y de mi vida.

Quién sabe cuándo se darían cuenta. ¿Qué pensarían mis padres y mi tío cuando les llegara la noticia? ¿Se preocuparía mi padre por mí? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que su trabajo volviera a ser la prioridad?

Y quién sabe si me encontrarían viva.

El destello de la sangre que salpicó de la cabeza del senador me dio una arcada que reprimí temblando con fuerza, mientras Thomas quitaba la lona a un jeep verde, escondido entre los arbustos.

Abrió la puerta.

—Entra.

Cuanto más lejos me llevara, más difícil sería encontrarme. Clavé los pies en el suelo.

—¿Dónde me llevas?

Me dio un empujón, metiéndome a la fuerza dentro.

—¿Lo entiendes o no que no tienes voz ni voto, mocosa?

Manipuló algo detrás de mi asiento, antes de ocupar el puesto del conductor.

—Tho...Thomas... no diré nada. Te lo juro... —Me sentí agotada. Apoyada contra el asiento, me abracé a mí misma, consciente de que nadie me iba a proteger, si no intentaba hacerlo por mi cuenta—. Ni siquiera sé quién eres. No creo que Thomas sea tu verdadero nombre, así que, ¿ves?, no...

—Axel Rage —me interrumpió.

—¿Qué? —tragué saliva con fuerza, dándome cuenta de lo que mis oídos acababan de oír—. No...

—Axel Rage —repitió su verdadero nombre, haciéndolo sonar como el de una bestia sedienta de sangre.

—No... no... —agité la cabeza llevándome las manos a las orejas.

—Sí. —Se inclinó hacia mí, me agarró la mano con la que intenté apartarlo y me presionó un trapo sobre la boca y la nariz.

Gemí contenido la respiración tanto como pude. El olor dulce del cloroformo invadió mis fosas nasales. Mi cabeza dio vueltas, el dolor en la nariz me pinchó hasta el cerebro, mis uñas se clavaron en la piel de su brazo, pero él siguió manteniéndome ahí, privándome de oxígeno, hasta que el dolor físico disminuyó. Mis párpados se relajaron, mis manos resbalaron a mi regazo, perdiendo fuerza. Lo último que escuché fue su susurro.

—Dulces sueños, mocosa.

Y me desvanecí.

Capítulo 4



Pasando de la oscuridad total a un estado de semiinconsciencia, me di cuenta de que mi cabeza rebotaba contra el respaldo del asiento debido a lo que debía ser un camino accidentado. Parpadeé, vislumbrando destellos de un sendero en mal estado, invadido en gran parte por ramas oscuras a través de las cuales el jeep se abría paso con dificultad.

Mi cabeza era demasiado pesada, tenía el cuerpo entumecido y lo único que quería hacer era dormir, así que volví a cerrar los ojos. Cuando los abrí nuevamente, esforzándome por enfocar la vista, me encontré acostada en una cama de matrimonio, sobre las sábanas.

La habitación estaba iluminada por la luz del día que se filtraba por la única ventana, más allá de la cual apenas vi el denso follaje de las plantas.

Recordaba todo y me encontraba fatal, aunque no sabía decir con precisión qué me pasaba, aparte de una notable sensación de náusea.

Tragando un sabor horrible, intenté levantarme apoyándome en los codos, y tuve la desagradable sorpresa de descubrir que estaba atada con una cuerda en cada extremidad. Sentí de inmediato el pánico subir por mi cuerpo, cediendo al impulso de tirar de ambas manos, que estaban atadas a la barra horizontal del cabecero de madera, y de sacudir los tobillos, fijados a la base de la cama con nudos robustos que me dejaban completamente vulnerable.

Thomas, o mejor dicho, Axel, me había tomado como rehén.

Me dieron ganas de llorar.

No, Harper... No hagas ruido, o sabrá que estás despierta... Piensa... ¡No puedes derrumbarte, tienes que pensar!

Intenté respirar hondo, mientras un par de lagrimones desobedientes se me escapaban por los rabillos de los ojos y me caían por las sienes. Sorbí por la nariz, tomé todo el aire que pude por la boca y eché un vistazo rápido a mi cuerpo. Llevaba los mismos pantalones cortos de algodón y la misma camiseta negra, cuyos desgarrones a la altura del abdomen solo podían atribuirse al diseñador. No me faltaba nada, pero tenía algo de más: moretones amarillentos de los dedos que me habían agarrado en el bíceps, un par de tiritas en los brazos y tres en las piernas, cubriendo las peores partes de los arañazos que me habían hecho las zarzas.

Me había tocado. Quizás no en sentido sexual, no sentía nada raro allí abajo, pero aun así había permanecido completamente a merced de sus manos durante un largo rato.

Mientras hacía estas consideraciones, oí una voz proveniente de detrás de la puerta entreabierta.

—...Ningún otro testigo —estaba diciendo mi captor. Siguió un breve silencio del cual entendí que estaba al teléfono—. Sí... No. Harper Montgomery, sobrina de Caleb Montgomery e hija del juez Montgomery.

¡Dios mío! Él siempre había sabido quién era yo, mientras yo, como una tonta, me tragaba su actuación. Apreté los dientes por la rabia y el dolor de cabeza causado por esa porquería con la que me había narcotizado.

Tenía que huir de ese bastardo, lo más lejos posible. Luchando contra las lágrimas, miré a dónde me había llevado. Estaba en el dormitorio de una cabaña monocolor, de piedra y madera clara, sin tratar, que desprendía un agradable olor. Irónicamente, parecía mi ambiente ideal, eco-friendly y con un toque chic: todo en el interior había sido realizado con materiales naturales, como ratán y yute para las esteras, las cestas y las pantallas de las lámparas de diseño, o cáñamo para las cortinas. Incluso las cuerdas con las que estaba atada eran de cáñamo rugoso, para seguir con el tema. Al menos no me había tirado en un sótano oscuro.

Oh, sí, mucho mejor morir en una bonita cama blanca shabby-chic, Harper.

¡Maldita sea, no llores, piensa, maldita sea! ¡Piensa...!

—No. Yo me encargaré, tú asegúrate de que Vogan sea puntual. —Terminó la llamada acercándose con pasos lentos a la puerta.

Cerré los ojos de inmediato, sin poder evitar que Thomas, mejor dicho, Axel —debía grabármelo en la cabeza—, entrara. Sabía que estaba en la habitación, pero no lograba entender qué estaba haciendo. Los segundos pasaban y yo

sentía su presencia molesta, que me hacía cosquillear la piel, hasta que me rendí: levanté lentamente los párpados, temblando un poco, y me llevé una sorpresa.

Él estaba allí, junto a la cama con un vaso en la mano, y era diferente. Su cabello, más corto, recién lavado y aún húmedo, ya no era rubio: ahora tenía un tono castaño intenso. La perilla había desaparecido. La máscara de Thomas había caído, dejando paso a Axel. Una metamorfosis visible incluso en los rasgos, que se habían vuelto más duros y decididos, en lo que debía ser su expresión natural, menos amable y más autoritaria. Y sin embargo, en el fondo, los que tenía delante seguían siendo el rostro y el cuerpo de Thomas; el hombre que había despertado en mí la sonrisa y la confianza suficiente para que le contara mis confidencias. ¿Era demasiado esperar que algo de ese hombre fuera real?

Apreté los puños mientras se inclinaba sobre mí.

Metió una mano detrás de mi cuello y me levantó la cabeza.

—Bebe.

Apreté los labios con fuerza, girando la cara, a pesar de que necesitaba esa agua como el aire.

El líquido me resbaló por el cuello.

—No tiene droga, es solo agua. —Hizo un segundo intento, antes de dejarme, depositando el vaso sobre la mesita de noche—. Peor para ti, mocosa.

Lo miré fijamente, llena de odio. Esos ojos entre grises y azules... seguían siendo los mismos, aunque hubo un momento en el que, al mirarlos, sentí un escalofrío. Si tan solo los hubiera estudiado mejor... Pero no habría servido de nada, nunca habría imaginado que llegaría a tanto.

—¿Por qué? —murmuré, con un lamento del que se deducía que no estaba hablando del agua.

Él frunció el ceño sobre su larga nariz, evaluando si valía la pena darme una respuesta.

—Porque es lo que hago —dijo, cruzando los brazos sobre la camisa oscura —. Para usar tus palabras: es "eso". Lo que mejor se me da.

"*Me las apaño*", había respondido cuando le pregunté si era bueno en su trabajo.

Ahora ya no necesitaba reunir indicios para entender cuál era su oficio. Y suponía, de hecho tenía pruebas, que su talento iba más allá del "*me las apaño*".

—Eres un sicario —escupí la palabra como si fuera algo sucio—. Matas a la gente por dinero. —Dar voz a esa realidad me hizo estremecer de la cabeza a los pies.

—Un gran montón de dinero —confirmó.

Reprimí un sollozo, tragando con dolor.

—¿Cómo puedes ser tan malo y corrupto?

Él sonrió con desdén ante mi juicio pueril.

—¿Sabes qué es gracioso? Si llevas una bandera de barras y estrellas aquí, así de grande, te llaman héroe —dijo, tocándose el hombro derecho—. Ahora me llaman asesino. Y sin embargo, hago la misma maldita cosa, y a menudo por la misma maldita gente. Pero al menos, ahora, me llaman de la forma correcta.

Había sido militar, tal vez en algún momento había creído que mataba por una buena razón. No debería sorprenderme, muchos hombres que hacían carrera en el ejército terminaban convirtiéndose en mercenarios. Y eran los más hábiles y despiadados, si se hacía caso a las películas de la televisión.

Solo que yo no estaba frente a una pantalla, sino ante su mirada que no me dejaba respirar. Giré las muñecas en las cuerdas y me retorcí todo lo que pude, sintiendo la necesidad de huir en cada célula del cuerpo.

—¿Me matarás también? —gimoteé, incapaz de creer que esos pudieran ser mis últimos suspiros. Porque aquel detalle lo cambiaba todo, y yo necesitaba saber cuán cerca estaba mi final.

Él pareció quedarse allí, observándome, evaluando la idea.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos, hasta que el picor en la nariz me hizo toser. Me contraje completamente con espasmos que me hirieron las muñecas y la garganta seca.

Axel recogió el vaso y, esta vez, se impuso. Me levantó la cabeza y me obligó a beber metiéndome la copa en la boca. Un poco de agua se derramó, pero, tras el primer sorbo reticente, a mi cuerpo ya no le importó si tenía droga o no, la quiso toda, tragándosela hasta la última gota.

Sentado a mi lado, me apartó el cabello de la cara, pegado por las lágrimas y el agua. Lo hizo con una delicadeza que desentonaba con su apariencia de asesino, mientras yo permanecía inmóvil, no porque quisiera permitírselo, sino porque no tenía elección, paralizada por un miedo cargado de desconcierto, y por las cuerdas.

—¿Qué hacías en el bosque? —preguntó, adoptando un tono de interrogatorio.

Tuve la impresión de que mi respuesta era importante. Como no sabía cuál podía ser la correcta, di la única que tenía.

—Perseguía una iguana.

—¿Por qué no fuiste a los fuegos artificiales como todos?

Estaba demasiado cerca. Traté de apartar al menos un poco el costado, recordando cuando había sido yo, en la piscina, la que se había sentado junto a

él de ese modo.

—Iba hacia allí, pero entonces apareció la iguana azul de las Caimán y me puse a seguirla. Perdí la noción del tiempo... y de dónde estaba.

Se levantó entornando los ojos, con desconfianza.

—Primero una lagartija, y ahora sales con una iguana.

—Es la verdad, lo juro. Me apasionan los reptiles.

—¿Por qué? —indagó, buscando una grieta en mi justificación.

—Son fascinantes. Parecen animales frágiles, especialmente los más pequeños, pero llevan millones de años en la tierra y saben resistir a todo. —No habría sabido decir nada más. Una respuesta pobre, que sin embargo pareció intrigarle, por cómo inclinó la cabeza. Me creyera o no, me daba igual. Solo tenía una pregunta que me taladraba por dentro, para la cual urgía una respuesta—. ¿Vas a matarme?

Muerta por culpa de una iguana azul de las Caimán: habría sido cómico, si no fuera tan dramático.

—Depende de ti, mocosa.

Fue en ese momento cuando pasé de un estado de temerosa incertidumbre a uno de cabreo asustado.

—¿Me estás tomando el pelo? Nada depende de mí —recalqué el concepto agitando las manos. Un gesto que no hizo más que arañarme la piel, agudizando mi sensación de impotencia y mi rabia—. Si depende de mí, quítame esta mierda, joder, y deja que me marche.

—Cálmate, ya no estás vagando por el resort como una gamberra que deja corazones rotos a su paso —Axel me sujetó el mentón entre los dedos, obligándome a mirarle a los ojos—. ¿Querías llamar la atención? Bien, has ganado toda mi atención, así que te aconsejo que no me hagas enojar.

—No era tu atención la que quería. —Presioné la nuca contra la almohada intentando mover la cabeza, pero sin éxito.

—Pero es la única que has conseguido. Más que la de Ethan Mitchell, el socorrista, o la de papito, porque esa es la que realmente querrías, ¿verdad? La de papito. —Sus dedos de hierro parecieron hurgar en lo más profundo de mi alma, desatando una nueva oleada de lágrimas y rabia, ante las que él permanecía inmune—. Yo no soy papito. Te aconsejo que mantengas a raya a tu pequeño ego rebelde, porque escucho cada una de tus palabras y veo cada uno de tus gestos. Así que compórtate bien, sé una niña buena y obediente, y puede que no te pase nada malo.

Retiró los dedos con un movimiento brusco que me giró la cara.

Por un instante me quedé mirando fijamente la pared de piedra.

—¿Cómo puedo confiar? —pregunté, más para mí misma que para él, porque realmente quería creer en esa última frase, aunque solo me viniera a la mente un único final que un asesino podría dar a un testigo.

Axel sonrió. Una sonrisa siniestra que ya no tenía nada de la afabilidad de Thomas.

—¿Tienes alternativas?

***

Axel me dio más agua y luego me dejó sola durante horas, en un silencio apenas interrumpido por los cantos de los pájaros y los fragmentos del noticiario que él escuchaba en la habitación contigua. Los efectos del cloroformo —o de la porquería que me hubiera dado— empezaron a disiparse, pero fueron los pensamientos los que atacaron mi cabeza hasta hacerla doler de nuevo. ¿Cómo era posible que, entre todas las palabras dichas para resaltar la precariedad de mi situación, fuera su comentario sobre mi padre lo que más me había herido?

¿Cómo se permitía?

No tenía importancia, no debía dejarme desconcentrar. Tenía que idear una manera de escapar, empezando por esas cuerdas que me estaban volviendo loca, manteniéndome a la fuerza en esa posición. Parecería cómodo estar acostada en una cama, pero encontrarte bloqueada cada vez que intentas mover una extremidad entumece los miembros, y es agotador, sobre todo para alguien como yo, siempre en movimiento.

Además, me moría de ganas de hacer pis.

Formulé una cantidad enorme de planes en mi mente, uno más absurdo que el otro. Pensé en alcanzar de alguna manera el vaso en la mesita de noche, romperlo y cortar las cuerdas con los fragmentos de vidrio, hasta que mi necesidad me llevó a la solución más obvia. Odiaba tener que hacerlo, pero era la única forma de conseguir que me soltara.

—¡Thomas! —lo llamé—. ¿Estás ahí? ¡Thomas!

—No hay ningún Thomas aquí —fue la respuesta.

Rechiné los dientes, resignándome a usar su verdadero nombre.

—¡Axel!

Él se apareció de inmediato.

—¿Qué pasa? ¿Todavía tienes sed?

—Tengo que ir al baño. —Apreté los muslos, logrando apenas acercarlos, debido a las cuerdas.

Cuando se inclinó sobre mí, sentí que se desataba con fuerza un conflicto interno entre el deseo de ser liberada y el miedo que ahora me provocaba su cercanía. Ahora que sabía quién era y de qué era capaz.

Se sentó en el borde de la cama, su pecho quedó sobre mi rostro al inclinarse, mientras su cálido olor a pino silvestre y a hombre me invadía. Sabía que solo me estaba desatando, pero mi corazoncito aun así aumentó la frecuencia de sus latidos por el miedo. Sus dedos rozaron mi mano, probando su calor, antes de comenzar a trabajar en los nudos hasta liberar mi muñeca izquierda.

Mi boca se entreabrió, profundizando la respiración en silencio. Siempre había sido yo quien asustaba a los chicos, nunca había conocido a ninguno con las agallas necesarias para hacerme sentir desconcertada. Bueno, el que estaba sobre mí no era un chico, ni siquiera un hombre cualquiera. Y yo no me sentía desconcertada, estaba cayendo en picada en la oscuridad con un enjambre de abejas zumbándome alrededor.

Mierda...

¿Quién habría pensado que el miedo sabría así?

Saladísimo y picante. Mis muslos intentaron cerrarse tanto como pudieron, por las ganas de hacer pis, pero no solo por eso.

Mi cuerpo era un completo idiota; nadie en su sano juicio habría reaccionado de esa manera ante su secuestrador. Esperaba que Axel interpretara mi temblor por lo que realmente era: puro miedo y nada más.

—¿Tienes frío? —preguntó, bajándome el primer brazo.

—No. —En realidad, me faltaba poco para empezar a sudar—. Aunque no me importaría estar un poco más tapada.

Había visto cómo su mirada se colaba por los desgarrones de mis shorts, o por los pliegues de mi camiseta ligera, lo bastante ancha como para dejar parte de mis hombros al descubierto, y estaba segura de que no miraría a un chico del mismo modo.

Apoyó el puño sobre el colchón, al otro lado de mi cuerpo, junto a mi costado.

—Te he visto con menos ropa que esta, con un bañador de lo más provocador, y no parecías tener ningún problema en restregármelo en la cara.

—En la cara de Thomas, no en la tuya. No sé qué se te puede estar pasando por la cabeza.

Axel bajó la mirada a mi pecho, que se alzaba con la respiración.

—Lo mismo que se te pasa a ti por la cabeza, al parecer.

Es decir, él violándome en esa cama.

—No te atrevas a tocarme —grazné, apretando las sábanas con mis puños —. Bastardo...

—O si no, ¿qué me harás, mocosa? —Me pellizcó la camiseta, tirando de ella hacia arriba y soltándola de forma que el escote se abriera, dejando ver un pecho—. ¿Eh?

Corrí a cubrirme con la mano libre mientras él se dedicaba a soltarme el otro brazo.

—Me gustaría complacer tu petición, no tocarte y dejarte así, pero no me apetece entrar en esta habitación y oler a orín porque te lo has hecho encima. Así que resígnate.

La idea de verme obligada a orinarme encima me quitó cualquier otra protesta de la boca. Esperé inmóvil, ansiosa, a que terminara de desatarme, observando cómo dejaba cada cuerda aún atada a la cama, lista para recibirme de nuevo. Algo que habría hecho todo lo posible por evitar.

En cuanto estuve libre, me puse de pie de un tirón. Un mareo me asaltó y, antes de que pudiera reaccionar, mi secuestrador me agarró al vuelo; sus dedos presionaron el mismo punto de mi bíceps donde me había dejado los moretones la noche anterior, arrancándome un respingo.

Él permaneció insensible a mi gemido de dolor, conduciéndome descalza fuera del dormitorio, hacia el salón con cocina americana que daba a la terraza. Me empujó hacia la tercera y última habitación, el baño, un espacio más oscuro que los demás.

—Golpea la puerta cuando hayas terminado. —Encendió las luces empotradas y se retiró, dejándome encerrada con llave.

Me precipité de inmediato al váter para aliviarme. Mientras lo hacía, eché un vistazo a mi alrededor y, por desgracia, encontré una sola ventanita, tan profunda como grueso era el muro, y muy estrecha. También el baño, como el salón y el dormitorio, era sencillo pero con buen gusto, con elementos naturales. Aquella cabaña habría sido un agradable y romántico nido de amor, inmerso en la espesura de la vegetación, si no hubiera sido mi maldita prisión.

Después de hacer pis, abrí el grifo del lavabo y empecé a rebuscar frenéticamente en el mueble columna. Busqué un arma donde solo había toallas y pastillas de jabón. Podría haber roto el espejo, pero estaba segura de que me oiría a pesar del chapoteo del agua corriendo. Sin contar que intentar herirle era un riesgo enorme: aquel no era Thomas, un ricachón torpe con los deportes y lleno de miedos. Aquel era un mercenario que habría pertenecido a algún cuerpo militar de élite, probablemente uno de los más duros, como los Navy SEAL, con la suerte que tenía yo.

Apunté hacia la ventanita. Era profunda, excavada en el muro de piedra; una especie de cono con base cuadrada, más ancho por dentro y más estrecho hacia fuera. No se me podía definir como un palillo, pero era bastante larga y delgada... el problema sería hacer pasar el culo. Quizá también un poco las tetas. En cualquier caso, tenía que intentarlo.

Me subí al inodoro, arranqué con cuidado la malla de la ventana y traté de meterme por el hueco. Me impulsé un poco, manteniendo un brazo estirado por encima de la cabeza. Con la mano derecha me agarré al muro exterior y me tiré hacia delante: en ese momento me quedé atascada, con un brazo arriba y otro abajo, mucho antes de lo que había esperado.

No, no, no... Por favor...

Mi pecho estaba comprimido, los pies habían perdido el apoyo en el inodoro, era imposible que pudiera pasar entera, y aun así no quise rendirme. Estiré el brazo tanto como pude, en el vacío, intentando adelgazarme.

De repente, fuera, una mano grande y cálida agarró la mía.

—¡Ah! —grité, pataleando para echarme hacia atrás.

—¿Vas a algún lado, mocosa? —se burló Axel, que debía de haberse quedado escondido allí cerca, disfrutando del espectáculo.

—¡Suéltame! —conseguí retroceder solo un poco, tirando de manera brusca. Pero él, con su agarre firme, me impidió continuar haciéndolo. De hecho, empezó a rodear mi muñeca con una cuerda.

—No es así, Harper, esto no está bien. ¿Qué te he dicho? —Giró, volvió a girar, hizo un nudo alrededor de mi muñeca delgada y se alejó tirando de mi brazo—. Tienes que portarte bien. Si no lo haces, no te gustarán las consecuencias.

Incliné el cuello para ver qué estaba haciendo, y lo vi atar el otro extremo de la cuerda al poste de la terraza.

—¿Qué piensas hacer? —solté entre sollozos.

—Darte el tiempo y el espacio para pensar en lo que has hecho. —Apoyó el hombro en la columna y cruzó los brazos—. Te aconsejo que no tires: la circulación en tu mano ya está bastante comprometida.

Y sin embargo lo hice, sintiendo cómo se tensaba el músculo.

—Por favor, lo he entendido, no volveré a hacerlo.

—Claro. Y yo soy la Madre Teresa de Calcuta —negó con la cabeza—. Sigues creyendo que estás tratando con Thomas, ese es tu problema.

—No creo que seas Thomas, sé perfectamente qué clase de cabrón eres, lo he visto con mis propios ojos. —A pesar de todo, tenía razón. Al girar el cuello para lanzarle una mirada fulminante, me di cuenta de lo mucho que había subestimado su fuerza, las proporciones de su pecho, sus hombros y sus

poderosos antebrazos, que hasta entonces había pensado que pertenecían a alguien inofensivo—. ¡¿Pero qué esperabas?! ¿Que me quedara aquí esperando a ver si te da por matarme?

—Esperaba exactamente lo que ha pasado: que intentaras escapar —tocó la cuerda con un dedo, como si estuviera afinando una guitarra—. Diviértete, mocosa.

Se apartó de la columna y me dio la espalda.

—¡No puedes dejarme así!

—¿Ah, no? —Se alejó, demostrándome que sí podía. Él podía con todo y yo nada.

—¡Axel! —grité, echando la cabeza hacia delante—. Hablemos... ¡Por favor! ¡Axel!

En respuesta, solo oí el murmullo lejano de los noticiarios que él solía poner constantemente.

Las costillas, presionadas contra la piedra, empezaron a clavárseme en la carne. Volví a resbalar hacia atrás, intentando sostenerme con las puntas de los pies, que apenas rozaban el inodoro, desplazado hacia un lado con respecto a mi posición.

Tenía poquísimos centímetros de margen para aliviar la muñeca, si dejaba de tirar, o el estómago, si apoyaba los dedos gordos de los pies. Aquel cabrón estaba loco: ¿cómo se le ocurría atarme así? Había que ser sádico, retorcido y perverso.

—Hijo de puta... —mascullé en voz baja, porque no creía que insultarlo fuera una buena idea. Mi arrogancia se desvaneció, demasiado asustada ante la idea de cuánto podía prolongarse aquella tortura, que a cada minuto me provocaba sensaciones más horribles.

Intenté respirar de forma superficial para no presionar las costillas, mientras oía a Axel ir y venir fuera de la casa. Al cabo de un rato, sus pasos se detuvieron y comenzaron los golpes de martillo en algún lugar del interior.

Apoyando la cabeza, sentí el reverberar de la piedra contra mi oído. Intenté concentrarme en ello para distraerme del frío de mi mano hormigueante y de la tensión constante de mis pantorrillas, pero no era suficiente. El borde de la abertura me cortaba en dos, y la cuerda me desgarraba el brazo. Mi cuerpo parecía haberse vuelto más pesado, receptivo y frágil: gritaba en tantos puntos que ignorarlo era imposible.

Apoyé la frente, lamentando cada momento en el que, en mi pequeña vida, me había quejado de algo. Si salía de allí viva y entera, juré que revisaría por completo mi escala de prioridades, empezando por las cosas por las que realmente valía la pena quejarse.

Había partes de mí en llamas y otras heladas, y el tiempo seguía pasando.

Mientras mis lágrimas caían al ritmo del pulsar de mi carne, el martilleo cesó, y vino algo aún peor: la llave de la puerta del baño giró en la cerradura. Pasos lentos me avisaron de que Axel había entrado. Vi un fragmento de él a través de una pequeña rendija, apartando la cadera lo más que pude.

Me agité, los pies perdieron el contacto con el suelo, pataleando en el vacío.

—¿Cómo estás? ¿Todavía tienes ganas de intentar escapar? —preguntó, quitándose la camiseta por la cabeza.

Probablemente fue la primera vez en mi vida en que no tuve nada sarcástico que responder. A pesar de ello, mi orgullo me impidió darle el gusto y mostrarme derrotada. Me quedé en silencio, o quizá gruñí.

Hubo un chapoteo de agua, luego el lavabo se cerró y el latigazo de una toalla enrollada me golpeó directamente en el culo expuesto, arrancándome un grito.

—Te he hecho una pregunta —dijo, quitándose los zapatos—. ¿Todavía tienes ganas de escapar?

La mano del brazo que estaba atascado abajo corrió a cubrirme el trasero como pudo.

—No... —agité los pies hasta que conseguí encontrar apoyo en el inodoro —. Ya no puedo más... Por favor... Haré lo que quieras.

—¿De verdad? —sentí un cosquilleo en la pantorrilla tensa y me di cuenta de que eran sus dedos—. Cuidado con lo que ofreces, mocosa, podría tomarte la palabra.

En mi completa impotencia, sentí ese toque avanzar por detrás de mi rodilla, subiendo hasta debajo de los flecos de los shorts, en el nacimiento de la nalga.

Me estremecí al tener la clara percepción de cuán a su merced estaba la parte trasera de mi cuerpo. Solo pude espantar su mano dándole una bofetada que provocó su sensual risita.

Él se alejó, no demasiado, decidiendo que era el momento justo para una ducha. Siguió desnudándose por completo, sin que le importara un pimiento mi presencia. Maldito bastardo.

Esforzándome por no perderlo de vista, eché un rápido vistazo a su espalda y a su trasero, bien definidos y sin los tatuajes que me habría esperado de un mercenario. Fue él quien se desnudó y yo quien se sonrojó, de un modo inusual para mí, frente al cuerpo desnudo, no de un chico, sino de un hombre, con las asperezas propias de un hombre, mientras luchaba por respirar por la posición cada vez más insostenible. Luego el agua caliente empañó la mampara

de la ducha, haciendo borrosa su silueta alta, y apreté los ojos por un calambre en el pie derecho.

El dedo gordo del pie resbaló inmediatamente del apoyo, dejándome suspendida, presa de un dolor lacerante, sin la posibilidad de hacer nada para mitigarlo. Sentía cómo la muñeca se me desgarraba, cómo las costillas se me incrustaban en los pulmones, cómo la roca me arañaba la piel, mientras de mi garganta brotaba un quejido sordo y continuo, del que ni siquiera era del todo consciente.

Axel cerró el grifo de la ducha.

—Harper, —dijo.

Apreté los dientes y arrugué el rostro. Reprimí un sollozo, arañando la piedra con las uñas de la mano libre.

Él salió del baño y de la cabaña; lo vi por un instante bajo el porche, a través de una cortina de lágrimas, con un machete en la mano, desnudo, mojado, salvaje. Un segundo después, la cuerda fue cortada y yo caí al suelo del baño.

Me arrastré por las baldosas y me acurruqué en un rincón, con el pie apretado entre las manos. Él regresó enseguida. Se envolvió la toalla alrededor de la cintura para cubrirse el pene, medio erecto, y se inclinó hacia mí.

—No... vete... —gemí como un cachorro herido, sin saber qué hacer por ese músculo contraído en la planta del pie.

Axel ni siquiera me escuchó. Metió los brazos por debajo de mi cuerpo y me recogió contra su pecho. Se incorporó para llevarme al dormitorio, mientras yo seguía sujetándome el pie, con las lágrimas desbordándome de los ojos.

Mi cuerpo extenuado se apoyó en el suyo, mi mejilla contra su hombro. Sentí cómo las gotitas que aún tenía sobre él mojaban mi piel y empapaban mi ropa, cálidas y perfumadas. También lloraba por eso, por ser tan débil como para entregarme a mi verdugo.

Me depositó sobre la cama, contra el cabecero. Se sentó frente a mí y colocó mi pie sobre su regazo. Cuando intenté retirarlo, me sostuvo con firmeza el tobillo.

—Cálmate.

—No puedo, me duele... —Otra oleada de dolor me hizo aferrarme a los cojines, tensando todo mi cuerpo.

—Sssh. —Me dobló los dedos hacia atrás, estirando la planta del pie—. Ya pasa. Solo tienes que aguantar un poco. —Movió los pulgares en un masaje suave, aliviando la oleada del calambre y devolviéndome el aliento.

Poco a poco fui aflojando los músculos de mis hombros. Me relajé contra el respaldo de la cama, dejando la pierna a su cuidado, sobre la suave toalla de

felpa. La presión que ejercía fue intensificándose hasta convertirse en un verdadero masaje: sabía lo que hacía. El hecho de ser un despiadado asesino no le impedía ser amable, si lo deseaba.

Era absurdo que fuera precisamente él quien me estuviera haciendo sentir mejor. Cuidada y atendida. El mismo que, poco antes, me había regalado un bonito brazalete de piel desgarrada, casi sangrante.

Me llevé la muñeca al pecho, entre los senos, masajeándola. Nunca nadie se había impuesto sobre mí de esa forma, haciéndome sentir sensaciones tan intensas y contrapuestas. Al subir la vista hacia el responsable, mi mirada se topó con la cicatriz en su abdomen musculoso, justo donde empezaba la toalla. Y luego con otra, que adornaba su hombro derecho: ambas de tamaño modesto, redondeadas, con bordes más lisos la superior y piel más irregular la inferior. Orificios de bala.

Estuve a punto de preguntarle cómo había ocurrido, pero me contuve. Él se dio cuenta: su mirada fue de su propio hombro a mis ojos. Sus cabellos, tan mojados, parecían más oscuros, los pómulos más marcados, y sus iris habían adquirido un tono de cielo más tormentoso, en una mirada que calaba hondo.

Mi boca se entreabrió solo para tomar un respiro tembloroso, y me descubrí conteniendo el aliento. Apreté la muñeca, reavivando el escozor.

Él mantuvo el contacto visual, mientras sus dedos subían por mi pantorrilla. La envolvió en una caricia, palpando mi joven carne, y fijó mis ojos como si buscara en ellos el permiso para deslizarse más allá de la rodilla. Una petición, pero también un desafío a intentar detenerlo.

—Tú quieres follarme —murmuré, bastante segura de no malinterpretar.

—¿Y si así fuera? —preguntó con expresión fría, indescifrable—. ¿Qué harías?

—Gritaría. —Retiré la pierna.

Él me la inmovilizó, sujetándola por el tobillo.

—Nadie te oiría.

Mi corazón hizo una pataleta, subiendo hasta mi garganta.

—Entonces me rebelaría. —Me opuse con palabras, mi primera arma. Tal vez la única.

—No eres lo suficientemente fuerte para detenerme, mocosa.

—Soy lo suficientemente fuerte como para meterte dos dedos en los ojos —amenacé, levantando el índice y el medio doblados en forma de garra.

—¿Y cómo lo harías con las manos atadas? —dijo lentamente, como si fuera una niña que tiene que aprender un concepto con esfuerzo—. Antes de que digas que me patearías: también tus pies estarían atados a cada pata de la cama.

Tuve la visión de mí, de lo que me haría y del modo en que lo haría. Atada de forma obscena, mientras aquel hombre me penetraba a su antojo. Sentí un pinchazo en el estómago, un leve temblor me ablandó las extremidades y una vulnerabilidad abrasadora las inflamó.

Axel abrió las manos, soltando la presa, y yo me retiré contra el cabecero, recogiendo las piernas bajo el trasero. Me encerré en un capullo, porque sentía cosas que no quería sentir, que provenían de mi cuerpo y también de su boca.

—¿Dónde está ahora la chica tan exuberante? —se burló—. ¿El tornado que lo arrastra todo en su vórtice sin siquiera darse ni cuenta? —Se levantó y desató la toalla para secarse el rostro y el cabello con un largo suspiro—. De cuántas cosas no te das cuenta, Harper.

Me giré hacia el otro lado: de su pájaro que había crecido me había dado cuenta, aunque no hubiera querido hacerlo.

—Dímelo tú, de cuántas cosas no me he dado cuenta —refunfuñé, llena de rencor por tantas cosas, especialmente por cómo me lanzaba en la cara su desnudez—. Todo era una puesta en escena. —Y había sido realmente bien planeada. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos y si aún estuviera en el resort, me habría reído en los interrogatorios de la policía: "*¿Quién? ¿Thomas? Imposible, ese hombre no le da a una pelota y ni siquiera sabía quién era Sullivan. Nah, nunca tendría ese valor.*"

Cuánto me equivocaba.

—Tú no le tienes miedo a nada, no respetas nada, no eres un buen hombre, y a lo mejor hasta sabes jugar al tenis.

—No al nivel de Ethan Mitchell —dijo, mientras sacaba ropa del armario.

—Creía que solo yo lo perseguía. Pero tú también lo hacías, los perseguías a ambos. —Donde estaba el asistente, también estaba el senador: era obvio que había vigilado a Ethan más de lo que yo misma lo había hecho—. ¿Lo has... matado también a él? —Odié cómo me tembló la voz al hacerle esa pregunta.

—No —replicó, con tono monótono—. Está vivo y coleando, a estas horas estará llorando delante de los policías por la muerte de su mentor y hucha.

Me sentí aliviada por él, un poco menos por las tres tablas con las que Axel había asegurado las contraventanas, convirtiendo aquella habitación en una verdadera prisión. Por si acaso atarme no fuera suficiente.

Terminó de vestirse y volvió a acercarse a la cama.

—¿Qué te parece si vas a darte una ducha?

Habría sido una buena idea, considerando cuánto había sudado durante la fuga. Pero ¿desnudarse con él teniendo libre acceso al baño?

—No, gracias.

—Necesitas una ducha —insistió.

—Necesito más que me dejes ir.

—Te creía más lista. —Agarró el extremo de una de las cuerdas sujetas a la cama y extendió una mano para que le entregara la muñeca—. ¿Es posible que aún no hayas entendido que no te vas de aquí?

Observé su mano y negué con la cabeza.

—Vamos, sin caprichos. Túmbate —me instó.

Me crucé de brazos sobre el pecho.

Él atrapó una de mis muñecas, la sacó a la fuerza y la ató. Hizo lo mismo con cada parte reticente de mi cuerpo, y me encontré de nuevo en el punto de partida, sola y atada, pero con algunos moretones más.

Buen trabajo, Harper, me felicité a mí misma mirando el techo, del que empezaba a conocer cada pequeña grieta, *realmente un trabajo fantástico.*

Capítulo 5



Olfateé el aire, percibiendo que desde la cocina llegaba un aroma a verduras salteadas. Poco después, Axel se presentó con un vaso de *noodles* calentado en el microondas. Me dio la oportunidad de comer y volver al baño, para luego dejarme sola de nuevo.

Intenté agudizar el oído para entender qué decía el noticiero, si me estaban buscando a mí o a mi cadáver, pero el volumen era demasiado bajo. Cuando sonó el teléfono, Axel se apartó para impedir que entendiera algo de su conversación con su contacto. Solo podía imaginar qué estaría pasando en el Caribbean Bay Cove conforme pasaban las horas, y todas eran hipótesis, cada cual peor que la anterior.

Los fragmentos de hojas verdes, visibles entre las tablas, se oscurecieron poco a poco hasta que cayó la noche. Axel volvió con una segunda ración de comida preparada que me esforcé en comer aunque no tenía hambre, solo para mantener las fuerzas. Me permitió hacer otra visita al baño, tentándome de nuevo con la promesa de una ducha. No llegué a ducharme, pero fui una buena rehén; me dejé verme dócil y sumisa antes de plantearle la petición a la que llevaba mucho tiempo dándole vueltas.

—Tenía mi teléfono en el bolsillo cuando escapamos. ¿Lo cogiste tú? —le pregunté tan pronto como salí del baño—. ¿Puedo escribirle a alguien para decirle que sigo viva? —Me senté en la cama, como una rehén diligente y

mansa—. Solo a mi madre... por favor. —No podía imaginar a nadie que estuviera sufriendo más, temiendo que pudiera haber tenido un final trágico—. Solo tiene que saber que estoy viva, de alguna manera.

—Tu teléfono ha zarpado hacia Honduras —me informó, rodeando el colchón con un ordenador y una bolsa de papel en la mano—. En los últimos mensajes que enviaste, avisabas a algunas personas que te irías a un viaje en barco con amigos y que estarías incomunicada durante al menos una semana. —Abrió el ordenador sobre la mesita de noche, mostrando un video con cuatro cámaras infrarrojas en el bosque—. Tu madre también lo recibió.

Su respuesta me heló la sangre, porque era algo que perfectamente podría haber hecho yo, lo que significaba que mis padres se enfurecerían, pero lo creerían.

—Entonces no me están buscando... —me di cuenta.

—Puedes estar tranquila, te creen vivita y coleando. Y un poco rebelde, como de hecho eres. Nadie te buscará durante un tiempo. —Volcó la bolsa, haciendo caer un par de esposas de metal reluciente junto con una llave, que retiró y dejó sobre la mesilla.

—¿Y eso? —Obviamente eran para mí.

—Las conseguí esta tarde. Son mucho más prácticas. —Y más resistentes, así que adiós al plan no concretado de cortar las cuerdas.

—Dame la mano izquierda —ordenó.

En lugar de dársela, miré la puerta, mientras todavía no estaba atada.

—Harper... —me reprendió—. Sabes que solo serviría para hacerme enojar. ¿De verdad quieres repetir la experiencia del baño?

No me apetecía para nada, así que extendí el brazo como si me estuviera inmolando. Él cerró el primer aro metálico en mi muñeca y el segundo... en la suya. Me había atado a él, para poder sentir mis movimientos.

Dejó su teléfono en la mesita de noche. Del primer cajón extrajo una pistola cuya existencia ni siquiera imaginaba, colocándola junto al teléfono. Luego se quitó los zapatos y se acostó boca arriba a mi lado. Apagó la luz mientras yo aún trataba de asimilar lo que estaba sucediendo.

—Ahora duerme. Estoy cansado.

¡Oh, él está cansado, pobrecito!

Tiré de las sábanas para cubrirme.

—Ya, debe ser muy agotador matar y secuestrar personas. —Al diablo con el juego limpio, total, ni siquiera había conseguido enviar un mensaje.

—No sabes cuánto —replicó plácido, doblando el brazo detrás de la cabeza, bajo la almohada—. Ahora cállate.

Cerró los ojos, mientras yo seguía mirando el techo oscuro, más cómoda sin las cuerdas, pero también más tensa, sabiendo que ahora nos unía una cadena. Me habría bastado estirar un meñique para rozar su mano.

—¿Qué harás conmigo? —murmuré. ¿Cómo saldría de aquella experiencia, si es que alguna vez lograba salir?

Él suspiró. Esperaba que me repitiera que me callara, pero en lugar de ello sentí cómo mi brazo esposado era arrastrado por el movimiento del suyo. Se sostuvo la cabeza con la palma, en la penumbra no pude distinguir la expresión de su rostro, pero sí localicé sus ojos oscuros.

La sombra de su mano libre, tan oscura como cuando llevaba el guante negro, se extendió sobre mi rostro. De inmediato me eché hacia atrás para apartarme. Él se detuvo y, por reflejo, lo hice yo también, dejándole que descendiera lentamente.

—Es muy simple: esperaré a que te rindas —dijo, apartándome un mechón de la cara—. Entonces te violaré sin que opongas resistencia. —El índice continuó trazando un leve camino desde la sien hasta el mentón—. Y cuando me canse de hacerlo, te dispararé, te cortaré en muchos pedacitos y te enterraré en el jardín. —Subió con el pulgar, llegando a mis labios—. ¿Te gusta mi plan, o tienes mejores ideas?

—Yo... —mi aliento caliente se estrelló contra la yema de sus dedos.

La oscuridad, sus palabras terribles, su caricia sensual de la que no conseguía apartarme: todo se sentía fuera de lugar, perturbándome en extremo. Quizá quería matarme de miedo, y en parte lo conseguía, pero más que nada me estaba volviendo loca, haciéndome papilla el cerebro

—Yo tengo un plan mejor —repuse, con más firmeza.

Tiré de la esposa, haciéndole perder el apoyo de la cabeza sobre la mano.

—Que te den, Axel.

Su cabeza se tambaleó un momento en el vacío, luego él se dejó caer sobre la almohada.

—No me parece gran cosa. Al fin y al cabo, por lo que he visto, tus planes dejan bastante que desear. —Esta vez levantó el brazo derecho por encima de su cabeza, arrastrando el mío con él—. Buenas noches, mocosa.

—Espero que te mueras mientras duermes —fue mi deseo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa beatífica, con los ojos ya cerrados.

—Esa es la chica insoportable que me gusta.

***

Durante un rato caí en un sueño fragmentado, hasta que ya no logré volver a dormirme. La respiración de Axel era regular, y mis pensamientos, implacables, porque con la noche llegan también las elucubraciones más tristes.

Nadie me estaba buscando, lo que significaba que nadie vendría a liberarme. Estaba sola.

Era evidente que Axel se estaba escondiendo a la espera de alguien, ese tal "Vogan" del que había hablado por teléfono. ¿Y después qué? ¿Iba a llevarme con él? ¿Me tendría prisionera durante meses? ¿Años?

¿O se desharía de mí?

Vale, tienes que salir de esta sola. Piensa, Harper, piensa en un plan...

Me haría daño de nuevo, lo sabía. Idearía algo y él me lo haría pagar de una manera aún más retorcida y dolorosa. Temía no poder ni siquiera imaginar el daño que me haría. Pero no podía solo esperar a morir.

La imagen de la sangre salpicando de la cabeza del senador me provocó un regurgito.

Yo quería vivir, y quería hacerlo a toda costa. Sentía ese grito desesperado fuerte dentro de mí, mientras las lágrimas me ardían en los ojos. Intenté reprimirlas, presionando la mano contra la boca y mordiéndome los nudillos. Por más que intentara contenerlo, el temblor de mi cuerpo se transmitía igualmente al colchón.

Axel extendió un brazo y encendió la luz de la mesilla.

—¿Y ahora qué pasa? —dijo.

Mi sollozo fue silencioso, profundo, nacido del estómago.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? —insistió—. Dímelo, joder.

Como si le importara.

Volví la cara hacia otro lado y me mordí con más fuerza el nudillo, encogiendo las piernas contra el pecho.

—No quiero morir —murmuré entre dientes. Tenía que estar satisfecho: había conseguido convertir sus amenazas en una angustia auténtica y terrible.

Axel se incorporó, apoyando un codo sobre la rodilla.

—No vas a morir —declaró, molesto.

Giré lentamente el rostro, con los ojos que me escocían, brillando por las lágrimas en la oscuridad.

—Conozco tu cara y tu nombre. No tienes ninguna razón para dejarme con vida, solo soy un problema para ti.

—Sabes defender muy bien tu causa —se burló de mí.

—No entiendo... ¿qué estás esperando para acabar conmigo?

Se rascó la cabeza, dejando luego caer el brazo desde la rodilla.

—Ya conocen mi nombre y mi cara. —Soltó uno de esos largos suspiros de exasperación que dejaban claro lo poco que había tenido que tratar con una chica secuestrada. Quizá nunca—. Ahora mismo la isla y la costa están blindadas, las fuerzas del orden las están peinando para encontrarme. —Me explicó la situación con un tono sincero y directo, superando todas mis expectativas—. Dentro de unos días, cuando las aguas se calmen, alcanzaré mi vía de escape y me marcharé, dejándote aquí. Te pondré agua y comida para otros dos días, y cuando esté lo suficientemente lejos, haré una llamada para que una persona de mi confianza venga a liberarte.

Creí cada palabra, convirtiéndolas en mi esperanza, en mi ancla.

—¿De verdad?

—De verdad. —Esbozó una pequeña sonrisa de compasión hacia la chica indefensa que, al final, era yo.

—Si las cosas van como tienen que ir, volverás a casa sana y salva, con algo que contar.

Le creí completamente, como si lo conociera tan bien que supiera, en lo más profundo de mi corazón, que había dicho la pura verdad. Volvería a casa.

Eso lo cambiaba todo... bueno, no del todo, pero sí lo suficiente para aliviar la angustia. Cerré los ojos, sintiéndome inmensamente aliviada.

—Gracias.

Podría parecer absurdo que agradeciera a mi secuestrador, pero en ciertas circunstancias da igual quién esté del lado correcto. Un gesto amable, una palabra de consuelo, era todo lo que importaba cuando lo que estaba en juego era tu supervivencia.

—No me des las gracias. —Aguzó el oído, mirando por la ventana en dirección al tenue zumbido de unas aspas de helicóptero en vuelo. Aunque el aparato estaba distante, se mantuvo en alerta hasta que lo oyó alejarse y desaparecer—. No ha cambiado nada: si vuelves a intentar escapar, serás castigada con más severidad. Y si las cosas no salen bien, sigues siendo una rehén. Echó un vistazo a las imágenes de las cámaras y apagó la luz—. Ahora duerme.

Las cosas aún podían salir mal, y en ese caso yo sería la moneda de cambio, con todo el riesgo que eso implicaba. Pero al menos sabía que su intención principal no era matarme.

Me acomodé de nuevo en el colchón, mucho más ligera, tumbándome de lado, de cara a él, ya que con la esposa no podía darme la vuelta. Observé su silueta en la oscuridad, con esa nariz larga y un poco torcida, tan apropiada para alguien como él. Fuerte, autoritario, despótico, y a veces con un toque irónico. Solo en una ocasión lo había visto terriblemente violento: con la

pistola en la mano. No conmigo. Conmigo había sido severo, duro, pero no verdaderamente violento como podría haberlo sido.

Estaba a punto de cerrar los ojos cuando su voz me hizo abrirlos de inmediato.

—Mocosa.

Su tono tranquilo, casi adormilado, despertó mi curiosidad.

—¿Mh? —Le hice ver que estaba despierta.

—No mato a cualquiera. Y mucho menos a una chica inocente.

Dios, ¿acaso había leído mi mente?

—¿Entonces? —le pregunté, intentando entender adónde quería ir a parar.

—Entonces no soy ese tipo de monstruo —respondió, aún inmóvil, con un brazo doblado detrás de la cabeza.

Y yo, en mi destacada imbecilidad, sentí ternura por él, porque había sentido la necesidad de decirme aquello.

—Pero sigues siendo un monstruo —dije, recuperándome de ese maldito síndrome de Estocolmo—. Y me has robado la vida.

—Sí —admitió con franqueza—. Pero hay algo que he aprendido sobre eso, con los años.

—¿El qué?

Él titubeó, como si aún no supiera si revelarme o no aquella verdad. Finalmente, apoyó el dorso del puño en la frente y se decidió.

—Los monstruos, sean del tipo que sean, no llegan a tu vida por casualidad, Harper.

Capítulo 6



Qué tontería, yo no me lo había buscado. Todo lo que buscaba esa noche era una iguana azul, un compañero para jugar al tenis y un ejemplar masculino con cojones, que fuera un buen polvo... pero, aún mejor, que supiera plantarme cara... *Ah, joder...*

"Los monstruos, sean del tipo que sean, no llegan a tu vida por casualidad, Harper"

¿Qué demonios significaba eso? ¿Había sido el destino quien me enviaba a un delincuente para que lograra imponerse sobre mí? Si era así, el destino tenía un sentido del humor bastante retorcido.

Apoyé la mano bajo la mejilla, observándolo. Axel emanaba un aura de autoridad incluso dormido. Ya no veía nada de la debilidad de Thomas. Por el contrario, percibía su cuerpo como un arma, algo inseparable de la pistola sobre la mesita de noche. Él era peligroso, pero ese peligro ya no me aterraba tanto. Me provocaba otro efecto: me aceleraba la respiración.

Observé su mano extendida junto a la mía, unidas por las esposas. Alargué el índice, lo rocé. Había apretado el gatillo con esa mano, quién sabe cuántas veces.

Debería haber sentido repulsión. Y en parte la sentía, pero también... me revolvía el estómago, de una forma que no era precisamente mala. Pero sí era algo que daba más miedo que el propio Axel. Algo que habría querido reprimir.

En ese momento, el ordenador abierto sobre la mesilla emitió un "beep" y Axel levantó la cabeza al instante, como si nunca se hubiera dormido. Pronto se dio cuenta de que era una falsa alarma: un loro curioso había llamado la atención de la webcam. Tranquilizado, volvió a relajarse en la cama, girándose de lado hacia mí.

Bajé los párpados de inmediato para evitar encontrarme con su mirada.

Incluso sin verlo, sentía su presencia.

Este hombre puede hacer conmigo lo que quiera... Podría incluso dejar de luchar, porque con él no sirve de nada, no tengo ninguna posibilidad de ganar. Era un pensamiento triste, y sin embargo me sentía aliviada al entregarme, por una vez, a lo que la vida decidía para mí. La vida... es decir, él.

Y además de a la vida, me entregué al sueño.

Dormí con más tranquilidad de la que habría creído posible, y me desperté por la mañana, esposada a la cama. Axel me trajo un café. Como siempre, se quedó de pie junto a mí, con los brazos cruzados, esperando a que terminara.

—¿Alguna novedad en el informativo? —pregunté, mientras daba un sorbo a la bebida.

—Baja los humos, mocosa. —Su tono fue frío, no parecía nada dispuesto a suavizar las cosas entre nosotros—. Que no quiera matarte no significa que estés aquí de vacaciones.

—Solo preguntaba —murmuré, con la nariz metida en la taza.

—Y yo ya te he contestado —dijo, sacando el móvil del bolsillo para leer la notificación que acababa de llegar. Lo hizo mientras caminaba por la habitación, y pude ver la pistola que llevaba en su cinturón, a la altura de los riñones. Imaginé que preguntarle qué le había escrito su contacto sería pasarse un poco, así que intenté rodear el tema.

—¿Así que ni siquiera puedes decirme cuánto tiempo estaremos aquí?

—¿Tienes compromisos urgentes? —replicó, distraído.

—Uno en particular, de hecho... Ahora que Ethan Mitchell está solo y triste. —Me sorprendí de lo mucho que estaba siendo yo misma, sin miedo a mostrar mi cinismo.

Él volvió a meter el teléfono en el bolsillo.

—Harper... —Se agachó con aire amenazante, haciéndome retroceder contra el cabecero. Apoyó los puños en la cama, atrapándome en medio. Su rostro a un palmo del mío—. Basta. Eres una jodida rehén, métetelo en la cabeza, o tendré que amordazarte y hacerte daño de formas creativas.

Me tragué el aliento y toda la saliva que tenía.

Yo miré su boca, él la mía, durante un tiempo que se alargó demasiado. Él separó apenas sus labios.

—Ni se te ocurra... —murmuré.

—¿Cómo? ¿No quieres aprovechar la ocasión para intentar quitarme la pistola? —No se había dado cuenta de que empezaba a considerar más peligroso un beso suyo que su arma. Al menos, para mí.

—Espero un momento menos predecible.

—Estupendo. Estoy deseando oírte llorar otra vez. —Su barba... Noté que volvía a crecer, dibujando una sombra oscura, uniforme y viril en la parte inferior de su rostro. Pronto pincharía tanto como él.

—Tengo que ir al baño —dije, para evitar que el rubor me subiera a las mejillas y dejar de buscarle defectos en la cara. Tenía que salir de allí.

Él se quedó un momento más pensando, instantes en los que temí cualquier cosa, luego se levantó y sacó las llaves del bolsillo de los pantalones.

Me llevó al baño, encerrándome dentro con la indicación de que me diera una ducha. Incluso me dio una de sus camisas, arrugada pero recién lavada, para que me cambiara.

Hice mis necesidades lo más rápido posible. Sentada en el váter, localicé un alambre que asomaba de una de las muchas cestas decorativas repartidas por la cabaña. Lo doblé hasta partirlo, lo retorcí sobre sí mismo para reforzarlo y traté de meterlo en la vieja cerradura de la puerta, porque, joder, él mismo lo había dicho: mi situación seguía siendo precaria. No pensaba intentar escapar de inmediato, habría sido demasiado arriesgado, pero escondería el alambre en algún sitio, donde pudiera recuperarlo en caso de emergencia o en un momento más oportuno. Solo tenía que averiguar si forzar una cerradura era tan fácil como parecía en las películas.

Spoiler: no lo era.

Arrodillada frente a la puerta, intenté ser delicada pero firme, moviendo el alambre arriba y abajo para tratar de hacer girar el cilindro.

—Harper —escuché en un momento, al otro lado de la puerta—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Me quedé paralizada en completo silencio, pillada con las manos en la masa.

Su suspiro se oyó incluso a través de la madera.

—Tienes que doblar la horquilla en ángulo recto para hacer palanca, si quieres conseguirlo.

Maldita sea, ese hombre era peor que un sensor infrarrojo. Sentí cómo mi alambre era empujado hacia atrás por algo que se metía desde el otro lado. El picaporte bajó, la puerta se deslizó en las bisagras, y Axel me encontró arrodillada allí, frente a él.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Sus ojos brillaron de ira, mezclada con el deleite de un placer delictivo.

—No tenía intención de escapar... ahora.

—Sí, y yo no tenía intención de castigarte *ahora*, pero resulta que la vida es impredecible.

Me agarró del pobre brazo, amoratado, vendado y aún resentido por un desgarro muscular, y me levantó de un tirón.

—¡No! —grité, mientras me estampaba contra la pared junto al lavabo. Levanté el otro brazo entre nosotros para protegerme, intentando empujarlo. Él lo atrapó y lo torció. Todo mi cuerpo reaccionó para evitar el dolor de ese movimiento antinatural, hasta que acabé girada, con la cara hacia la pared, apoyada solo en la punta de los pies.

—Te había dicho que te dieras una ducha, creo —se apoyó contra mí, asegurándose de que quedara aplastada como una mosca. La mano libre, inútil, como el resto del cuerpo, por la torsión prolongada con la que me tenía atrapada, dosificando mi dolor en oleadas.

—Dúchate tú —exhalé, temblando por dentro totalmente frágil en sus manos.

—Tres habitaciones son un espacio pequeño para compartir y no pienso aguantar que apestes —gruñó, inspirando mi olor contra mi cabello, que quizá no era tan terrible si se estaba llenando de él—. Así que ahora te vas a dar esa puta ducha. —Me soltó y dio un paso atrás—. Vamos, quítate la ropa.

Me agarré el brazo dolorido, sujetándolo con el bueno.

—No quiero desnudarme delante de ti.

—Tendrías que haberlo pensado antes y haber aprovechado mejor tu tiempo en el baño que ideando planes de fuga. —Abrió el grifo de la ducha y cerró la puerta con llave, con los dos dentro—. Harper, más te vale desnudarte rápido... o lo haré yo.

Negué con la cabeza, reculando hacia una esquina.

—No me hagas daño... —le rogué, abrazándome con fuerza, viendo al depredador emerger en sus ojos.

—Depende de ti, ya lo sabes —respondió avanzando.

El muro detuvo mi retirada. Axel me arrinconó allí y agarró el bajo de mi camiseta. La apreté con todas mis fuerzas, cedí solo cuando oí el crujido de la tela al desgarrarse. Era la única ropa que tenía. Luché por conservarla, presa de un pánico creciente, pero él metió las manos en los *shorts* e hizo saltar los botones. Me los arrancó, junto con las bragas de encaje rojo, mientras yo forcejeaba, intentando alcanzarle la cara. Las bofetadas con las que me apartó las extremidades resonaron en la habitación, junto con mis gritos.

Luché como nunca antes en mi vida, pero él era un gigante, tanto en reflejos como en fuerza bruta. No había forma de competir. El sujetador fue lo único

que se dignó a desabrochar, metiéndome la mano por la espalda. Ni siquiera se molestó en apartármelo de entre las manos con las que intentaba cubrirme el pecho. Plantó una mano en la pared, junto a mi cabeza, y se quedó mirándome, recorriéndome con la vista, hambriento, sobre la piel desnuda.

—Axel... —susurré, suplicándole, con la respiración entrecortada. La vergüenza marcada en el rostro.

Al oír su nombre, levantó la mirada de golpe, encontrándose con un par de lágrimas que me mojaban la cara. No eran lágrimas de tristeza, sino de una emoción demasiado intensa. Me encontraba humillada ante su ser inquebrantable.

Deslizó una mano hasta mi nuca, y su pulgar rozó una gota salada en mi mejilla. Cualquier palabra que tuviera en mente quedó anulada, porque las bestias no hablan, y en ese momento él era una bestia, tanto como cuando apretaba el gatillo. Fue como un animal que me arrastró hacia delante. Me empujó bajo la gran ducha al fondo del baño, directamente bajo el chorro de agua.

El agua caliente me golpeó, cerré los ojos conteniendo la respiración y sentí cómo el último baluarte —el sujetador— me era arrancado. Axel había entrado en la ducha, con ropa, zapatos, pistola y todo.

Cerró el grifo y tomó el gel de baño, vertiéndomelo encima en cantidades industriales, esparciendo un aroma a bosque por el aire. En parte lo intercepté con las manos, pero la mayor parte me resbaló por los pechos, bajando hasta el vientre.

Miré a un lado y al otro, buscando una vía de escape entre las paredes de cristal. La trampa en la que estaba parecía cerrarse a nuestro alrededor, mientras yo me sentía cada vez más pequeña y atónita.

Axel me agarró a mí y a la esponja empapada de agua, y me la pasó por el cuello, desde la nuca hasta el esternón. Me empujó contra los azulejos; el frío me caló la espalda, pero aun así me quedé pegada a ellos, helándome por detrás mientras ardía por delante.

La esponja se deslizó entre mis senos, trazando su perfil inferior, frotando la piel de una axila a la otra con movimientos que poco tenían que ver con el propósito de lavarme. Al bajar, me abrió un surco en el abdomen para zambullirse entre mis muslos apretados.

Los apreté al máximo para impedirle el paso, pero él tensó los músculos del brazo e hizo fuerza hasta meterme la mano entre las piernas. Se mantuvo allí, mirándome sin vergüenza, directo al rostro, presionando tanto mi sexo que pequeños ríos de espuma bajaban de la esponja escurrida, deslizándose a lo largo de mis muslos.

Mi carne íntima palpitó, mis ojos intentaron huir de la tormenta en los suyos, similar a un tornado que te arranca la armadura y te deja el esqueleto desnudo.

—Abre las piernas —me ordenó, en tono bajo y ronco.

—Para... —le supliqué, desbordándome en nuevas lágrimas.

—Abre, mocosa. —Dio un golpe hacia arriba, haciéndome gemir. Intenté agarrarle el antebrazo para aliviar la presión, pero parecía que sus miembros se fortalecían justo cuando los míos se debilitaban.

Mis uñas se clavaron en la piel gruesa de su muñeca, esforzándome por mantener el agarre, resbaladizo por todo aquel gel de ducha.

—Diré que me has violado. —La amenaza sonó débil incluso a mis oídos.

—Sí que lo dirás. —Se arrancó mi mano del brazo, rasguñándose con mis uñas, para atraparme la muñeca en los azulejos, junto a mi cabeza—. Pero, ¿qué posición crees que puede ocupar en la lista de mis delitos? ¿Crees que me cambia algo? ¿Que puede contar más que el asesinato de Sullivan?

—Me basta con que termines tras las rejas. —El sentimiento de impotencia me estrujó el estómago como él lo hacía con mi muñeca, volviendo pesados mis pensamientos y cada parte de mi cuerpo—. Y que sea yo quien te lleve hasta allí.

—Puede que yo acabe ahí, pero no cambiará nada. Nada ni nadie puede librarnos de los recuerdos que nos atormentan. Y tú, de todas formas, recordarás esto. —Frotó la esponja sobre mi clítoris, deslizándose más abajo, hasta que mi vientre se contrajo, mis muslos cedieron ablandándose, y él obtuvo un acceso más fácil—. Como lo recordaré yo.

—Eres solo un maldito bastardo —exhalé, mientras el agua me nublaba la vista y los párpados temblaban, resistiéndose a caer.

—Y un violador, por lo visto —replicó a un suspiro de mi boca, soltando la esponja para golpear con la palma la pared junto a mi cabeza, atrapándome allí —. ¿Y... un asesino? ¿Eso no?

—El peor. Para encerrarte y tirar la llave. —Me daba vueltas la cabeza. Mi garganta tragaba convulsivamente y mi respiración se había vuelto tan profunda que sentía que no conseguía sacar suficiente aire para sobrevivir—. Axel...

Mi mano libre se posó sobre la camisa que se adhería a su piel mojada. El agua se había enfriado en la tela, pero su piel estaba caliente y su corazón latía con prepotencia. Axel era el peligro, era la oscuridad, el pecado contra la ley de Dios y de los hombres... con un corazón vivo, maldita sea, potente como el martillo de un herrero. Empuñé la tela, olvidándome de hacer presión para rechazarlo, mientras él se inclinaba para encontrar mis labios.

Me besó.

Lo hizo con la vehemencia de un sediento que ha esperado demasiado antes de saciarse. Y yo respondí sin darme cuenta, con la misma dolorosa urgencia, echando la cabeza hacia atrás para compensar su mayor altura.

En ese momento el mundo se volvió borroso. No percibía nada que no fuera él: él en mis retinas, él en mis oídos, él en mi piel. Pasaron largos instantes en los que olvidé todo lo demás, hasta que mi mano chocó con un objeto duro, metido en la cinturilla de sus pantalones, y un atisbo de lucidez se filtró a través del velo de mis sentidos embriagados.

Asesino, dijo una voz en mi cabeza, recordándome quién era y qué me había hecho ese hombre.

Sin pensarlo ni un segundo más, agarré la pistola. Él se apartó en cuanto la sintió deslizarse de su cinturón, dio un paso atrás al ver el arma apuntándole al pecho, y solo al final levantó las manos.

—Mocosa... —negó con la cabeza, como para avisarme.

—Mantente lejos —ordené, aún jadeando.

Añadí también la otra mano, para sujetar mejor ese chisme negro, mojado y bastante pesado.

—Me basta con apretar el gatillo.

Hizo una mueca arrogante.

—Exacto, solo un simple toque del dedo: habrás vengado a ese cabrón de Sullivan y serás libre. Fácil, ¿verdad? —Su pecho se alzaba con respiraciones profundas, cargadas de rabia—. Vamos, dispara, si tan fácil es.

Levanté un poco el arma. Para contrarrestar el fuerte temblor, tensé los brazos hasta que me dolieron.

—Me marcho. Ahora. —Unas malditas lágrimas eligieron el peor momento para volver a nublarme la vista—. Y tú vas a dejarme ir.

—Lo dudo mucho. Tendrás que pasar por encima de mi cadáver, y no en sentido figurado.

Joder, no tenía ni un ápice de miedo, o al menos era muy bueno disimulándolo. Yo, en cambio, estaba aterrorizada por la atroz potencialidad de aquella arma.

Apoyé la espalda contra los azulejos y tragué el nudo en la garganta, sacando la voz con dificultad.

—Mira que lo digo en serio. Te equivocas si crees que no tengo el valor de hacerlo.

—Tienes valor, mocosa, pero lo que hace falta es sangre fría... y la tuya hierve. —Él, en cambio, debía tenerla helada, porque avanzó como un loco

suicida, hasta que el cañón del arma se encontró con su pecho, a la altura del corazón.

—¡Lárgate! —grité, dándole un empujón con el arma.

Él no se movió, quizá considerando la muerte como el mal menor entre todos los que le esperaban.

—Dispara, porque si no lo haces, las cosas se van a poner muy feas para ti.

Incluso mis labios temblaron, todavía húmedos por su beso. Mi mente me decía que me salvara y disparara, pero mi cuerpo se negaba.

¡Dispara, Harper... Joder, muévete!

Acaricié el gatillo, conteniendo la respiración. Un grito interno se desplegó en mi cabeza, dejándome sorda al entorno y a su voz. Leí en sus labios su loca incitación:

—Dispara...

Por un instante, solo uno, me pareció tener ese poder: el de matar a un hombre para salvarme a mí misma. *¿Matarle a él?,* me percaté. Él, que despreciaba la vida hasta el punto de ofrecer la suya como si valiera lo mismo que la de sus víctimas... aunque me hubiera perdonado a mí. Él, su fuerza bruta, sus maneras arrogantes, la crueldad de su sinceridad, sus ojos tormentosos, su agarre tenaz, sus suspiros exasperados...

Agité la pistola.

—¡Tienes que tener miedo, joder! ¿Por qué no tienes miedo?

Axel tragó saliva lentamente, y volvió a demostrar una vez más hasta qué punto podía ser directo.

—Tengo miedo —dijo, con una voz más baja y ronca—. Tengo miedo de ti. —Era cierto, pude verlo en la vena que latía en su cuello, en lo rápido que corría su sangre—. Tengo miedo de que, por alguna jodida razón que no entiendo, esté dispuesto a dejarte hacer lo que sea.

—¿Y qué es lo que te da miedo, aparte del lanza pelotas, el mar y los objetos afilados?

—Tú, Harper. Tú me aterrorizas.

Sus palabras me golpearon en el estómago.

Me habría permitido matarle. Podría haberlo hecho y poner fin a todo, impidiéndole matar de nuevo. Solo yo podía hacerlo, allí y en ese momento.

Dispara...

El temblor de mi mano se intensificó tanto que el cañón de la pistola empezó a trazar líneas entrecortadas sobre su pecho. El grito en mi cabeza acabó estallando en mi garganta, inarticulado, tomando la forma de un alarido de derrota.

—¡Aaah!

No puedo.

Bajé el brazo y me deslicé hacia abajo, dejando que mi espalda resbalara por las baldosas. Un llanto silencioso sacudió mi cuerpo, mientras él permanecía de pie, erguido y vencedor, pero sin gloria.

Cuando se agachó para coger la pistola, mi mano entumecida la dejó escapar con facilidad. Se oyó un ruido metálico, extrajo el cargador y la bala en la recámara cayó desde lo alto, rebotando en el charco en el suelo, a nuestros pies. Él la apartó de una patada, enviándola fuera de la ducha.

Había descargado el arma. No volvería a tener una oportunidad como esa, él no lo permitiría.

Axel volvió a abrir el grifo y empezó a desnudarse. Una a una, sus prendas fueron cayendo al suelo, mientras el agua se llevaba el gel de baño junto con mis lágrimas. Estaba asustada de mí misma, de lo que sentía, y de él, de lo que pudiera hacer. Aún sollozaba cuando se agachó para recogerme.

Me alzó en brazos y me llevó a la habitación, depositándome sobre la alfombra, ya que los dos estábamos completamente empapados. Solo entonces me atreví a mirarle a la cara: ya no parecía enfadado, parecía sentir pena, si por mí o por sí mismo no habría sabido decirlo.

Me separó las piernas y yo lo dejé hacer. Ya no quería luchar, quería ser consolada, cuidada, abrazada fuerte por alguien que pudiera entender lo que significaba sumergirse en la oscuridad dentro de uno mismo. Dócil, dejé que me abriera y se colocara entre mis muslos.

Dirigió el miembro y se impulsó hacia adelante, penetrándome.

Gemí por la sensación de ser forzada en mis partes más íntimas por su dureza, del mismo modo en que había entrado en mi vida: sin pedir permiso.

Llegó a lo más profundo y comenzó a deslizarse hacia adelante y hacia atrás, dándome siempre un poco más, con la misma necesidad —suya y mía— de tocar fondo en aquella sórdida historia.

No importaba si por mi rostro corrían las lágrimas. Lágrimas por haber estado a punto de matar a un hombre, por haber sido derrotada, y por las consecuencias dulcemente crueles de mi acto. Lo que estaba sucediendo era algo malo, un error, inevitable.

Sosteniéndose sobre los codos, Axel tomó mi cabeza entre las palmas de sus manos. Sus ojos, maldita sea... el gris que rodeaba el azul era el acero que encerraba un cielo entero. Nunca inseguros, nunca titubeantes.

Los usó para escudriñar en los míos.

—Brillas cuando lloras.

Se metió bien dentro de mí y se inclinó para besarme.

No tuvo que usar la fuerza ni siquiera para traspasar mis labios; dio un golpecito con la lengua y, de la manera más natural, mi boca se entreabrió lo

suficiente para permitirle colarse en medio. Mi mente podía estar sumida en un conflicto traumático, pero mi cuerpo se daba por vencido, complaciéndolo en todo y por completo.

Lo sentía muy fuerte, como nunca había sentido a un hombre antes. Sentía el peso aplastante de su corpulencia, su piel áspera y velluda se fundía con la mía, mucho más fina. Sentía su aliento soplarme en los oídos, e incluso el latido de su corazón golpearme, como si resonara en mi garganta. Su miembro era una presencia que lo llenaba todo, que exigía más espacio del que yo podía ofrecerle, obligando a mis límites a ceder un poco más.

Mi carne se estremecía, empujándome a aferrar esas sensaciones. Aferrarlo a él.

—No puedo... —gemí, pestañeando para liberar mis ojos del velo de lágrimas—. No es justo.

—Déjame a mí todas las culpas, y deja que no sea justo. —Metió sus dedos entre los mechones de mi cabello mojado—. Deja que sea solo lo que es.

Es decir, inevitable.

Lo hice: le cargué a él, a sus robustas espaldas ya llenas de culpas, también las mías, culpable de no ser lo suficientemente fuerte para rechazarlo. Por haber deseado esa fuerza, sin considerar que habría implicado mi derrota.

No imaginaba que la derrota supiera a sal en la boca y a desorientación, como un mareo provocado por la embriaguez. Y que fuera tan cálida que quemara.

Ante una nueva y fuerte embestida, mi cuello se echó hacia atrás, mi espalda se arqueó y mis párpados temblaron.

—¡Dios mío...! —exhalé, mientras un cálido desbordamiento de fluidos allá abajo me preparaba para tener más, mucho más.

Pesada como si estuviera anclada a toneladas de resistencias, mi mano se levantó del suelo donde estaba abandonada y agarró a Axel por la nuca, extendiendo los dedos entre sus cabellos húmedos. La otra mano se abrió sobre su espalda para sentir lo real que era, manteniéndolo cerca de mí.

Clavé los talones y levanté las rodillas, separándolas.

Había olvidado a quién había matado. Solo deseaba que me follara como el delincuente sin escrúpulos que era, haciendo gozar a la chica mala que había en mí.

Él se balanceó hacia adelante. Reforzó el agarre de mi cabeza, y me dio otro beso, acariciando mi lengua con la suya.

—¿Mejor así, no? —Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, se puso de pie, extendiendo una mano para que la agarrara—. Ven. —Hizo un gesto para indicar la cama.

Vacilé un instante, cerrando los muslos mojados hasta la indecencia.

—Harper —me reprendió—. Puedo ponerte en esa cama, lo quieras o no. Así que no es una petición. —Era una orden. Había entendido cómo funcionaba mi naturaleza rebelde, fuerte con los inseguros y fascinada por los resueltos.

Orden o no, por primera vez acepté su mano siguiéndolo por mi propia voluntad. Me levantó, y su palma cálida en la parte baja de mi espalda me empujó hacia la cama.

—Boca abajo —me instó.

Gateé sobre el colchón, sintiendo un escalofrío en la espalda al notar que me seguía. Iba justo tras de mí. Apenas intenté tumbarme, casi como si tratara de escabullirme arrastrándome, su antebrazo me envolvió por el abdomen y me incorporó, con mis rodillas separadas por su presencia entre mis pantorrillas. Colocada a la altura justa, sus pulgares tensaron la piel en la base de mis nalgas y su pene se reapropió de mí.

Se inclinó, adhiriéndose a mi espalda.

—Así que querías matarme —murmuró en mis oídos, sonando perturbador más que enfadado—. Tú, insolente pequeñaja, ¿matarme a mí? —remarcó, incrédulo—. ¿Cómo debería castigarte por esto?

Me limpié una mejilla mojada con la muñeca.

—Ya me estás castigando. Te estás aprovechando de mí, una chica que secuestraste.

—Un castigo debería ser algo desagradable. Doloroso. —Su mano se deslizó por mi vientre hasta atrapar uno de mis senos. Lo apretó, llenando su palma, agarrando el pezón entre el índice y el pulgar—. ¿Es doloroso esto? —Me provocó, haciendo girar mi pequeño botón entre sus yemas. La aspereza de su barba incipiente se frotó punzante en mi cuello, sus dientes mordieron suavemente mi lóbulo y su lengua lo lamió, desatando una explosión de burbujas efervescentes que me recorrieron por dentro, ascendiendo bajo la piel.

—No es un dolor físico —jadeé —pero aún así duele. —Lo hacía por dentro, en mi pequeño corazón perdido, que resentiría lo que estaba ocurriendo durante mucho, muchísimo tiempo.

—Bien, entonces veamos hasta dónde puede llegar. —Me agarró por las caderas y enderezó la espalda, golpeando fuerte. Carne contra carne en un chasquido sonoro, su polla me hizo ver las estrellas. Di un respingo y gemí, invadida al mismo tiempo por una descarga de placer anómalo, a medio camino entre el impulso de huir y el de abandonarme a lo peor de lo que era capaz.

Él trazó la línea de mi espalda como si estuviera persiguiendo el escalofrío que la recorría.

—¿Así? —preguntó, llegando a agarrarme la base del cuello—. ¿Es suficiente?

Mi cabeza se balanceó, mis hombros se bajaron en una pose espontánea de sumisión. Apreté las sábanas con los puños.

—N...no... —me encontré diciendo.

Aniquílame, Axel. *Vacía mi ser*. Se lo rogué, en secreto, cerrando fuerte los párpados.

—*¿No?* —me hizo eco con una sensual risita—. Joder, pequeñaja... —Sus dedos me apretaron, agarrándome fuerte el cuello, me empujaron hacia abajo, reduciéndome a una cosita derretida, moldeable en sus manos. Y me gustaba, demonios si me gustaba.

—¿Quieres que te folle hasta que se te quiten las ganas de rebelarte de nuevo? —gruñó, asestando una embestida dura y rápida—. ¿Es eso lo que necesitas, pequeña salvaje?

—¡Ah! ¡Sí! —grité, con la espalda encorvándose instintivamente en busca de una posición que amortiguara los golpes.

Él hizo caso a mis palabras, me complació lanzándose sin miramientos, y me enseñó lo que significaba de verdad "ser empotrada". Me hizo gritar, abrumada por la potencia con la que era poseída, sin que pudiera hacer nada para amortiguar las embestidas, el choque, y las marcas de su agarre en mi carne.

Resistir, solo resistir, dándolo todo.

Las lágrimas me bañaban el rostro, pero yo no estaba triste... estaba llena. Y me sentía libre. Era de hecho una prisionera, y nunca me había sentido más libre en mi vida. Por eso quería que me impidiera huir y continuara imponiéndose sobre mí, haciéndome llorar y gozar, sacándomelo todo de dentro.

Sin embargo, Axel oyó mi sollozo y redujo la velocidad hasta detenerse, denso y duro dentro de mí.

—Mocosa... —murmuró, como si me hubiera perdido y me estuviera buscando.

—¿Mmh...? —Intenté incorporarme apoyándome en mis brazos temblorosos, pero volví a caer con la cara sobre el colchón.

—¿Cómo te sientes?

—Rota —tragué saliva con fuerza—. Tal como querías.

—No lo creo. No así —dijo—. Así no es como duele más, pequeñaja. Aún no he empezado contigo.

Se me escapó un gemido bajo, casi un lamento. Ya me habían enviado a esa tierra de nadie, en la frontera entre el dolor y el placer, y temía que, a partir de ahí, no pudiera quedar más que sufrimiento.

Él se retiró y me giró sobre mi espalda. Se colocó entre mis muslos con el pene erguido como un cetro. Esta vez penetró mi sexo suavemente, bajando despacio sobre mí. Me hizo saborear la forma en que me abría, haciéndose espacio en mi intimidad poco a poco.

Cerré los ojos y giré la cabeza, pero él tomó mi rostro entre sus manos, apartando lágrimas y mechones de cabello con los pulgares.

—Mírame, Harper.

—¿Por qué? —sollozando, los volví a abrir y encontré esas duras esquirlas grises y azuladas que me atravesaban la mirada. Intenté cubrirlas poniéndole mi mano encima, sintiendo sus pestañas hacerme cosquillas en la palma.

Él se zafó, llevándose mis nudillos a la boca y dándoles un beso que se convirtió en un pequeño mordisco.

—Porque tus ojos me vuelven loco. Cuando te burlas de mí, cuando estás enfadada, cuando tienes miedo, y aún más ahora que estás... frágil.

Ninguna embestida de su sólido miembro podría haberme golpeado con tanta dureza.

No lo digas... No hables así... Eso es de cabrón, así...

Retrocedió apenas, sus caderas se movieron sinuosas y volvió a llenarme con el movimiento más sensual y masculino que podía existir.

—Tienes que tenerlos abiertos porque tienes que ver quién te está follando. Tienes que estar presente con la mente y vivirlo conmigo, aunque quisieras matarme.

Mis párpados temblaron, estimulados por sus movimientos expertos y por el tono profundo de su voz, pero mantuve los ojos abiertos.

—Eres tú quien me está matando.

Axel rió suavemente.

—Mi trabajo sería mucho más agradable si matar fuera esto. —Tuvo el descaro de bromear al respecto.

Yo, en cambio, me quedé seria, enfurruñada.

Axel negó con la cabeza, capaz de leer en mi expresión.

—Soy lo que soy, pero contigo es distinto. Me hipnotizas, me haces perder la cabeza, pero te juro que saldrás viva de esto.

Viva no significaba entera, y aún así mis ojos empezaron a escocer de tanto que se estaban llenando.

—¿Por qué te creo? —No tenía sentido, no debería ser así, joder.

—Porque es la verdad —replicó, inclinándose para besarme.

Lo hizo con lenta ternura, como si estuviera saboreando un vino exquisito a pequeños sorbos. Mientras tanto, se impulsaba despacio con su miembro hacia arriba, lo más alto posible, y hacia abajo hasta casi dejarme, haciéndome contraer por la necesidad de retenerlo. Todavía necesitaba sus confidencias sinceras y dolorosas, sus músculos y su polla, todo a la vez. Habiendo perdido los últimos restos de dignidad, solté las sábanas para agarrarme a él; le enlacé las piernas a las caderas y me aferré a todo su cuerpo musculoso como una monita posesiva.

Nos robamos el aliento mutuamente, mirándonos a los ojos. Axel me empujó una rodilla contra el colchón para que dejara de rodearlo y me abriera mejor.

Vi su polla, bajo la planicie de sus abdominales y el vello oscuro, deslizarse dentro de mí con extrema naturalidad. Lo sentía condenadamente bien: con solo intentar apretarlo, percibía su firmeza impidiéndome con dureza cerrarme, y todo mi cuerpo temblaba.

Tenía un pedazo de Axel, el despiadado asesino, dentro de mí. Y era algo dulcísimo.

Pero también era terrible, porque entonces lo entendí: así era como el sexo podía hacer más daño, castigando con más dureza: cuando llegaba a apoderarse de tu corazón, aunque no debería haberlo hecho. Él lo sabía, pero le importó un bledo y nos había llevado a ambos a ese punto.

Demasiado tarde ya para dar marcha atrás.

Con un tumulto de emociones que me estrujaba el pecho, metí las manos en su pelo y lo acerqué de nuevo a mi boca para que volviera a besarme. Axel apoyó los antebrazos en la cama a mi alrededor y se balanceó como un borracho. Su pecho se frotó contra mis pezones y su velludo pubis se deslizó sobre mi clítoris. Empujé mis caderas, yendo a su encuentro.

Era perfecto, tal como siempre había deseado a un hombre: rudo pero comprensivo. Inamovible e inteligente.

Fuerte, pero cautivo.

Letal en todos los sentidos.

Mi respiración se convirtió en el resuello de una locomotora, las pulsaciones aceleradas hasta lo imposible. Le agarré ambas nalgas y lo mantuve pegado a mí. Él lo comprendió, se inmovilizó con toda su erección para llenarme y hundió el rostro en mi cuello, susurrando en mi oído.

—Ahora eres mía.

Perdí el control de mi cuerpo, sacudida por los sobresaltos del irruente orgasmo que me sobrecogió. Gocé de pies a cabeza, conmocionada por un

torrente de sensaciones que me hicieron reír y, de inmediato, llorar. Porque no podía, no debía ser tan absurdamente bonito. No con él.

Fueron segundos de éxtasis, que se desvanecieron tan rápido como llegaron.

—Joder... —comenté entre jadeos, mirando al techo mientras dejaba que los músculos se relajaran. Las endorfinas peleaban contra mi cerebro mientras llevaba una mano temblorosa al cuello.

La mirada de Axel se había enturbiado, marcando arrugas de expresión a los lados de los ojos y en la frente. Su cuerpo aún estaba tenso y una fina capa de sudor le enfriaba la espalda. Me levantó una pierna, se inclinó obligándome a doblarla contra el busto hasta lo imposible, y apretó el puño en mi pelo. Su nariz llegó a tocar la mía y me folló así, con nuestras bocas rozándose, exhalando jadeos profundos uno sobre el otro.

Aunque ya había llegado a la cima, me sumergí por completo en aquella intimidad tan cruda. Mi vista se desdobló en sus ojos demasiado cercanos, su pelvis bombeó con vigor. Axel se detuvo por un largo momento con un gruñido creciente, luego se retiró.

Se corrió en el silencio de un gemido ahogado, apretándose la polla en la mano, y manchándome de él. Me desplomé, como esos chorros cálidos, cayendo otra vez para enfriarme al volver a la realidad.

Me quedé inmóvil, como paralizada, con la respiración que se negaba a calmarse y los ojos húmedos, abiertos de par en par.

Fue terrible, lo peor que me podía pasar...

Tragué, sintiendo su semen, ligero como una pluma, trazar un camino por mi cuello. El olor agrio que me impregnaba las fosas nasales.

Tengo que limpiarme.

Tengo que quitarme todo ahora mismo.

Su esperma, su olor, todo... para borrar cualquier rastro de esto y olvidar lo que me hizo. Lo que hice.

Ni siquiera mi mente se atrevía a decir lo que había hecho, aunque tenía una corazonada imposible de ignorar... pero ¿había sido realmente lo que sospechaba? Tenía serias dudas.

Para mi corta edad, había tenido sexo un número razonable de veces, pero lo que acababa de ocurrir... nunca.

Inútil andarse con rodeos, eso no había sido puro y simple sexo, no como en mis otras experiencias. Aquello que sentí, esa necesidad visceral de abrazarlo y ser abrazada... Joder, por primera vez en mi vida, había hecho algo muy parecido al amor.

Y lo había hecho con el enemigo.

Capítulo 7



Dicen que "al corazón no se le manda". Yo nunca había creído en eso: tenía las ideas claras sobre lo que quería y me lanzaba a la vida, pensando que era yo quien mandaba.

La sorpresa de las sorpresas: el corazón no es débil en absoluto. Es un tirano que no se conforma con dictar sobre nuestra vida y nuestra muerte, sino que disfruta haciéndonos cometer las tonterías más absurdas, porque es un bobo que quiere ser estrujado, estallar y palpitar. Cree que eso es vivir de verdad.

De lo contrario, se muere de aburrimiento.

Y en lugar de eso, él quiere morir de tanta emoción.

***

Generalmente, al terminar de follar, me daba un par de minutos para recuperarme, luego me levantaba, me lavaba, me vestía y sonreía mandándole un beso volado al afortunado con un *"gracias, cielo"*. Y me marchaba, porque yo era la que follaba, no la que era follada. Sin embargo, algo me decía que de aquella cabaña no podría marcharme con un simple *"gracias, cielo"*.

Después del sexo no volvimos a hablar. Axel me acompañó al baño para que pudiera darme una ducha de verdad. Me la di sola, pero luego fue él quien me envolvió en una toalla de felpa para secarme, mientras yo lo dejaba hacer, todavía atontada.

Cuando salimos, yo llevaba una camisa suya y nada más. Al verlo ir directo a por las esposas, me detuve en seco, con la boca torciéndose en un gesto de decepción.

Él suspiró, acercándose.

—Te escaparías —me dijo.

¡Claro que me escaparía, maldita sea!

—Sí —respondí con frialdad, intentando ser dura y mantener las distancias.

Mi libertad seguía siendo la prioridad, como para cualquier ser humano en su sano juicio, aunque yo ya no estaba tan segura de estarlo. Pensé que un hombre al que realmente le importara yo, me habría dejado marchar, pero supongo que él también quería proteger su propia libertad, que además ya estaba en peligro.

Me senté en la cama, que él no dejaba de señalar con insistencia, esforzándome por mantener la cabeza en alto: mi orgullo había recibido un buen golpe.

¿De verdad me había engañado pensando que las cosas entre nosotros podían cambiar? ¿Solo porque había renunciado a apretar el gatillo y me había rendido a él? No era más que una rehén, a merced de los caprichos de un delincuente. Esa era la verdad, por encima de sus bonitas palabras y de todos sus besos.

El chasquido de la esposa cerrándose alrededor de mi muñeca sonó en mis oídos como una bofetada que me despertaba por haber bajado demasiado la guardia.

Estúpida, Harper.

Esperé a que me esposara a la cama, cubriéndome las piernas desnudas con la sábana. Él cerró el otro extremo de las esposas en el cabecero y me hizo una caricia en el cabello, que rechacé sacudiendo la cabeza.

En ese momento, sonó el teléfono en el que le había visto insertar una nueva SIM. Axel se apresuró a contestar. Salió de la habitación a grandes zancadas, cerrando la puerta tras de sí, pero con el movimiento apresurado la cerradura no encajó bien y la hoja volvió a abrirse ligeramente.

Las primeras palabras que intercambió con su contacto me llegaron amortiguadas, y luego la puerta se deslizó lentamente sobre los goznes hasta abrirse unos cuantos centímetros más. Me quedé inmóvil, aguzando el oído, y por fin logré entender el sentido de lo que estaba diciendo.

—Sí... No, voy yo a por los nuevos documentos, a ti podrían estar siguiéndote. —Se movía, algunas frases me resultaban más claras que otras—. Está todo bajo control, deja de preocuparte: el chico tenía debilidad por Sullivan, es normal que no se rinda tan fácilmente como su familia... ¿Qué coño significa eso? Sabías que los servicios secretos iban a quitarle el caso al FBI. Es algo bueno, te lo digo, estamos jugando en casa.

Me limité a abrir la boca. ¿Qué quería decir eso? ¿Tenía contactos en los servicios secretos?

—Conozco a ese agente, está trastornado, uno de esos que no duerme por las noches. Pero ten cuidado, es un tipo listo y se te pega como una garrapata.

Le dejó a su compañero muy poco tiempo para replicar.

—Y tú háblale, trabájatelo —lo apremió.

—Tienes razón, si es verdad, esto se está yendo de las manos... Mira, haré una llamada, a ver si consigo quitártelo de encima.

A partir de ahí, su tono se volvió más firme.

—No decides tú, yo ya he hecho mi parte, la sigo haciendo, ahora haz la tuya y no me toques las narices. Ya sabes que en el trabajo siempre puede haber algo que se tuerza.

Imaginé que yo era ese "algo" que se había torcido.

—Sí, lo he complicado todo, y me da igual, porque así están las cosas ahora. Vamos a ver cómo lo arreglamos, ¿vale?

La puerta se cerró de golpe, me sobresalté y ya no entendí nada de cómo continuó la conversación.

Axel regresó a la habitación una hora después con un plato de pasta recalentada en el microondas, aún dentro de su envase de cartón plastificado. Me lo entregó y yo lo dejé sobre la mesita de noche: con cómo me sentía, no tenía apetito.

—Come —ordenó.

—Comeré cuando me apetezca. —El olor era agradable, pero me molestaba de todos modos, incluso más por su tono perentorio—. ¿O también quieres imponerme esto?

—Mira que lo digo por tu bien.

—Sí, claro... —farfullé entre dientes.

Sacó una bolsa negra de debajo de la cama y comenzó a hurgar en ella.

—Tengo que salir —me informó, extrayendo una caja de municiones y una camiseta ligera con capucha—. Estaré fuera solo unas horas.

—¿Me dejas sola, atada aquí? —Me venía de perlas quedarme sola, pero estar atada le daba otra perspectiva totalmente distinta. Podía ocurrir cualquier

cosa: que entrara un oso a devorarme... si esto fuera Canadá. O que apareciera un delincuente... aunque en esa habitación ya tenía a uno de los peores.

—Lamentablemente no tengo un sótano oscuro en el que encerrarte. —Intentó suavizar la situación con una broma, o al menos quise creer que era una broma.

—Vaya, qué pena. —Me encogí de hombros con falsa indiferencia—. Pero adelante, yo estaré mucho mejor sin ti por aquí.

—Claro, así podrás intentar huir otra vez y ganarte otro castigo.

Después de sus "castigos", mi cuerpo ya no era el mismo. Lo sentía diferente, con moratones y magulladuras, además de haberme vuelto hipersensible a su contacto. Levanté el dedo corazón para que no se viera el temblor que solo pensar en ello me causaba.

—No veo la hora de que te vayas —dije.

Dio un golpe a la parte posterior de la pistola, montándola con un chasquido. Metió el arma en su cinturón y se inclinó sobre la cama, apoyando los puños de sus brazos extendidos.

—Yo, en cambio, no tengo el menor deseo de alejarme de ti —dijo.

Pero ocurrirá. Bajé las pestañas y tiré de las sábanas para cubrir mis piernas. *Tarde o temprano, todo esto terminará... de un modo u otro.* Un pensamiento que debería haberme aliviado, y sin embargo, en medio de mis profundas contradicciones, solo logró amargarme.

Axel avanzó gateando sobre la cama. Intentó hacer que levantara el rostro con dos dedos delicados bajo mi barbilla.

Me giré con decisión hacia el otro lado, rechazándolo.

Él no se dejó desanimar como lo hacían todas las personas ante mis bruscas reacciones, hundió los dedos en mis mejillas obligándome a mirarlo.

—Pequeñaja... ódiame, pero bésame.

No caigo en eso... No, señor...

¿Por qué tenía que decir cosas así y parecer tan seductor? Las ganas de darle una bofetada eran las mismas que las de besarlo. Casi iguales, porque ganaron las segundas.

¡Maldito hombre, tendría que haberlo matado cuando tuve la oportunidad!

Nuestras bocas dejaron de pincharse con palabras para apretarse la una contra la otra. Tenía que admitir que besaba increíblemente bien: decidido sin llegar a ser brusco, sabía cómo hacerlo realmente placentero.

Pateé las sábanas para inclinarme hacia él. Las esposas silbaron al deslizarse por la barra del cabecero hasta quedar bloqueadas por un travesaño, pero aún así mis manos lograron alcanzarlo.

Axel me rodeó los hombros, manteniéndome pegada a él durante unos segundos más. Luego separó sus labios apenas unos milímetros y abrió los ojos.

—La llave de las esposas ya no está en mi bolsillo —me dijo—, pero puedes seguir buscando, estás a punto de encontrar algo más consistente.

Y yo que pensaba que tenía una mano sigilosa. La quité al instante de sus pantalones y lo empujé.

Él se echó a reír mientras se incorporaba.

—Decídete, mocosa: ¿quieres disfrutar de tu cautiverio o prefieres pasártelo poniendo morritos y fingiendo que te resistes?

—¡¿Fingiendo?! —espeté, sujetándome el estómago con el antebrazo—. ¡Me has violado!

—¡Fingiendo! —reafirmó con crudeza, apuntándome con el dedo—. Te aferraste a mí como un pulpo. Las víctimas de violación no se agarran para pillar todo el rabo que puedan. No te creía tan hipócrita, mocosa.

—Yo no soy una hipó... —Lo vi enarcar una ceja, juzgando como si fuera Dios en la Tierra, listo para fulminarme si mentía.

¿Desde cuándo era alguien que mentía para salvarse el culo? Yo no lo hacía, y desde luego no era una falsa víctima. Odiaba las mentiras por encima de todo, especialmente cuando venían de mis padres. Sabía que había exagerado al clasificarlo como una violación, pero no existía una palabra en el mundo que pudiera definir lo que había pasado entre nosotros: esa atracción, esa dolorosa resistencia que se había desmoronado a base de amenazas y besos.

—Te dejé hacer solo porque estaba alterada, y... Sí, vale, en un momento me ha gustado, ¿vale? —solté al final—. Es solo una cuestión fisiológica. Sabes follar... *discretamente* —concluí con dificultad, carraspeando al pronunciar la última palabra, como si de verdad fuera una entendida en el tema.

—Oh, muchas gracias, reinita del sexo. No sabes cuánto me importa la opinión de una cría. —Hecho el comentario, arrugó un par de cosas y las tiró dentro de la bolsa negra de deporte.

—Eso no quita que no me diste opción, y que la víctima aquí soy yo. —Levanté la esposa para dejar claro el concepto.

—Nunca me había tocado una víctima tan toca pelotas —masculló.

—Vete tú a saber por qué —refunfuñé.

Pateó la bolsa, metiéndola bajo de la cama y sus párpados se movieron veloces, liberando un brillo peligroso en sus ojos.

—Mueren antes, obviamente.

Obviamente.

Aquel último comentario me dejó la boca seca. No debía olvidar que estaba en la guarida de un peligroso sicario de alto nivel, y que seguía viva solo por uno de sus caprichos.

Estaba viviendo una de esas aventuras que te hacen desear sobrevivir solo para poder contarla algún día a los nietos —teniendo en cuenta los años que necesitaría para procesarla— ocultando todos los aspectos escabrosos poco aptos para oídos infantiles... y también para los de los adultos, en mi caso.

Más triste, recogí las piernas y las abracé contra el pecho con un brazo, ya que el otro, atrapado por la esposa, no llegaba.

—¿Nunca has perdonado la vida a nadie? —pregunté con una voz más baja, que expresaba solo una curiosidad temerosa.

—Ningún objetivo. He intentado perdonar la vida a los civiles, cuando es posible.

—No siempre, entonces. —Apoyé el mentón sobre las rodillas—. Eres realmente despiadado. —Y yo realmente privilegiada por seguir respirando.

Él no tuvo nada que replicar. La severidad que había adquirido en sus facciones desde que dejó de interpretar el papel de Thomas era ya, por sí misma, una confirmación.

—¿Cuánto dinero te dieron por Sullivan?

—¿Qué diferencia hay?

—Quiero saber tu precio. —Y, en consecuencia, qué valor le das a la vida de un hombre.

—Te lo he dicho, es bastante dinero. Pero no es solo una cuestión de precio, Harper.

—¿Y de qué, entonces? Quiero saber...

—¿Por qué?

Sí, ¿por qué?

—Porque necesito saber qué te empuja a hacerlo. —Y qué me impedía odiarlo con toda mi alma. Porque lo intentaba con todas mis fuerzas, pero lo único que conseguía era una mezcla de ira contenida y un cierto temblor—. Has dicho que no eres el tipo de monstruo que mata a una testigo inocente como yo, así que quiero entender qué tipo de persona eres. Por favor... juro que no diré nada.

—Difícilmente te creerían, solo acabarías arriesgando el pellejo.

Si era por eso, ya estaba arriesgando el pellejo, dijera lo que dijera. Quizá entender cómo funcionaba su mente me ayudara de algún modo.

—Sé vago, no digas nada comprometedor si no confías en mí.

Justo cuando creía que era una causa perdida, él se detuvo a considerar mi petición.

—¿Comerás si te lo cuento? —Aprovechó para extorsionarme, porque así funcionaba su mundo: una cosa a cambio de otra.

—Sí, comeré. Si me explicas qué te lleva a hacerlo, comeré todo —le prometí.

Axel suspiró, con un gesto que sacudió incluso a sus hombros, nada satisfecho con su chantaje. Se sentó en la cama dándome la espalda. Apoyó los codos en las rodillas y se frotó el rostro: le costaba mucho abrirse, pero conmigo lo hizo.

—Llevo mucho tiempo haciendo esto, primero como francotirador de los SEAL en operaciones de alto riesgo.

Oh, joder, de verdad era un SEAL.

—Después, alguien pensó que mis habilidades estarían mejor aprovechadas actuando fuera de la legalidad, como contratista.

Aquí mi mente empezó a elaborar todas las hipótesis posibles: ¿para quién trabajaba realmente? Ya tenía claro que los servicios secretos estaban detrás de todo aquello, pero debía de tratarse de una rama muy exclusiva, dado que oficialmente lo estaban buscando. Aún así, me callé. No pensaba interrumpirlo mientras estuviera dispuesto a hablarme de sí mismo.

—Durante un tiempo creí que estaba haciendo limpieza, "deshaciéndome" de las manzanas podridas, pero luego entendí que no hay nada heroico en lo que hago. Quitar una vida nunca es un acto justificable. Matar es solo "esa cosa", como tú dices: un talento que tengo, sobre el que he dejado de hacerme preguntas.

—¿Y cómo es?

Negó con la cabeza, esbozando una sonrisa amarga.

—Ves a un hombre caminar, reír, follar, sin saber que su vida está llegando a su fin: él todavía no sabe que está en tus manos. Casi puedes apretar el puño y sentirla en la palma. Y no sientes nada.

—¿De verdad nada? —susurré— ¿En serio?

—No. Solo es tu mano firme y la respiración regular lo que te hace creer eso. En realidad, una vez que suprimes la culpa, matar se convierte en una droga, si no lo controlas.

Sin embargo, él había demostrado tener un gran control sobre sí mismo y sobre sus reacciones. Lo que hacía era una locura, su vida entera lo era, y aún así Axel parecía siempre perfectamente lúcido.

—¿Alguna vez has pensado en dejarlo?

—¿La gente alguna vez piensa en jubilarse?

—No es exactamente lo mismo...

—Pero qué coño, ¿por qué te estoy contando esto? No puedes entenderlo, mocosa. Lo que hago no puede acabar así —chasqueó los dedos—. Soy el sicario y el chivo expiatorio de quien no puede permitirse ensuciar su nombre. No hay ninguna historia triste que contar, simplemente elegí serlo, y cualquier otra opción de una vida diferente se fue a la mierda en el mismo instante en que apreté el gatillo por primera vez.

Me balanceé abrazando mis piernas con un brazo, con el olor de su camisa aún en mí. Debería haberme hecho sentir sucia, y sin embargo me reconfortaba.

—¿Recuerdas al primer hombre que mataste?

Me miró por encima del hombro.

—Perfectamente.

—¿Quién era?

—Un chico de veintitrés años, la misma edad que yo tenía entonces, en un país muy caluroso. Tres días de vigilancia para poder tenerlo en la mira, seguidos de una semana en la que no fui capaz de comer ni dormir, sabiendo que me lo había cargado en frío, como en un puto videojuego.

—Entonces sí que tienes conciencia.

Soltó una risita burlona, como si estuviera completamente desencaminada.

—Ahora puedo aparecer en el baño de un hotel, rajarle la garganta al tipo que se levanta a afeitarse y bajar tranquilamente a desayunar tortilla y bacon —me explicó—. He anestesiado mi conciencia.

Me miró con más atención, entornando los ojos.

—Bueno, al menos hasta que una mocosa de lengua afilada, que mascaba chicle como un gamberro, me empujó contra la red de una pista de tenis.

Una mocosa que llevaba una puta camiseta con la muerte estampada, sin saber que la tenía delante en carne y hueso.

—Vaya, qué suerte la mía —solté sin entusiasmo, aunque el corazón se me hubiese desbocado un poco al oírle hablar de mí y del efecto que tenía sobre él —. ¿Seguro que fue tu conciencia la que se despertó... y no eso que llevas entre las piernas?

—Ay, Jesús, pobre de mí, ¿qué he hecho de malo aparte de matar cristianos? —echó la cabeza hacia atrás, dejando que el pecho se le hinchara en un suspiro antes de incorporarse—. Pinchas como un demonio, usando ese cuerpo arrebatador y esa carita bonita. Haces que se le ponga dura a cualquier hombre que disfrute un buen reto, y lo sabes. Te lo buscas tú sola. Pero escúchame bien, mocosa: deberías tener más cuidado. Muchos chavales pueden asustarse, pero hay hombres hechos y derechos que no esperan otra cosa, y que quizás

no puedan competir con tu lengua, pero tienen más músculos que tú para someterte.

—Hombres como tú —lo acusé.

—Me gusta batallar con tu lengua. —Fue malicioso.

—Y someterme.

—También. Te vuelves especialmente tierna y sensual cuando te rindes y bajas la guardia.

—Me alegra que te haya gustado, porque no volverá a pasar. No quiero que intentes follarme otra vez. —Estaba en juego mi estado mental, o más bien psico-físico...

—Se te escapa un detalle. —Se puso la sudadera ligera, una gorra de béisbol y se caló unas gafas de sol mientras rodeaba la cama—. No voy a *intentarlo*, pequeñaja. Lo haré, punto. Y te va a gustar, *otra vez*.

La impotencia que era capaz de hacerme sentir en un nanosegundo me asustaba. Él todavía me daba miedo, sobre todo sus amenazas. Y tenía todas las razones para temerle, porque sus amenazas nunca eran vacías. Era un tipo que siempre llevaba las cosas hasta el final.

Inspiré hondo por la nariz, con las fosas nasales dilatándose, y mi vientre se contrajo ante la certeza de que, si él quería, ocurriría, y mi rebelión valdría poco. Pero lo intentaría de todos modos, porque no estaba acostumbrada a rendirme, ni siquiera para minimizar los daños.

—Se nota que te gusta coleccionar arañazos y patadas.

—Si vale la pena, encantado. —Se acomodó la gorra sobre la frente—. ¿Quieres algo más antes de que me vaya? —preguntó, dando por terminada nuestra conversación.

En mi mesita había un plato de pasta ya fría y una botellita de agua. Durante un rato sobreviviría y tendría tiempo para recuperarme sin que él estuviera cerca dándome bofetadas en las sinapsis.

—¿Un móvil? —propuse lo imposible.

—Sabes, no es como en las ferias: vuelve a intentarlo y quizás tengas más suerte. —Puso las manos en las caderas—. Vuelve a intentarlo, y podría terminar cansándome.

—Entoneces... ¿un analgésico? —imploré, presa de la urgencia de verlo marcharse.

—¿No te encuentras bien?

—Tengo un poco de dolor de cabeza —confesé. Mi propia respuesta débil era un reflejo de mi estado, causado por las muchas lágrimas, el sexo intenso y las emociones fuertes.

Axel me trajo una pastilla efervescente en un vaso de agua. Me tocó la frente para ver si tenía fiebre, pero no la tenía, solo estaba algo conmocionada y completamente hecha polvo.

Se sentó en el borde de la cama y esperó a que bebiera toda esa agua salada y amarga. Le entregué el vaso vacío, él me besó en la frente, acariciando mi melena hasta los hombros, provocándome una lluvia de escalofríos por todo el cuerpo.

—Volveré pronto, lo prometo.

¿Cómo podía prometer algo así y marcharse con un arma cargada?

—No es lo mejor que puedes decirle a una rehén. —Una que además está atada a una cama, para ser follada o, posiblemente, usada como moneda de cambio.

—Pero apuesto a que, en el fondo, eso es justo lo que querías oír. —Me puso el plato de cartón en la mano—. Ahora, come.

Y se fue.

Clavé el tenedor en la pasta como si lo estuviera apuñalando a él, y comí tragando más de lo que masticaba. Mientras rumiaba, escudriñaba la habitación, ideando mi plan de fuga, libre para actuar sin que nadie me molestara. Entre el girar de los engranajes en mi cabecita, me sorprendí pensando —fuera de contexto— que mi padre nunca me había dicho algo así, acariciándome la cabeza: "*volveré pronto, lo prometo*", ni siquiera cuando era niña.

Un pensamiento que se volvió difuso. De repente, me costaba seguir las ideas, sentía que mi cabeza se estaba convirtiendo en una caja vacía. Dejé el plato a un lado, bebí unos sorbos de agua fresca de la botellita y sacudí la cabeza para despejarme. Mis párpados se volvieron pesados, se cerraron un instante, parpadeé, sintiendo el cansancio atacarme con una fuerza inusitada.

Extendí el brazo para devolver la botella a la mesita de noche, pero fallé y cayó al suelo. Mi cabeza se desplomó hacia adelante mientras perdía el conocimiento, logrando formular un último pensamiento coherente.

Me ha drogado... el bastardo.

Capítulo 8



Mis párpados temblaron antes de abrirse por completo con dificultad. El techo con las vigas de madera blanca me devolvió de inmediato a la realidad de mi cautiverio. Inspiré con un quejido ahogado, abriendo y cerrando la boca por el extraño sabor que tenía en la lengua, mientras recuperaba poco a poco mis facultades. La habitación estaba sumida en la penumbra del anochecer, los débiles rayos del sol se filtraban a través de las dos tablas clavadas en la ventana... Un momento, el sol salía por ese lado, eso significaba que era el amanecer.

Había dormido toda la noche como un tronco. O mejor dicho, me había desmayado después de que Axel se marchara, quedando inconsciente toda la noche.

Axel... Me removí, buscándole, y lo encontré enseguida, allí, en su lado de la cama, tumbado, el cuerpo orientado hacia el ordenador sobre la mesita, con las cámaras espía del bosque encendidas. Su perfil se movía imperceptiblemente con la respiración regular del sueño.

Había quitado el brazalete de las esposas de la cama para cerrarlo en su propia muñeca: volvía a estar atada a él. No solo me había dejado sola durante quién sabe cuántas horas, sino que además me había dejado inerme. Era horrible ser lanzada al agujero negro de la inconsciencia, despojada de la capacidad de actuar, pensar y hablar. Un auténtico robo de vida que no le

perdonaría... junto con todo lo demás. Su peor defecto era que pensaba que podía tratar a las personas como objetos, según lo que le convenía.

Fruncí el ceño y apreté los puños. Quería que supiera lo que se sentía bajar la guardia y que alguien se aprovechara de ti.

Acumulando toda la energía de mi rabia, me giré de lado, encogí las piernas contra el pecho apuntando los pies hacia su trasero y llevé las manos a su espalda. De repente, descargué toda la fuerza que tenía, pateándolo y empujándolo fuera de la cama con un grito rabioso.

—¡Me drogaste!

Axel abrió los brazos buscando algo a lo que aferrarse, pero su cuerpo no respondió a tiempo y cayó al suelo con un estrépito, llevándose el ordenador consigo. El sonido del impacto fue seco, pero no se detuvo a quejarse, y, como un hombre acostumbrado a la lucha, se giró de inmediato, con el rostro lleno de furia.

Por desgracia, yo seguía allí, sobre la cama, porque aún estaba atada a él por las esposas.

Su muñeca giró rápidamente, acortando la cadena, y su mano agarró mi antebrazo. Tiró de mí, y de nada sirvió que me aferrara a la cabecera. Mi piel se enrojeció y se puso pálida por la presión de su agarre, mis dedos fueron cediendo uno a uno, y acabé cayendo sobre él. Una caída que amortiguó con su cuerpo.

—¡Me drogaste! —Repetí, gritando, con las rodillas resbalando sobre sus piernas mientras buscaba un punto de apoyo para incorporarme.

—¡Maldito cabrón!

Me revolví y terminé frotándome contra él sin querer.

Mi brazo se alzó para darle una bofetada, pero Axel lo interceptó, agarrándome también el otro antebrazo. Puso un pie y me volteó sobre la espalda como si no pesara nada. Rodó sobre mí, su cadera presionó contra la mía, pesada como un bloque de cemento y sus rodillas se apretaron alrededor de mis piernas.

Su respiración se había agitado, tan rabiosa como la mía, mientras me dominaba con su torso desnudo, amplio y poderoso. Me sentí aplastada por su fuerza desmesurada, que me hizo sentir perdida, empujándome a luchar con los movimientos desesperados de una liebre acorralada.

Axel apartó la cabeza, esquivando mis dedos que iban directos a sus ojos. Su espinilla bloqueó mi pierna justo cuando intentaba darle una rodillazo en los huevos.

Gruñí, tensa, retorciéndome como un gusano, atrapada entre el suelo duro y mi igualmente sólido agresor.

—¡Ya estaba atada! ¿Qué necesidad había? ¡Maldito bastardo!

Él me tapó la boca con la palma de su mano grande, cubriéndola por completo y bloqueándome también la nariz.

—Te drogué porque eres una mocosa rebelde, demasiado espabilada —gruñó en voz baja—. Sé de lo que eres capaz. Era la única forma de asegurarme de que no causaras problemas... de esos en los que los dos acabaríamos perdiendo.

Intenté tomar aire en vano, abriendo los ojos de par en par, presa del pánico creciente, mientras él se ayudaba con la otra mano para inmovilizarme la cabeza.

Ahora me mata, pensé, apenas pudiendo creer que estuviera sucediendo de verdad. Era mi fin, provocado por una estúpida patada en el culo, y lo que más me dolía era sentirme traicionada. Había jurado... *"saldrás viva de esto."*

Apreté los dedos en su hombro marcado por la cicatriz del agujero de bala. Mis uñas se doblaron sobre su carne curtida, lacerando la superficie en el intento de despellejarla. Los pulmones se forzaron al máximo, hasta dolerme, mientras un vértigo debido a la hipoxia sumía mi cabeza en un oscuro torbellino.

La presión de su mano aumentó, impidiendo que una sola molécula de oxígeno se colara entre sus dedos. Sus ojos, gélidos, reflejaban una determinación inquebrantable.

—Y lo hice porque eres mi rehén, Harper, aunque tiendes a olvidarlo, creyendo que puedes aprovecharte de mi debilidad por ti para joderme.

Le rogué con la mirada, prolongando un gemido de súplica.

—Sssh, ya está... tranquila. Ya no necesitas rebelarte, pronto lo entenderás.

El zumbido en mis oídos apenas me dejó escuchar sus palabras. La vista se me nubló poco a poco, hasta que todo quedó envuelto en negro. Volví a perder el conocimiento, hundiéndome en un nuevo limbo, justo en la frontera entre dos mundos... y a un paso de la muerte.

***

El "bip-bip" de una alarma, procedente del ordenador sobre la cómoda, me sacó de un sueño sin sueños. Me sentía pesada, como si realmente hubiera hecho un esfuerzo inmenso para volver del más allá.

Entrecerré los ojos y vi la gran silueta de Axel entrar en la habitación yendo directo a comprobar las cámaras espía en el ordenador. El dispositivo aún

mostraba los daños del golpe que se llevó al caer de la mesita de noche. Me concentré en su espalda, enfocándola, mientras él apagaba el sistema de vigilancia.

Estaba viva. Fue lo primero que pensé, un alivio más intenso que la rabia con la que me había despertado al amanecer.

Entonces me moví y, al no poder liberar mis brazos y piernas, entendí en qué situación estaba: atada con cuerdas viejas a los extremos de la cama. De nuevo en el punto de partida.

Mi cabeza giró de un lado a otro, localizando las gruesas cuerdas de cáñamo alrededor de mis muñecas. Los tobillos tenían algo más de márgen. Intenté cerrar las piernas, pero mis rodillas no lograron acercarse a menos de medio metro la una de la otra. Lo único que protegía mi cuerpo era la camisa que aún llevaba puesta y una gruesa colcha de algodón que alguien me había echado por encima, desde los pechos hasta las pantorrillas. Qué no habría dado por recuperar mi ropa interior, colgada para secarse en el patio...

Retorcí las muñecas y los tobillos, comprobando que los nudos estaban tan apretados que parecían indisolubles. Atrapada por la frustración, me mordí los labios en silencio, para evitar llamar su atención. Un desesperado deseo de huir me atenazó, más fuerte de lo que lo había sentido nunca.

Axel se descubrió un hombro, revelando las marcas rojas que le había dejado con las uñas, y pasó por encima un paño blanco para limpiarse la sangre. Se giró, vestido con un par de jeans anchos y una camisa desabrochada, buscándome con la mirada.

—Podías haberme matado —le solté antes de que pudiera hablar.

—No cometo errores de ese tipo —abrió la boca con una sonrisa calculadora, satisfecho con lo que veía—. Bienvenida de nuevo, pequeñaja.

Bastardo... Sorbí por la nariz, conteniendo el aire en mi pecho lleno de ansiedad.

—Quítate esa puta sonrisa de la cara.

—No lo creo: tengo todos los motivos para sonreír. Mis documentos estarán listos en breve y dentro de poco seré un hombre nuevo.

Rió por lo bajo, como si hasta él mismo pensara que era una estupidez.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer? ¿Panadero? ¿O vas a ayudar a las abuelitas a cruzar la calle?

Me retorcí un poco —hasta donde las cuerdas me lo permitían—, arrugando las sábanas bajo mi cuerpo mientras las ataduras me raspaban las articulaciones.

—Haré todo lo que me dé la gana.

—Vamos, lo mismo que haces ahora —gruñí y mis labios se torcieron en una mueca de desprecio.

Él alzó una ceja.

—¿Estás enfadada conmigo, pequeñaja? ¿Y eso por qué?

—Que te den —siseé.

Él se arañó el labio con los dientes, con una sonrisa que no consiguió esconder.

—¿Estás segura de que quieres que esto tome este rumbo?

Caminó hacia mí hasta llegar a un lado de la cama; su mirada recorrió mi cuerpo atado, esperando una respuesta para continuar con el intercambio de pullas, pero yo no tenía fuerzas. Mi cuerpo estaba agotado por las drogas y por su trato, y mi mente... también.

—*Me rebelaría* —le había dicho.

—*¿Y cómo lo harías con las manos atadas? Y antes de que digas que me darás una patada: también tus pies estarían atados a cada pata de la cama.*

De verdad lo había puesto en práctica.

—No puedes hacerme esto... —me rendí, con un hilo de voz. Giré la cabeza hacia el otro lado, pegando la mejilla al colchón, avergonzada por mi posición y por mi debilidad.

—Tengo que ser más firme contigo, si quiero que las cosas salgan como las he planeado. Ser más estricto. —Axel soltó uno de sus suspiros, señal de que había dejado de bromear—. No puedo permitirme que escapes y que te interroguen.

Negué con la cabeza, tragando el nudo en mi garganta.

—No habría dicho nada sobre ti. —Una verdad que me convertía en una auténtica tonta que se ha dejado lavar el cerebro.

Por un momento, pareció impactado.

—Nunca te han interrogado los servicios secretos tras la pista de un fugitivo, pequeñaja. Comparado con eso, estar aquí conmigo es como dar una vuelta en el caballito del tiovivo. —Cogió el vaso de zumo que debió de haber dejado en la mesilla mientras yo estaba inconsciente.

Me metió la mano por debajo de la nuca para ayudarme a levantar la cabeza.

—Bebe, debes de tener sed.

Tenía una sed terrible y solo por eso reuní el valor y acepté. Al fin y al cabo, no creía que a esas alturas le hiciera falta drogarme.

Fui bebiendo a pequeños sorbos, hasta terminar casi todo.

—¿No son tus amiguitos, los del servicio secreto? —Había sido muy vago al respecto, pero yo siempre había sido buena con los números, en eso de sumar dos y dos, desde los seis años.

—Los servicios secretos son un nido de víboras del que no tienes ni idea. —Dejó el vaso y comenzó a pasear por la habitación, deteniéndose a los pies de la cama. Se inclinó, apoyando las manos en el patero—. Esos a los que llamas "mis amiguitos" podrían usar métodos definitivos para apartarte del responsable de mi caso, con tal de impedir que llegues hasta mí. No creo que seas consciente de a quién he liquidado: Sullivan era más poderoso y corrupto de lo que jamás se sabrá. Y además, pequeñaja... —Agarró la colcha de algodón y empezó a tirar de ella desde abajo—. Servicios secretos o no, esta es la imagen más tentadora que he tenido delante en mucho tiempo.

Sentí la tela deslizarse por mi cuerpo con una lentitud dolorosa, despojándome de su peso reconfortante, hasta caer al suelo, en un pequeño montón. Para cubrir mis partes íntimas, solo quedó la gran camisa de algodón blanco con los puños desabrochados, que llegaba hasta los muslos.

Mi respiración se volvió entrecortada y temblorosa.

Axel me observó con una mirada voraz, apretando la madera del pie de cama con los puños, mientras sus pectorales se tensaban, visibles entre los frentes de la camisa abierta.

Presioné la nuca en el colchón, levantando la barbilla con un desprecio ridículo.

—No te atrevas... Maldita sea, no lo hagas...

—Te quema sentirte tan impotente, lo sé, es parte de tu castigo por haberme tirado de la cama, pero te aseguro que también te hará mojarte bien antes de que llegue a poseerte de nuevo. —Se levantó dando un golpecito con la mano a la madera—. Y cuando te desate, querrás mi polla más de lo que quieras escapar.

Sentí mi cuerpo aplastado por un peso, contraído, como si él ya estuviera sobre mí y dentro de mí.

—Tu idea de castigo es perversa. *Tú* eres perverso.

—Qué gran descubrimiento. —Entrelazó las manos y las estiró hacia afuera, haciendo crujir los nudillos—. Y ahora... ¿no crees que hace calor aquí dentro?

Lo hacía y mucho, pero no por la temperatura de la habitación.

Axel se sentó en el borde del colchón, junto a mi costado, y yo me quedé inmóvil, en alerta.

—Deja que te ayude —me desabrochó el primer botón de la camisa, rozándome el esternón—. Así estarás más fresca —se burló de mí.

Observé sus dedos trabajar para abrir algunos botones más, bajando poco a poco, hasta dejar solo los tres últimos cerrados.

—Axel... —intenté encontrar algo que decir para detenerlo, pero me quedé con la boca entreabierta, sin lograr pronunciar ni una sola palabra.

—Ya casi he terminado. —Sus yemas se deslizaron por mi piel, haciéndome cosquillas, abriendo la camisa para descubrir mis pechos, y luego el abdomen, hasta llegar al ombligo.

Mi vientre se contrajo; las curvas de mis senos en esa posición eran menos arrogantes, más suaves, a diferencia de mis pezones que reaccionaron por su cuenta, mostrándose intrépidos ante el peligro.

—Bien —aprobó con malicia.

Alzando la mirada, cruzó sus ojos con los míos y lo que vio en ellos lo hizo bajar con la máxima lentitud y cautela hasta mi boca. Llegó a rozarla. Mis labios temblaron, los apreté con fuerza en señal de rechazo, conteniendo la respiración.

Él suspiró apenas y se echó hacia atrás, llevándose consigo el beso que se quedó a medias.

—Cuanto antes te dejes llevar, antes terminará tu sufrimiento —dijo, incorporándose.

—No me importa —repliqué, observando la bragueta abultada de sus pantalones. El miembro presionaba tan fuerte contra la tela que se podía adivinar toda la longitud—. Me basta con que tú también sufras.

***

Axel arrastró una mesita hasta la habitación y se acomodó en la butaca donde había dejado algunas de sus prendas, pasando luego gran parte de su tiempo navegando por internet. Y observándome.

Por mi parte, los minutos parecían horas. Tenía picores inimaginables que nunca habría sentido si no hubiera estado atada. Y no me atrevía a moverme por miedo a que se descolocara la poca tela que aún me cubría la parte baja del vientre; esos pocos centímetros de decoro que a duras penas conservaba.

No sé cómo, pero se me había metido un mechón de cabello en la boca, y eso me torturaba, junto con mi vejiga a rebosar.

Froté el rostro contra la sábana, sin mucho éxito, conteniéndome a duras penas para no gritar, frustrada. Respiré hondo y, cuando estuve lo bastante tranquila, tomé una decisión.

—Axel... —me costó llamarle la atención justo en un momento en el que, por suerte, estaba centrado en otra cosa.

Él se quedó tan cómodo como estaba, con el tobillo apoyado sobre la rodilla y el gemelo sosteniendo el portátil. Solo alzó la mirada.

—Dime, pequeñaja, estoy a tu servicio. ¿Sed? ¿Hambre? ¿Sexo...?

—Se me escapa. Tengo que ir al baño.

Dejó todo de lado y vino enseguida a liberarme. Desató primero los tobillos y luego las muñecas, aprovechando para echarle largos vistazos a mi pecho desnudo.

En cuanto estuve libre, me cubrí rápidamente con la camisa y me puse en pie de un salto. Él me hizo un gesto para que fuera delante y me acompañó hasta el baño.

Se detuvo, sujetando la hoja de la puerta con la mano.

—¿Hace falta que te diga que te portes bien?

Negué con la cabeza, aunque ya lo había dicho.

—¿Puedo darme una ducha? —Fue lo único que se me ocurrió para aplazar mi regreso a las cuerdas.

—Buena idea —concordó—. Te doy quince minutos. —Salió, cerrando la puerta con llave detrás de él.

Usé el agua tibia y luego fría. Gran parte de ese cuarto de hora lo pasé abrazándome fuerte, con la espalda apoyada en los azulejos. No se me ocurrió nada arriesgado, solo sentí ganas de llorar, porque cualquier atisbo de fuga estaba desapareciendo de verdad. ¿Qué me estaba haciendo ese hombre?

Me sequé y me miré al espejo, acariciando mis mejillas.

—Ánimo, Harper —susurré, dándome ligeros golpecitos—, solo es un hombre.

Pero a mí ya no me parecía solo un hombre. Se había vuelto mi obsesión.

Cuando la llave giró en la cerradura, Axel me encontró así, con las manos aferradas al lavabo, buscándome a mí misma en el reflejo, ya vestida con la camisa.

—¿Mi ropa interior está seca? —pregunté.

—Está seca, pero no la necesitas. Vamos, sal.

Me deslicé delante de él, notando cómo se inclinaba apenas para inspirar el aroma a gel de baño al seguirme de cerca. Al llegar a la cama, observé las cuerdas, perfectamente colocadas para volver a aprisionarme, y me giré para enfrentarlo.

—¿No podemos volver a las esposas? Seré buena, seré la mejor rehén del mundo —formulé mi buen propósito juntando las cejas como un perrito que pide algo.

—Con ese carácter tuyo nunca serás la mejor rehén del mundo, pequeñaja —me refutó, poniendo una mano en mi hombro—. Pero ya eres la mejor para mí.

Sonó como un cumplido que no merecía.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque al principio estaba disgustado, pero ahora estoy muy feliz de tenerte aquí —confesó, dándome un pequeño apretón en el hombro.

En otras circunstancias, al verlo así, descalzo, con el torso descubierto revelando su masculinidad a través de sus formas y cicatrices, y el pelo medio revuelto, me habrían dado ganas de abalanzarme sobre él, abrazándolo por debajo de la camisa, para que me estrechara contra sí y me sujetara fuerte. ¿De verdad? Yo lanzándome sobre un hombre buscando refugio y tranquilidad, en lugar de para follar: así de débil me estaba volviendo.

Me pasé una mano sobre la otra, sobre mi estómago, mi desparpajo sustituido por una profunda inquietud.

—Me duelen las cuerdas —objeté, dejando aflorar esa infantilidad que nunca me permitía por ninguna razón.

—Si dejas de tirar de ellas, no te dolerán —Axel deshizo el nudo de mis manos y, con suavidad y respetando mi ritmo, me las bajó hasta los costados.

—No, no, no, así no —me reprendió indulgente, acompañando sus palabras con pequeños chasquidos de lengua—. No era así como te había dejado.

Sabía perfectamente a qué se refería: había vuelto a abotonarme la camisa hasta el cuello. También sabía lo que quería.

Mis labios hicieron un mohín abatido mientras procedía a complacerlo, desabrochando los botones hasta la cintura. Luego, al ver que había dejado la puerta abierta, tuve un último arranque de rebeldía e intenté esquivarlo por la izquierda con un movimiento rápido. Ni siquiera logré superarlo, me atrapó por la cintura, envolviéndola con su antebrazo y alzándome en vilo para arrojarme sobre la cama.

Aterricé de culo, rebotando.

—¡Vale, vale! —levanté las manos antes de que se me echara encima—. Solo te pido una cosa: déjame frotarme la cara con una mano, y no me resistiré a que me ates. Al menos eso, puedes concedérmelo.

—¿Te quedarás quieta y tranquila, dejándome hacer?

—Quietísima.

—Pero mira qué lista... ya estás aprendiendo a negociar, ¿eh? —dijo, tomando el extremo de una cuerda—. Está bien, échate un poco más allá y dame ese brazo.

Me tumbé hacia el centro de la cama y le entregué la muñeca derecha por voluntad propia. Él la palpó entre los dedos, luego se apartó para coger una gasa. Me la envolvió alrededor de la muñeca enrojecida antes de pasar la cuerda por encima con el mayor cuidado posible. Cuando apretó el nudo, la aspereza del cáñamo se hizo sentir igualmente.

Me hizo apoyar la segunda mano sobre la boca para asegurarse de que llegara. Usó el mismo procedimiento, pero desplazó el lazo del cabecero por encima de mi cabeza, en lugar de dejarlo en la esquina, de modo que pudiera doblar el codo sin bajarlo más allá de mi garganta.

Permanecí inmóvil, como había prometido, durante todo el proceso, escuchando su respiración, invadida por oleadas de su olor, muy similar al mío, ya que usábamos el mismo jabón... aunque, en contacto con su piel, adquiría matices más masculinos y misteriosos.

Su camisa rozaba mi rostro, o cualquier otra parte descubierta de mí, cada vez que se estiraba. Había una especie de intimidad en lo que hacía, con calma y en silencio, que lo convertía en algo privado, una prepotencia cuyo relato nunca querría compartir con nadie.

—Abre las piernas —ordenó, moviéndose a los pies de la cama.

Él había cumplido su palabra con mi brazo, yo debía cumplir la mía si quería que nuestras futuras negociaciones funcionaran, así que obedecí y aparté un poco los pies.

—Más —me instó.

Suspiré y obedecí, procurando que la camisa no se abriera demasiado.

Axel me agarró el tobillo, tiró abriéndome de manera indecente y volvió a apoyar el talón en la cama, desafiándome a reaccionar.

Sentí el impulso de retirar la pierna, pero me quedé quieta, apretando los ojos y soltando un gemido que se me quedó atragantado en la garganta.

—Muy bien, pequeñaja —me acarició la pantorrilla, subiendo y bajando, embobado—. Si nos esforzamos, tú y yo podemos llevarnos realmente bien.

—Me parece que solo soy yo la que se esfuerza —objeté.

—Te aseguro que no es así —se apoderó de la última extremidad, la pierna derecha, que abrió de igual modo y fijó a la pata correspondiente de la cama—. Me estoy esforzando mucho por cuidarte y no hacerte más daño del necesario. ¿Qué me habías dicho del tenis? Que requiere más cabeza que músculos, y lo mismo vale para esto.

Él, sin embargo, sí que usaba los músculos, y mucho, sobre todo para imponerse. El pensamiento se quedó en mi cabeza, porque sentí el colchón hundirse bajo el peso de su rodilla y me perdí siguiendo con la mirada sus manos, que se dirigían hacia mi vientre.

—Nooo... —gimoteé débilmente.

—Sí... —empezó a desabrochar los últimos tres botones—. No debes tener secretos para mí. Déjate mirar, Harper. —Una vez abierta la camisa por completo, deslizó los extremos a ambos lados de mi cuerpo, dejándome

completamente expuesta—. Quiero mirarte, oír tus pequeños jadeos y observar cómo tiemblas entre las cuerdas.

La vergüenza me inundó desde el esternón hasta las mejillas. Mis muslos se tensaron para cerrarse, pero la flor entre mis piernas quedó expuesta de forma obscena. Me cubrí los ojos con la mano, bajo su descarado escrutinio.

—Hermosa —murmuró. La yema de su dedo planeó sobre mi esternón. Apreté los dientes, expulsando todo el aire. Él inició un trayecto ligero, pasando entre mis senos, cayendo en la concavidad del ombligo y subiendo hasta el pubis. Se adentró en el pequeño triangulito de vello oscuro y me rozó el clítoris, tan suave que resultó doloroso.

Mi pelvis se adelantó para ir a su encuentro por iniciativa propia, pero él me dejó sin darle oportunidad.

—Aún no —dijo, alejándose.

Aparté la mano de los ojos para golpear con el dorso la almohada, sobre mi cabeza.

—Si ya sabemos a dónde quieres llegar, ¿por qué no lo haces de una vez?

—Porque no debe ser a donde *yo* quiero llegar, sino donde *tú* quieres llegar. Y tú aún no lo deseas lo suficiente. Si solo te liberaras de las cuerdas, te cerrarías como un erizo, yendo incluso en contra de lo que deseas, con tal de no darme la razón. —Se levantó y se movió a los pies de la cama, para tener la mejor vista posible de mi desnudez—. Cuanto más te resistas, más dura será mi respuesta. —Inclinó un poco la cabeza, fijando la mirada entre mis piernas —. Pero, tranquila, no tengo ninguna prisa mientras pueda disfrutar de la vista de tu bonito coño rosado. Podría acostumbrarme... ¿y tú?

No. Yo no podría acostumbrarme a la mirada depredadora con la que él me observaba, que me hacía cosquillas en la piel como si unas hormigas estuvieran paseándose por ella. Ni en mil años.

Capítulo 9



Cuando Axel estaba en la misma habitación que yo, intentaba ignorarlo para evitar cruzarme con su mirada, lo que solo empeoraba mi estado de impaciencia. Mi cuerpo se enfriaba por fuera y hervía por dentro, en una dolorosa y desesperante espera de lo que, en cualquier momento, iba a suceder.

Esa incertidumbre...

Ese no saber... preguntándome si sería dulce o violento.

Sería todo a la vez, porque sería Axel Rage.

Me estaba mordiendo las uñas de la mano por los nervios, además de intentar arreglar las que tenía rotas, cuando él volvió del salón y se sentó en la cama, de su lado, donde tenía espacio suficiente para apoyarse en el cabecero. Llevaba en la mano un mango, cubierto de gotitas de condensación, y un cuchillo.

—¿Hambre? —cortó una rodaja.

—No, gracias. —Tenía el estómago cerrado, como me pasaba a menudo desde que estaba con él. Además, sentía como si mil cuerdas tiraran de mí desde dentro, más que desde fuera, y mi motor central estuviera a punto de fundirse.

Axel se comió la rodaja y cortó otra. Me la metió entre los labios, ignorando mi negativa.

—Un pequeño esfuerzo. Tienes que alimentarte, pequeñaja.

Su insistencia me hizo entreabrir la boca. Su índice y su pulgar deslizaron la rodaja de mango, llegando a sobrepasar los labios; sentí las yemas de sus dedos en la lengua, junto con la dulce frescura de la fruta. Su pulgar hizo una ligera presión sobre mi labio inferior al retirarse. Un movimiento sin duda destinado a agudizar mi tormento, que estaba funcionando de maravilla.

Di un mordisco y la tragué casi entera, con esfuerzo.

Él cortó otro trocito para sí, llevándoselo a la boca con el cuchillo.

—Tenemos que hablar de lo que pasará cuando estés libre.

—¿Por qué? Total, tú estarás lejos. —Y en ese momento, el verdadero reto para mí sería volver a mi vida como si nada hubiera pasado. No es que a él pudiera importarle.

—Te interrogarán. Tendrás que decir la verdad. Si mientes, lo notarán y no te dejarán en paz. —Me dio de comer otro trozo, que tragué como pude en esa incómoda posición.

Dios, era una locura hablar de cosas serias —y encima comer— estando yo en esa situación.

—¿De verdad tenemos que hablar de esto ahora?

—Pensaba que te interesaría saber en qué punto están las investigaciones.

Eché la cabeza hacia atrás para alcanzar su rostro.

—Por supuesto que me interesa. —Desde que me había secuestrado, no hacía más que aguzar el oído para enterarme de algo.

Axel masticaba el mango con una lentitud exasperante, acompañada de un provocador tensar de la mandíbula. El tendón de su cuello se marcó; aunque estaba cómodamente sentado, parecía que tragar le costaba tanto como a mí, mientras sus ojos recorrían sin pudor mi desnudez.

—¡Venga ya! —me quejé, tensando las rodillas—. ¡Deja de mirarme las tetas y de tenerme en ascuas!

Dejó de hacer la segunda, pero no la primera.

—Parece que Christopher Harris, el socorrista, y la camarera del Caribbean te conocen mejor que tus propios padres. Le han metido la mosca detrás de la oreja a tu tío Montgomery, y él a su vez al FBI: tarde o temprano tu secuestro saldrá a la luz. —Su lengua recorrió sus labios húmedos de mango—. Cuando vuelvas a casa, te bombardearán a preguntas, pero si eres sincera no tendrás nada que temer.

Chris y Haley... sabía que esos dos eran listos. Me reconfortó el corazón saber que se habían preocupado por mí y que acudieron a mi tío.

—¿Y mi padre? ¿No ha intentado buscarme?

Si mi padre hubiera movido sus contactos como juez Montgomery, seguro que ya habría puesto a más de uno en marcha... y probablemente ya sabrían

algo.

—Tu padre está ocupado con el caso "García-Martínez".

—De vital importancia, seguramente.

Axel notó el tono crítico en mi voz.

—Pequeñaja... si tu padre te hubiera mimado y protegido, cubriendo tu culo ante cualquier dificultad, no serías la leona que eres. Debes agradecérselo: las dificultades nos forjan.

Aunque halagada por ese comentario, resoplé, moviendo el único brazo que tenía un poco más libre.

—Entonces, según tu filosofía, ¿debería darte las gracias también a ti?

Me metió otro trozo de mango en la boca.

—Sobre todo a mí.

Bromeaba, pero también había algo profundamente cierto en sus palabras. Y si era verdad que las dificultades superadas en soledad son las que nos hacen fuertes, entonces él debía haber pasado por cosas muy duras.

—¿Y tú, a quién tienes que agradecer? —pregunté mientras masticaba.

Apoyó el brazo estirado sobre la rodilla; su pulgar tanteó la hoja del cuchillo, jugueteando con ella.

—A la guerra, cariño.

Tragué todo.

Axel comió la siguiente rodaja en silencio, pero en ese silencio yo escuché todo un discurso que se reflejaba en sus ojos. No sentí ni piedad ni compasión por él, ninguna excusa, más bien experimenté una comprensión sorprendentemente íntima. Quizá ese fue el momento en que me sentí más pequeña en comparación con él y su experiencia de vida. Un planeta pequeño atrapado en la órbita de otro mayor, errante, que acabó estrellándose contra mí.

—Joder... —murmuré, sin intención de que me oyera nadie—. Siento cosas tan contradictorias hacia ti. Y no tiene sentido, maldita sea.

—¿Cosas, como qué? —cortó la fruta.

—¿Como rencor? —respondí, con un toque de ironía, pero sin exagerar.

Acercó la rodajita a mi boca pero, cuando separé los labios, él la apartó y desvió su trayectoria, haciendo girar la punta helada alrededor de mi pezón.

Me estremecí, con un escalofrío que me erizó la piel.

—¿Y además? —quiso saber.

Mi boca, que había quedado entreabierta, se cerró de golpe.

—Resentimiento.

Axel presionó la pulpa suave contra el botoncito, aplastándola y haciendo que una gota de jugo resbalara colina abajo, por el pecho.

—¿Y qué más...?

El cuchillo, ahora empuñado en su mano izquierda, interceptó la gota antes de que llegara a la camisa abierta sobre mis caderas. El filo de acero la recogió, arañando suavemente mi piel hasta el pezón, al que apenas rozó. Axel se llevó la hoja a la lengua, desplegando en mi mente un abanico de cosas que un SEAL debía saber hacer con un cuchillo... y que podría haber hecho en ese preciso instante.

—Miedo... —respondí con voz baja, contrayendo el vientre desnudo como si quisiera retener algo que no sabía cómo manejar.

—Bien —aprobó en un susurro ese último sentimiento, más que los anteriores—. ¿Eso es todo?

Me metió en la boca lo que quedaba de la rodaja. Tuve que tragarla tal cual, porque su pulgar, dulce y ligeramente salado, tardó en retirarse. Resbaló por mi lengua, deteniéndose a frotarme el labio. Y yo ya no pude apartar la mirada de sus ojos, que se habían convertido en el peligro hecho sexo.

—Necesidad... —exhalé, hipnotizada.

No hizo falta explicar qué tipo de necesidad era.

Axel suspiró como si lo consumiera algún mal y dejó rodar lo que quedaba de la fruta sobre la cama.

—Tengo unas malditas ganas de comerte —siseó, y luego bajó la cabeza para lamer con fuerza el jugo de mango de mi areola, llegando a chupar el pezón.

Fue como un cortocircuito, por toda la tensión que había acumulado, y mi cuerpo reaccionó de inmediato.

Salté dejando escapar un pequeño gemido. Mi espalda se arqueó mientras brazos y piernas tiraban de las cuerdas.

Él se movió con urgencia, clavando las rodillas entre mis piernas inmovilizadas. Su lengua recorrió el camino de la gota de mango. Tiró el cuchillo al suelo para envolver mi otro pecho, apretándolo para llevárselo mejor a la boca.

Me había cubierto los ojos con la mano, pero mis dedos estaban abiertos, lo que me permitía verlo a través de ellos, con los párpados entreabiertos. Vi cómo apoyaba la barbilla áspera en mi seno, abría la boca y lo lamía con ansia. Su lengua empujó con insistencia el botón turgente del pezón. Me miraba, sabiendo que yo lo miraba.

—¿Qué más? —preguntó—. ¿Qué más sientes?

Me removí, apretando las nalgas contra las sábanas arrugadas.

—No lo sé... calor. Estoy fatal... me estoy quemando. —Apreté el puño contra la frente—. ¡Haz algo o para ya, por Dios!

Él sonrió ante mi improperio.

—¿Algo, como qué? —se burló.

—Como ir a comprar hielo, o a tomar por culo —gruñí.

—En lo del culo ya pensaremos después, pequeñaja. —Me provocó de nuevo con su lengua.

—¡Axel! —le regañé.

—¿Crees que estás en posición de dar órdenes, mocosa? —La barba áspera me arañó con el temblor de su risita—. Algo haré, y solo hará que te quemes más.

Cerró la boca sobre mi carne y comenzó a bajar entre mis costillas con una serie de besos y pequeños mordiscos. Sus manos se cerraron en mi cintura, apretó el agarre hundiendo los pulgares mientras su lengua excavaba en mi ombligo. Y yo me volvía loca.

Se colocó más abajo, a los pies de la cama, su pulgar se posó en el punto donde parecían acabar todas mis terminaciones nerviosas. Presionó el clítoris con una intensidad creciente; ese pequeño centro neurálgico palpitó con violencia bajo la presión de su yema, arrancándome un largo gemido. Los nervios de mis muslos vibraron como cables de alta tensión, y ni de coña me lo hubiera creído si me hubieran dicho que ese simple gesto podría haberme causado tal reacción.

Era Axel.

La espera se prolongó hasta la exasperación.

Y eran las cuerdas.

Estar así atada me provocaba sensaciones de absoluta locura: yo no podía hacer nada, mi cuerpo estaba abierto e inmovilizado, para que él pudiera hacer todo lo que quisiera. Era extraño, había una mezcla de confianza y miedo, una rendición inevitable, que me llevaba más allá de todo lo que jamás hubiera podido imaginar. Cerré los ojos con fuerza. Su dedo masajeó en círculos, siendo pronto reemplazado por el cálido y húmedo calor de su boca.

Lo que hizo con esos labios, esa lengua, esos dientes... me dejó los huesos como gelatina. Volví a abrir los ojos y vi su cabeza allí abajo, entre mis muslos: el valiente sicario estaba en cuclillas a mis pies. El hormigueo que sentí en el bajo vientre me hizo pensar que en cualquier momento podría llegar al clímax así, en su boca.

Después atrapó mi clítoris entre sus dientes y levantó la mirada con una fiereza animal. Inspiré y contuve el aliento. El dolor del mordisco me hizo retorcerme por dentro, porque, literalmente, me era imposible. Me quedé con la boca abierta, con un gemido mudo atascado en la garganta y el puño cerrado con fuerza en la cuerda que me sujetaba.

Axel se levantó y con las yemas de sus dedos apartó mis labios menores. Los mantuvo abiertos, anulando las contracciones de mi flor que intentaban cerrarse.

—Estás empapada, pequeñaja.

Un calor anómalo me subió por las mejillas. Todo eso era demasiado, incluso para mi descaro.

—¿Quieres saber lo que veo? —continuó, implacable—. Veo una gotita que quiere resbalar hacia la entrada de tu lindo culito. Pero necesitamos toda la humedad posible aquí, ¿verdad?

Deslizó dos dedos en su boca de forma provocadora, y los frotó en mi abertura íntima, recogiendo la gotita. La empujó hacia adentro, y con ella los dedos, uno sobre el otro, para luego hacerlos girar. Los retiró y los volvió a meter con fuerza hasta la base. Los movió de una forma perversa que me retorció las entrañas.

—Basta... —solté con la respiración entrecortada—. Te lo suplico, Axel...

—¿Qué es lo que me suplicas?

—Sabes qué. Dame tu polla, fóllame, ¡ahora!

Empujó en mis paredes.

—¿De verdad es eso lo que quieres?

—Me muero si no lo haces. —Me habría quedado seca como el desierto si, por alguna sádica razón, me hubiera privado de ello.

Sus palabras fueron frías y controladas, pero su tono era un ronco susurro.

—Puedo hacerte correr así, será suficiente para que te sientas mejor.

—No. Te quiero a ti. —Quería al hombre que me había secuestrado y castigado, que entendía mi carácter y no se dejaba intimidar por nada ni nadie, ni siquiera por mí. Quería sentirlo clavado en mi vientre como lo tenía en la cabeza.

Me lo había dicho, y ahí estaba, deseando ser poseída por él más de lo que deseaba escapar.

—Has ganado, mi pequeñaja insolente.

En realidad, quién había ganado era discutible: los dos nos rendimos, compartiendo triunfo y derrota.

***

Axel se levantó de la cama para desnudarse.

—Date prisa —le imploré, contrayendo los codos y las rodillas.

Él se despojó de todo en un instante. Su cuerpo, esculpido desde los hombros hasta las pantorrillas, adornado con cicatrices y ese vello denso que lo hacía aún más hombre, resultó tan temible como un arma, al ser extraída de su funda.

—Desátame —lo apremié, impaciente.

—De eso ni hablar. —Volvió a subirse a la cama y se estiró sobre mí para coger una almohada. Al arrastrarla se dio cuenta de la mirada que le estaba echando a su pene erecto, a apenas dos palmos de mi cara, y de cómo tragaba saliva sin poder evitarlo. Eso le hizo cambiar de idea: soltó la almohada, su pierna derecha me pasó por encima y él quedó de rodillas, alto e imponente, sobre mi pecho, con el miembro erguido como un obelisco divino.

Ay. Dios. Mío.

Apoyó la palma en la pared, se inclinó hacia delante y lo empujó hacia abajo, guiándolo hacia mi boca.

—Abre. Saca la lengua. Vamos.

No era en la boca donde lo quería... aunque quizá sí, un poco, porque lo veía tan dominante que me tenía completamente subyugada.

Me quedé mirando fijamente la larga y gruesa asta suspendida sobre mi nariz con tal intensidad que se me duplicó la vista. Tomando una larga bocanada de aire llena de valor, abrí los labios para recibir la verga que se deslizó, se deslizó y se deslizó, obligándome a echar la cabeza hacia atrás mientras raspaba contra mi paladar, hasta la garganta.

No me ahogues, le supliqué solo en mi cabeza.

Solté un sonido entre náusea y aviso. Mi mano presionó su abdomen para advertirle que era demasiado. Avisarle era lo único que podía hacer, porque desde luego no tenía forma de oponerme a su peso.

Axel se percató de mi límite y empezó a mover las caderas con un vaivén suave y fluido.

—Ah, joder... tienes una boca tan tierna y caliente. —Su cabeza pendía entre sus hombros, entre un vaivén de sus mechones oscuros, para observar la penetración. Su miembro tuvo un espasmo, lo sentí endurecerse aún más, firme desde la base hasta la punta. Él cerró los ojos y se detuvo, presionándolo sobre mi lengua—. Hostia puta, voy a correrme así —gruñó.

Parpadeé con fuerza, gimiendo en señal de protesta. No me había apagado, al contrario: estaba más encendida que nunca. Necesitaba que él se ocupara de mí, y ya.

—Tranquila, pequeñaja. No tengo ninguna intención de correrme tan pronto. —Se retiró, dejándome tomar aliento.

Me limpié la boca con el dorso de la mano.

—Desátame —le ordené, sucumbiendo al impulso de lanzarme sobre él, aunque no pudiera hacerlo.

—Ni hablar. Me he imaginado esta escena desde que te vi en la piscina con ese bañador de finas y provocadoras tiras negras, y ahora pienso disfrutarla. —Sus ojos volvieron a encenderse con ese brillo endiablado que prometía ataques de taquicardia.

Se ubicó entre mis piernas y agarró la almohada para metérmela bajo la cintura; luego tiró de ella hacia abajo, colocándola bajo mi trasero y levantándome la pelvis. Como si no bastara con tenerme atada, había puesto mi coño en un altar, elevando aún más la tensión en mí.

—Axel, por favor... suéltame —gemí en voz baja, sabiendo que mis palabras caerían en saco roto.

Y, en efecto, no lo fui.

—¿Lo quieres o no lo quieres? —preguntó, inclinándose hacia delante.

—Lo quiero, pero... —Había dicho que me desataría. Lo había dicho, ¿no? Quizá no.

—Sssh. Basta de protestar, ahora. —Su pene se apoyó en mi ingle, y luego el glande se frotó en mi abertura, provocándome un estremecimiento incontrolable—. Tómalo y punto.

Está bien. Hubo un tácito asentimiento de mi cuerpo, mientras una fuerza interior, como un tirón de caballos, me arrastraba la mente y Axel avanzaba sobre mí, dentro de mí, con todo su ser.

Me penetró, abriéndome hasta lo más profundo con un único empuje, libre de usar y abusar de mi carne como más lo deseara.

Apreté los dientes, dejando escapar un gemido agudo. Fue casi demasiado para soportar, pero Axel era así: era todo o nada, no se podía tener un término medio. Y yo quería todo.

Apoyado sobre los codos, comenzó a marcar el ritmo de las embestidas, entre una multiplicación de jadeos entrecortados y ruidos indecentes. Piel sobre piel, carne contra carne, mojada, sudada, contraída. El placer se anidó en mi vientre, ardiendo como una brasa viva que me consumía. Tiré con los brazos y con las piernas, intentando retorcerme, porque no podía hacer otra cosa. La mera presencia de las cuerdas me impulsaba a hacerlo, como si fueran amantes contra las que frotarme. Amantes sádicas, que serraban los travesaños de madera, igual que mis articulaciones.

Axel deslizó las manos desde mis caderas hasta mis nalgas, las atrapó con las palmas de las manos, sus dedos se alargaron hacia la tierna hendidura de mi sexo, tirando para abrirme mejor a su polla y que esta se deslizara aún más hondo.

Solté un gemido inarticulado que se apagó en su boca, presionada contra la mía, en un beso que fue más un frotamiento de labios y lenguas famélicas. Axel redujo el ritmo, pero continuó penetrando hasta los límites de lo posible, usando una inclinación de la pelvis que hacía frotar su pubis velludo en mi clítoris, hinchado y turgente, con una fricción letal. Empujé las caderas, luchando contra las cuerdas para prolongar el contacto, mi mano encontró su pelo y se enroscó en él.

—Sí —jadeé en su boca—. Más... Así, sí, por favor, por favor, por favor...

Él abrió los ojos, que había mantenido cerrados durante el tiempo que duró un largo gruñido, descargando sobre mí toda su tormenta. Retiró la mano de debajo de mi trasero y me sujetó la cabeza.

—Córrete conmigo —exigió, moviendo las caderas como un dios pagano.

Apretó sus nalgas dándome toda su polla, y yo las mías, envolviéndola con fuerza en mi vientre. Nuestros sexos se contrajeron en sincronía, y yo fui la primera en dejarme llevar.

Me estremecí, arqueándome como si las cuerdas que me ataban fueran polos eléctricos. Mi violento orgasmo, tan insano y totalizador, provocó el rugido de Axel, que se contuvo hasta el último momento para darme tiempo a correrme alrededor de su polla, y luego se retiró con furia, abandonándose finalmente a su propio placer.

Tras derramar el último chorro caliente, me miró desde debajo de las pestañas entornadas. Sus hombros cedieron, y su pecho seguía jadeante, como el mío. Una especie de exquisita languidez de los sentidos flotaba en el aire.

Después de unos instantes, en silencio, Axel se ocupó de sí mismo y de mí. Fue rápido al deshacer los nudos para liberarme, tras horas de una presión cada vez más intensa.

—Espera un momento más —me dijo, reteniéndome el brazo en esa posición—. Muévelo solo un poco.

Desató cada una de mis extremidades y me ayudó a girarme de lado. Recogí brazos y piernas contra mí, soltando un quejido doloroso al notar cómo se reanudaba la circulación y se relajaban los músculos tensos. Me acurruqué contra su cuerpo, los ojos cerrados.

—Lo sé, pequeñaja, lo sé —murmuró, abrazándome y dándome un masaje —. Todo está bien, ya ha pasado.

Cogió mi muñeca adormecida, besó la piel escocida, sopló suavemente sobre ella, la volvió a besar, y sentí que era verdad: en ese momento, de verdad, todo estaba bien.

Me dolía todo, absolutamente todo, y, aún así, me sentía de maravilla: tranquila, a salvo, envuelta por una velada euforia. La voz de mi conciencia

sonaba lejana, el mundo por fin giraba sobre su eje sin que yo tuviera que sostenerlo, ni mantenerme en equilibrio sobre él. Y era perfecto.

Capítulo 10



Al despertar, tomé conciencia por enésima vez de que estaba en una cama que no era la mía, en una bonita habitación, con tablones clavados en la ventana: otro día encerrada en mi preciosa celda. Me giré con un gruñido, provocado por el dolor en las extremidades al deslizarse libres sobre el colchón.

Después de haberme acostumbrado en los últimos días a estar atada de algún modo, y a toparme constantemente la resistencia de algún límite físico, aquella novedad me hizo incorporarme de golpe. Estaba libre, o al menos lo estaban mis muñecas y mis tobillos; una alegría que solo podía entender quien hubiera pasado días enteros encadenado a una cama. Sentí que los ojos me escocían, pero me los froté enseguida con las manos: era una tontería llorar por algo así.

Las esposas estaban bien visibles sobre la mesilla de noche de Axel. Era imposible que se le hubiera olvidado ponérmelas, así que había decidido conscientemente no hacerlo. Al parecer, incluso me había dejado algo de ropa: unas braguitas nuevas, una camiseta y una falda. Cosas que debía haberse procurado en su última visita a la ciudad.

La camiseta tenía un escote bastante pronunciado, la falda era demasiado corta y demasiado suelta para mi gusto, pero al menos eran de mi color

favorito: el negro. Las braguitas, en cambio, eran de encaje rojo, como una cereza en pleno junio.

Demonio de hombre.

Sin tener nada más con qué cubrirme, me puse todo, ansiosa por intentar salir de la habitación. Cuando lo intenté, el picaporte bajó y la puerta se abrió sin ningún obstáculo. Parpadeé por el cambio de luz, más intensa, con los cálidos rayos del sol de la mañana que se colaban en la habitación, intensificando el brillo natural del mobiliario.

La cabaña se extendía a lo largo, con grandes ventanales y la puerta principal al fondo. A mi derecha había un salón con un sofá de acacia, una esterilla como alfombra, una mesita hecha a partir de una raíz de árbol y una televisión de pantalla plana que proyectaba imágenes mudas del informativo. Más allá, se accedía a una cocina sencilla, moderna, equipada con una mesa redonda para cuatro personas, no más.

Axel se encontraba en los fogones: encendía el fuego bajo un hervidor de agua. Estaba descalzo, como yo, gracias al agradable parquet que cubría el suelo. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta azul amplia, lo bastante ancha como para disimular bien lo que había debajo.

Se giró, agitando la cerilla para apagarla, como si hubiera percibido mi presencia.

—Buenos días.

Nada de "vete a la cama" ni "vuelve a la habitación".

Fue una escena extraña, ante la que no sabía muy bien cómo reaccionar, salvo con cautela: precaución en mis movimientos y precaución frente al torbellino de emociones que pugnaban por salir a la luz. Así que me limité a señalarme la camiseta.

—¿De verdad? —pregunté.

Él se encogió de hombros.

—Necesitabas algo limpio que ponerte y en la tienda había poca variedad. —Se detuvo a releer la inscripción blanca sobre fondo negro, con falsas salpicaduras de sangre roja: "*I just love coffee & serial killers*"—. Me pareció la más apropiada. ¿No crees?

Cuando nos conocimos, yo llevaba puesta la camiseta de la muerte con la guadaña, así que supuse que tenía sentido. Mi cinismo podía apreciarla.

Negué ligeramente con la cabeza.

—No está mal.

Avancé, paso a paso, como en trance, hacia la puerta de entrada abierta de par en par. Solo una cortina de finas tiras de yute entrelazadas me separaba del exterior.

Antes de que pudiera llegar a ella, Axel se interpuso, colocándose delante, convirtiéndose en una barrera mucho más que efectiva.

Mi mirada subió por su pecho.

—De acuerdo —suspiré, atrapándome el labio inferior entre los dientes—. Nada de pasear por el jardín. Recibido.

—Confórmate. —Extendió la mano hacia la mesa, invitándome a sentarme —. Puedes desayunar conmigo, si te apetece.

Había puesto la mesa con dos tazas, azúcar y una bolsa de galletas envasadas.

—¿A qué se debe este cambio? —pregunté, desconfiada.

—¿No estás contenta?

—Sí... no, quiero decir, sí, claro que lo estoy. Es solo que no lo entiendo. —Me senté a la mesa, apretando entre mis manos el borde de la silla entre mis muslos, junto con la falda—. ¿Sigo siendo tu rehén?

—Claro que lo eres, pero he decidido darte un poco más de confianza, mostrándote cómo podrían ser las cosas entre nosotros si todo fuera más sencillo, con la esperanza de que tú también me concedas un poco más de confianza a mí. —Sacó del frigorífico un cartón de zumo de naranja y lo puso sobre la mesa junto con dos vasos—. Ya conoces las consecuencias de tus actos, así que ahora depende de ti, pequeñaja, de las decisiones que tomes. —Empezó a llenar mi vaso, situándose justo detrás de mí—. Por muy placentero que fuera el desenlace de ayer, no creo que quieras volver a encontrarte atada de pies y manos. —Se inclinó y me habló al oído—. Porque esta vez te aseguro que te quedarías así durante el resto de tu estancia.

Recogí las manos en el regazo, estremeciéndome con un leve tirón en el abdomen y un latido en mis articulaciones arañadas, consciente del poder que tenía sobre mí.

Él observó mi reacción, el cálido aliento de su respiración casi rozó la comisura de mis labios, pero al ver que tragaba sin moverme, se retiró y volvió a los fogones.

—Es mucho mejor poder comer y charlar sentados a la mesa, ¿no?

—Sí... —exhalé, mirando al vacío frente a mí, mientras mi respiración se alargaba de forma antinatural.

La puerta abierta de par en par daba a un patio, seguido por la densa vegetación tropical. Sobre la encimera de la cocina había un taco de cuchillos. En la mesita del salón reposaban tres teléfonos móviles —uno de ellos satelital, a juzgar por la gran antena—, y en la consola junto a la ventana descansaba una pistola. Todas cosas que había observado con gran rapidez. Pero no me acerqué a ninguna de ellas.

Mantenía mi aire ausente, con la mirada fija, mientras dos lágrimas silenciosas recorrían mis mejillas.

Axel retiró el hervidor del fuego, se giró y vio la primera gota salada caer de mi barbilla sobre mis manos. Lo dejó sobre la mesa con un suspiro.

—Esta habitación es lo máximo que puedo concederte, así que, si intentas sobornarme, olvídalo: tus lágrimas son deliciosas, pero conmigo no cuelan.

—¿Sobornarte? —Mi sonrisa amarga fue más bien una mueca—. Ni siquiera se me pasó por la cabeza intentar escapar por esa puerta, solo quería tomar un poco de aire —sorbí por la nariz y la froté con la mano temblorosa, apoyando el codo sobre la mesa—. Enhorabuena, lo has conseguido: me has domesticado por completo. Ya no me queda ni un ápice de valor.

Él me observó con los brazos cruzados mientras yo evitaba su mirada, con la vista fija en la ventana y los nudillos apretados contra la boca.

—Muy bien —dijo después de un momento, separándose de la encimera de la cocina—. Ya que estás domesticada, levántate e inclínate sobre la mesa. Déjame ver si llevas las braguitas que te compré.

Apartó mi silla de un tirón, lo que me hizo agarrarme con fuerza al borde de la mesa. Mis músculos se tensaron, alertas, y mis ojos buscaron el bulto peligroso bajo su bragueta.

—Me duele todo como si me hubiera pasado un camión por encima —gruñí—. Así que, si ahora intentas metérmela, te estampo esta taza en la cabeza. —Alargué la mano y la agarré con fuerza.

Axel sonrió.

—¿Y esta es mi chica domesticada? Estás como un gatito con el pelo erizado, mocosa: sabes que no me das miedo con esa taza, pero estás dispuesta a usar todas las armas que tienes. —Me levantó el mentón con dos dedos—. Esta mañana te has levantado, te has vestido y me has plantado cara, como haces cada día, cuando muchas otras mujeres, en tu situación, se habrían quedado acurrucadas en la cama, asustadas, llorando por sí mismas. Estás tomando la decisión más inteligente, no la menos valiente. Porque, créeme, hay que tener agallas para quedarse aquí conmigo.

—De eso no hay duda. —Mi mano soltó lentamente la taza.

—¿Y no crees, entonces, que puede haber razones distintas al miedo que te quitan las ganas de huir?

—No lo sé. —Tal vez no quería indagar en esas razones, más aterradoras que una simple cobardía—. Solo sé que eres peor que una vuelta en los coches de choque después de cenar en el McDonald's. —La última vez que monté, de niña, primero grité emocionada y luego estuve vomitando toda la noche. Sí, era

dura, pero no de estómago: aquella vuelta en la atracción me había costado cara.

—Vale, no estoy seguro de haber pillado bien la comparación, pero he oído cosas peores de esta boquita. —Sus dedos se movieron para sujetarme la barbilla. Se inclinó sobre mí, llevando sus labios a los míos. El beso fue casto al principio, pero como no encontró reacción por mi parte, se encarnizó y empujó su lengua para tomar posesión de mi boca. Me aferré a los bordes de sus vaqueros y, obligada a inclinar la cabeza hacia atrás hasta un punto imposible, sentí un mareo, justo como en las sillas voladoras. Ya lo había dicho yo: igualito a una órbita vertiginosa en el vacío.

Al separarse, arrastró mi labio entre sus dientes, con suavidad.

—Vaya, ni rastro de la taza estampada en la cabeza —comentó, alzando una ceja.

Tiré de mi labio hacia dentro.

—Solo porque me has pillado por sorpresa.

—Así que ese es el truco. —Cogió ambas tazas para llenarlas de café—. Es bueno saberlo.

—No te fíes tanto.

De verdad tenía un truco, pensé, mientras él se sentaba frente a mí, empujándome una taza. Había borrado mis lágrimas y las inseguridades que me causaba mi frágil situación, sin por ello aflojar su control sobre mí. Y ahora estaba desayunando con él, dándome cuenta de que tenía hambre, ya que el día anterior casi no había comido nada.

Durante un rato pareció que éramos dos personas cualquiera que compartían un café en un día espléndido, en medio de la selva tropical de Gran Caimán. Después, su teléfono sonó, él se apartó para hablar, y yo me acerqué a la ventana abierta para mirar afuera.

Colgó rápido la llamada, sus ojos me seguían, calculando cada uno de mis movimientos, pero se quedó al fondo de la sala, poniéndome a prueba.

—No te fías de mí —observé, acariciando la cortina al lado de la ventana.

—¿Tú te fías de mí? —su voz me llegó calma, como una sombra que anuncia la noche.

—No —respondí con sinceridad, buscando un rayo de sol entre las hojas de las palmeras—. Pero la diferencia esencial es que, confíe o no, mi vida sigue estando en tus manos.

***

Por la mañana me pasé el rato viendo informativos, aunque Axel ya me había advertido de que todo lo relacionado con el caso Sullivan estaba manipulado por los medios y no reflejaba, ni de lejos, lo que realmente estaba ocurriendo entre bastidores. Él recibía actualizaciones constantes sobre el tema... pero no compartía ninguna conmigo.

Empecé a ir y venir del salón al dormitorio solo porque podía hacerlo, y también, en parte, para molestar a Axel, que no dejaba de seguirme como un perro guardián, sin perderme de vista ni un instante.

Viví todo el día a la espera del momento en que intentara otro acercamiento para obligarme a tener sexo con él, hasta que me di cuenta de que no ocurriría. Me daría espacio, por cuánto tiempo aún no lo sabía; imaginaba que no mucho, dado el modo en que sus ojos se detenían en mi cuerpo. Pero de todas formas agradecía esa pausa, porque no había mentido al decir que estaba dolorida. Por no hablar de cómo estaba mi cabeza, ya que era la que más resentía el tener sexo con él. Lo cual ya era mucho decir. Menuda risa si tuviera que explicarle esa parte al FBI o a los servicios secretos, porque la única forma de contarlo sería muy poco digna: *"Me forzó y me hizo gozar hasta el punto de hacerme daño, porque, joder, sí que sabe cómo llevarme. Fin de la historia"*.

Nos mantuvimos cerca, sin tocarnos, y la mayoría del tiempo en silencio. Fue al caer la noche, incapaces de dormir, cuando terminamos hablando, y salieron —con dificultad— algunas cosillas sobre él, pocas.

Su color favorito era el negro, como el mío: bueno, en su caso porque disimulaba bien la sangre.

Le había encantado el pescado que cocinaba el chef del Caribbean Bay Cove.

Amaba a los gatos y no le gustaban mucho los perros: demasiado dependientes de los humanos.

Como sospechaba, sabía jugar al tenis, además de al golf. Lo había aprendido ya de adulto, por "necesidades laborales".

Cosas así, absolutamente nada que tuviera que ver con sus lugares seguros, sus movimientos, sus costumbres, la vida que llevaba cuando no estaba "trabajando", sus sombras ni sus luces. Vamos, nada que revelara quién era realmente "Axel Rage".

En cuanto a mí... Bueno, parecía que él ya sabía bastantes cosas.

Tal vez aún no se había dado cuenta de cuánto me cautivaba cuando tenía un gesto amable conmigo. No por la amabilidad en sí, sino porque siempre era el preludio de algo turbio y fuerte que me hacía temblar. Mejor que no llegara a saberlo nunca.

Hablamos durante horas, nos picamos con pullas más o menos atrevidas, y nos reímos, incluso de las cosas tristes.

Me dormí sobre las tres de la madrugada. Para pasar la noche, volvió a esposarme a él, pero cuando me desperté, estaba libre y podía volver a moverme por la casa.

Ese día vi a Axel ponerse nervioso, como si oliera en el aire que algo no estaba saliendo como él quería. Su paciencia conmigo se redujo, como si de pronto recordara mi papel y sintiera la necesidad de apretar la soga.

No me pareció muy sensato seguir provocándole con mis pullas, así que aquella tarde me refugié en la habitación a leer una revista vieja que había encontrado en una cesta junto al televisor.

Esperaba distraerme de todos mis pensamientos de rehén atípica, pero terminé pasando las páginas sin fijarme realmente en el contenido.

Me di cuenta de que estaba haciendo una llamada cuando entornó la puerta y se apartó hacia la cocina. Las primeras frases fueron en su habitual tono frío y pragmático, pero en un momento dado, su cómplice debió decirle algo que no le gustó, porque su respuesta fue un gruñido molesto:

—No hace falta que vengas tú a traérmelos, ya iré yo a por los documentos.

Me deslicé fuera de la cama y me acerqué a la puerta de puntillas.

Axel soltó una risa seca y burlona.

—Sigo en libertad precisamente porque trabajo así, sin revelar mi ubicación a nadie. Y cuando digo a nadie, quiero decir a nadie... Por cierto, ¿tienes noticias de Vogan?

El chirrido de la silla acompañó el momento en que se puso de pie.

—¿Cómo que cómo? Dijiste que te encargarías tú, que era de fiar.

Asomé un poco la cabeza para espiar por la rendija.

—Ya ha recibido su adelanto, no pienso soltarle ni un dólar más hasta que no haya llegado al lugar acordado... Y tú tampoco se lo darás.

Lo que dijo a continuación me heló la sangre.

—Es muy sencillo: puedes decirle que, si no aparece donde debe, cuando debe, ya me encargaré yo de encontrarlo. Y no seré tan clemente como lo fui con Sullivan.

Lo vi llevarse dos dedos al puente de la nariz, con los ojos cerrados, mientras soltaba un largo suspiro.

—Mira, déjalo. Prefiero arreglármelas solo. Que se quede con su adelanto, lo último que necesito es un imbécil petulante. Mi rehén tiene más cojones que él, joder.

Alzó la vista en ese momento, y su mirada fue directa hacia mí, pillándome al instante.

Salí corriendo y me lancé sobre la cama.

Pocos instantes después, el estruendo de una silla estrellándose en algún rincón me hizo abrazarme las piernas con fuerza contra el pecho. Axel estaba cabreado, y aunque no fuera conmigo directamente, yo era la única que tenía cerca.

—¿Has escuchado lo suficiente? —preguntó, entrando en la habitación y yendo directo a comprobar las cámaras en el ordenador.

—¿Las cosas no van bien? —pregunté, cabizbaja.

—¿Estás contenta? ¿No es eso lo que quieres? Verme tras las rejas.

—Sería lo que te mereces, ¿no? —O al menos, lo que debería pasarle a quien mata a otra persona.

Sonrió de medio lado y negó con la cabeza mientras accedía al sistema operativo con una contraseña.

—Sin embargo, no pueden permitirse que acabe tras las rejas. ¿Te conformarías con verme bajo tierra? Claro que sí: querías pegarme un tiro.

—Eres injusto —protesté, balanceándome con nerviosismo.

—Menudo descubrimiento, mocosa.

Apenas tuve tiempo de ver que accedía a la pantalla oscura del dark web antes de que se moviera a la butaca y empezara a teclear rápidamente para resolver su problema.

Me puse de pie. En aquella habitación se estaba acumulando demasiada tensión.

—¿Dónde vas? —soltó, sin ni siquiera levantar la vista.

—Al otro lado, ¿dónde quieres que vaya?

—Ni se te ocurra. Quédate aquí y déjame acabar esto en paz, joder. O te juro por Dios que te daré nalgadas hasta mañana.

Sus dedos ya no tecleaban: aporreaban las teclas con una furia contenida.

—¿Por qué te enfadas conmigo? Yo no te he hecho nada.

—¿Aparte de cruzarte en mi camino como una bomba a punto de estallar y hacerme perder la concentración? —alzó la mirada, feroz, hacia mí—. Has hecho mucho más que nada. Más de lo que te imaginas.

—¿Yo? Ah, claro, porque soy yo quien mata, secuestra gente y te ha arrastrado a toda esta mierda —solté de pie, enfrentándome a él con toda la dureza que pude reunir, aunque no fuera mucha—. Te odio.

—Bien —replicó—. Ódiame en silencio. Gracias.

Sabía que si continuaba provocándole, Axel dejaría a un lado el ordenador —aunque lo que tuviera entre manos fuera cuestión de vida o muerte—, me sometería y me daría tal tanda de azotes que me haría gritar, cumpliendo con

su amenaza. De eso no tenía ninguna duda. Sobreviviría, claro, pero no estaba segura de querer comprobarlo, así que decidí no seguir tensando la cuerda.

Lo dejé en paz. Simplemente me quedé allí, en silencio. Me perdí observando sus expresiones cambiantes, sus suspiros, el leve temblor del nervio de su mandíbula cuando apretaba los dientes, absorto. Un hombre con muchas máscaras que impedían alcanzar la verdad que escondía bajo ellas. Sin duda alguien a temer, incomprensible en su fría brutalidad. Y, sin embargo, él me había estrechado contra sí, estando dentro de mí, y entonces lo que había sentido no había sido ni miedo ni soledad.

Había experimentado su sentido del humor oculto tras la severidad, su compasión escondida detrás de la crueldad, su pasión oculta bajo la frialdad, y me habría gustado tanto que no fuera así, que siguiera siendo para mí un completo desconocido. Pero no. Sentía que le conocía y, a veces, incluso, que lograba entenderle.

—¿Qué miras tanto? —me preguntó de repente.

—Nada —respondí, mordiéndome una uña—. Me aburro.

—¡Pff! —sonrió con desdén, mientras seguía leyendo en el ordenador, un poco más calmado—. Ya me lo imagino: *"Díganos, señorita Montgomery, ¿cómo fue su cautiverio?"* —imitando con voz de falsete—. *"¿Qué le puedo decir, señor? Casi me muero... de aburrimiento."* Menudo papelón me harás hacer.

—No, tranquilo, te describiré como un cabrón de primera categoría. Un auténtico hijo de puta —dije, cruzándome de brazos y apoyándome en el cabecero.

—Qué amable.

Justo entonces sonó la notificación en uno de sus móviles. Él se levantó de un salto, leyó el mensaje y enseguida hizo una llamada, saliendo a grandes pasos de la habitación.

—De nada —murmuré—. Solo digo la verdad.

Capítulo 11



Por lo general, Axel dormía poco pero profundamente, mientras que yo tenía problemas para conciliar el sueño. Mi descanso era fragmentado y solía despertarme tarde, cuando él ya se había levantado. Por eso me extrañó despertar en plena noche y encontrar su lado de la cama vacío, al igual que el otro extremo de las esposas que llevaba en la muñeca.

Por la puerta entreabierta del dormitorio se colaba una luz tenue proveniente del salón.

Bajé de la cama llevando solo la camiseta, me puse la falda y me eché la colcha sobre los hombros. Movida por la curiosidad, salí de la habitación y me detuve justo al otro lado del umbral.

Axel estaba sentado en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y un vaso suspendido entre dos dedos. Tenía la vista clavada en las grabaciones de las cámaras, en el portátil sobre la mesa baja, junto a una botella de Tiburón.

Era la primera vez que lo veía beber un licor fuerte. Eso, junto a las dos profundas arrugas entre las cejas, me bastó para hacerme una idea clara de lo oscuros que debían ser sus pensamientos.

Me vio y dio golpecitos en el vaso con un dedo.

—Ahora mismo, lo mejor que puedes hacer es no acercarte.

Un consejo sensato, que por supuesto no seguí. Apoyé la espalda en la columna-biblioteca.

—Es que no todos los días se ve a Axel Rage en apuros.

—Ya lo has visto —dijo antes de dar un largo trago. Su nuez subió y bajó con suavidad al tragar—. Vuelve a la cama.

Debería haber obedecido, pero no podía dejar de mirar cómo la luz de la lámpara le iluminaba el pelo revuelto y el perfil de su nariz alargada. Los labios resaltaban severos en la penumbra. Los brazos asomaban fuertes bajo los puños desabrochados de la camisa, que debía haberse puesto a toda prisa.

No quería volver a la cama como una niña pequeña apartada de cosas demasiado grandes para ella, aunque la realidad de lo que él era parecía realmente demasiado grande para mí. Y ese era un puto problema, porque yo no era de las que se dejaban mandar a la cama, no desde que tenía siete años.

Me separé de la columna y avancé descalza sobre el parqué. Axel alzó la cabeza y siguió mis movimientos con la mirada, sin volver a intentar echarme ni regañarme. Tal vez no tenía tantas ganas de estar solo como decía.

Cogí la botella de ron y le di un trago largo, demasiado generoso. Tuve que limpiarme la boca con la muñeca, acompañada por el tintineo de las esposas, mientras sentía el ardor bajar por mi garganta y el calor extenderse por el estómago.

Por la ventana de la cocina, junto con el canto de los grillos, entraba una brisa fresca, con aroma a bosque y salitre, pero yo ya no sentía frío. Dejé que la manta resbalara de mis hombros y cayera al suelo.

Mi secuestrador permaneció inmóvil, extremadamente atento a cada uno de mis movimientos.

Di un paso y llevé las manos bajo la falda, deslizando las braguitas rojas hasta los tobillos. Con otro paso me las quité de los pies. El corazón me latía con fuerza, pero no estaba nerviosa. Estaba tranquila, segura de mí misma.

Le quité el vaso de las manos a Axel. Él enderezó la espalda, recostándose en el respaldo del sofá y estirando los brazos a ambos lados. Me miró fijamente, con una intensidad que me atravesaba con una intensidad que me atravesaba, mientras me agachaba para dejar el vaso sobre la mesa.

Con un ligero estremecimiento en la piel, subí un poco la faldita y me senté a horcajadas sobre sus piernas. Él no se movió, apenas respiró.

Le desabroché la bragueta del pantalón, su cadera me ayudó levantándose un poco cuando le bajé los vaqueros y el bóxer para liberar su sexo. Apenas lo tuve en la mano, sentí cómo se llenaba de sangre y crecía en mi palma ante mis ojos, aunque la expresión de su dueño permanecía imperturbable.

Lo acaricié de arriba abajo, hasta que adquirió una rigidez arrogante. Con una mano seguí sujetándolo, mientras con la otra me agarraba al respaldo del

sofá, justo detrás del hombro derecho de Axel. Me levanté sobre las rodillas y volví a bajar, conduciéndolo dentro de mí.

Sus dedos se hundieron en los cojines, asiéndolos; y sus pulmones exhalaron. Por lo demás, su polla fue lo único que se movió, empujando y creciendo aún más dentro de mi vientre. Cerré los ojos, en ese precioso silencio, y disfruté de la embriagadora sensación de tomarlo a mi manera. Me aferré a sus hombros y cabalgué a Axel Rage despacio, con un balanceo febril de caderas, en un languidecer infinito.

Él echó hacia atrás la cabeza, con un temblor nervioso en la mandíbula apretada. Los músculos de sus miembros se tensaron, haciendo aflorar venas y tendones por el esfuerzo de mantenerse inmóvil y dejarme hacer. Su potencia apenas estaba contenida, al igual que su necesidad de tomar el control. Y yo disfrutaba de ello, yendo y viniendo sobre su polla como si fuera mía.

En ese momento, lo era.

Era mi elección, mi polvo, ya no el de una víctima, sino el de una mujer que usaba su cuerpo para tomar y entregarse a un hombre, a aquel con quien sentía, a pesar de todo, una conexión profunda. Y muy lujuriosa.

Mi respiración se volvió más densa, mis manos buscaron su pecho, colándose entre los pliegues de su camisa, y mi boca cayó sobre su cuello, hundiéndole los dientes en el hueco.

Era mío. Mío para follar, para herir, para encerrar y someter, como él me había encerrado y sometido a mí.

Axel no pudo contenerse más y arrancó sus manos de los cojines, lanzándolas sobre mí. Me atrapó por la nuca, separándome de su cuello, y acercó mis labios a los suyos, mientras su otro brazo me rodeaba la cintura, posesivo.

—Más fuerte —gruñó sobre mis labios, acompañando mi pelvis—. Así... Cabalga mi polla, pequeñaja.

—Despacio... delincuente. —Sonreí entre jadeos, aumentando el ritmo, pero solo un poco. Mis uñas arañaron la firmeza de su pecho, en mi dulce vaivén, hasta que me dolieron los muslos y me detuve. Eché la cabeza hacia atrás, bajándome para llenarme con su gruesa erección.

—Pero mira, parece que hay alguien que cree haber tomado el control aquí —gruñó Axel con voz ronca—. Joder, me pone a mil verte así. Deja que te mire bien... —Cogió los bordes de mi camiseta y me la quitó por la cabeza. Hizo lo mismo con la falda, dejándome desnuda, adornada solo con las esposas—. Así te quiero.

Una vez que se deshizo de mi ropa, sus pesadas manos vagaron por mi cuerpo hasta hundir los dedos en las concavidades de mis caderas. No tuve

tiempo ni de prepararme: me empujó hacia abajo para empalarme en su polla, mientras su pelvis se lanzaba hacia arriba a mi encuentro, haciéndome temblar como un edificio sacudido desde los cimientos. Una, dos, varias veces más, desgarrando nuestros respiraciones ya agitadas.

Mi carne sufrió los roces bruscos, la espalda se arqueó y se encorvó, debilitada.

—Dios... lo que me haces cuando haces eso... —exhalé contra todo buen juicio, tomando su rostro entre mis manos, con mi melena corta cayendo alrededor de los dos.

—¿Eso qué? —Su lengua trazó el camino de una marca áspera en mi cuello, hasta que sentí sus dientes en la mandíbula—. Dímelo.

—Como si nunca fuera suficiente para ti. —El ardor se expandía por mis entrañas, acompañado de una suavidad que sabía a melancolía—. Como si tuvieras que poseerme hasta partirme en dos. —Presioné sus labios con mis pulgares, esos labios que sabían ser tan dulces como crueles, antes de reemplazarlos con mi boca.

—No es para partirte, mi pequeña mocosa. Tú no te rompes —retrocedió e hizo que nos estrelláramos de nuevo, uno contra el otro—. Es para asegurarme de que lleves mi marca. Te he perdonado, pero exijo mi libra de carne.

—Tú no me has perdonado nada, Axel —solté una risita, apoyándole la mano en la base del cuello—. Fui *yo* quien te ha perdonado a ti —mi lengua se deslizó sobre sus labios con un susurro—. *Tú*, en cambio, me has jodido como un cabrón. Cuerpo y mente.

Él persiguió mi boca, pero al sentirse retenido por mi palma sobre su cuello, volvió a apoyar la nuca en la almohada y se limitó a sonreír, embelesado, entornando sus ojos tormentosos.

—Y apuesto mi dedo índice derecho a que nunca has estado más guapa que ahora.

El índice: el dedo con el que apretaba el gatillo, el que decidía entre la vida y la muerte.

En verdad, estaba bastante segura de parecer hecha polvo, por lo que aquella declaración le valió otro beso. Se lo di por lo que él veía, y por lo que yo veía: el peligro en carne y hueso, seductor, carnal, impúdico.

Le penetré la boca y lo mantuve ahí, sintiendo el profundo latido de su corazón pulsándole a lo largo del cuello, bajo mis dedos. Pude hacerlo porque él me lo permitió, guiándome por las caderas para tomarlo hasta quitarme el aliento, robado por nuestros gemidos entrecortados.

Las esposas quedaron colgando entre nosotros, como fetiche de una prisión consumada por un lado, y de una libertad engañosa por el otro. Tomé y me dejé tomar, ya no se distinguía quién follaba a quién, hasta que obtuve mi desahogo de placer, sudoroso y liberador. Justo después, Axel me arrojó de espaldas y se cobró lo suyo como si de verdad estuviera reclamando su libra de carne.

Y como al final de toda tormenta que se respete, de repente cayeron la bendita calma y los restos de mi cuerpo agotado.

***

Desmadejada como una marioneta vacía, con la cabeza apoyada en el hombro de Axel, hice girar un dedo entre el vello oscuro de su pecho. Aferrada a él por el poco espacio que nos dejaba el sofá, me preguntaba cuál era el peso real de las acciones de un hombre, y quién era yo para juzgarlas. Si una mujer podía ser hija, amante, madre... entonces incluso un asesino podía ser muchas cosas; desempeñar un papel distinto para cada persona que cruzara su camino. Quién sabe, tal vez para alguien era un amigo, un cómplice, o un hermano. Para mí era... mi secuestrador, y otras cosas que no sabía bien cómo identificar, solo sabía cómo me hacía sentir en ese momento específico: en paz.

Supongo que reducir el mundo a solo dos personas desnudas, en una habitación, sobre un sofá, hace más fácil llegar a una tregua con el universo.

Bueno, qué decir... si se trataba de aislarse del mundo, un secuestro resultaba bastante eficaz.

—Perdóname por haber intentado dispararte —susurré esas palabras que mi orgullo me había impedido decir antes.

Uno de sus largos suspiros movió mi cabeza.

—Tenías tus buenas razones —respondió con los ojos cerrados.

—Lo sé, pero no me gusta la idea.

—Harper... —me interrumpió, haciéndome cosquillas en las costillas con la caricia de dos dedos—. No remuevas las cosas. Déjalas ir si quieres vivir tus días como una leona y no como una hormiga. —Así era él: dejaba ir. Para ser un depredador, y no la presa.

—Te gusta vivir al límite, Axel Rage. Tanto que casi te dispara una chica. —Habría sido bastante cómico que, de entre todos los profesionales que iban tras él, hubiese sido yo precisamente la que lo matara.

—Sé cuándo quiero rendirme y sé cómo defenderme si hace falta, a diferencia de una mocosa insoportable. —Volvió a subir la mano y la posó en mi rostro, manteniéndolo pegado a su pecho—. Pero yo he sobrevivido a ti y tú sobrevivirás a mí, y a cualquier otro hijo de puta. —Sus dedos se movían despacio sobre mi cuero cabelludo, entre el pelo—. Júralo.

Cerré los ojos, en trance, por aquel suave masaje.

—Lo juro —suspiré sobre su pecho.

Las caricias cesaron lentamente, las respiraciones se volvieron más pausadas, y el sueño llegó apenas un instante después de un áspero recordatorio: un "click" metálico que conocía demasiado bien. Volvía a estar esposada a él, atada a él por una cadena de acero a la que empezaba, horriblemente, a acostumbrarme. Porque había una sola cosa que nunca podría dejar de ser para ese hombre: su rehén.

Capítulo 12



Axel tardó cuatro días en encontrar una nueva vía de escape, no sabía de qué tipo ni hacia dónde. Fueron largas horas en las que pude ver, bajo su máscara de autocontrol, su impaciencia. Incluso yo podía intuir que cuanto más tiempo pasara en la cabaña, más aumentaban las probabilidades de que lo encontraran, y que eso complicaría las cosas a niveles astronómicos. Axel no se rendiría, los vería llegar, y no tenía ni idea de cuál era su plan en ese caso, pero una cosa era segura: yo acabaría pagando las consecuencias.

Mientras tanto, las cosas entre nosotros parecían ir mejor. O, al menos, dependía del punto de vista. Ya no pude volver a ducharme sola, o a ver la televisión, sin que él viniera a provocarme de alguna manera, rebosante de una energía que necesitaba descargar. Charlábamos, nos pinchábamos verbal y físicamente, y nuestras peleas siempre acababan igual: con él clavado dentro de mí, sin que tuviera tiempo de recuperarme de la vez anterior.

Ese hombre me estaba destrozando, y mi estúpido cuerpo debía de tener algún fallo, porque reaccionaba a su cercanía de forma vergonzosa.

Una mañana, salí de la ducha antes que él, me puse un albornoz y me quedé observándolo a través del cristal esmerilado. Por supuesto, Axel hacía lo mismo conmigo para mantenerme bajo control, mientras sus manos recorrían su cuerpo tonificado, bajando por las dos columnas de sus piernas separadas,

deteniéndose en su miembro relajado. Ese también debía de sentirse bastante puesto a prueba por su dueño.

Me pregunté dónde habría volcado Axel toda esa carga erótica antes de mí... y dónde lo haría después.

—Tú... —formulé la pregunta justo después de que cerrara el agua, mientras salía—. ¿Tienes a alguna mujer esperándote en algún sitio?

—Conoces la regla. —Cogió la toalla que le tendí.

—*"Nada de preguntas personales"*. Lo sé.

Era una norma que él había impuesto cuando me puse demasiado insistente con las preguntas, pero con esta tenía que intentarlo de todos modos.

Se envolvió la toalla a la cintura.

—No tengo una relación estable.

—¿Follamigas? —probé.

—Algo así. Ocasionales, en su mayoría.

—Deben de ser unas cuantas... —comenté con fingida ligereza, mientras me cepillaba el pelo.

—Un par por semana.

—¿Solo? —Alcé una ceja—. No sé si sentirme halagada o utilizada.

Una palmada en el culo me hizo dar un respingo.

—Siéntete apreciada.

Disimulé una sonrisilla satisfecha, como una auténtica imbécil.

Al girarme, la vista se me fue hacia la pequeña ventana, donde me había dejado colgada, sufriendo, como castigo.

La sonrisa se borró un poco, el estómago se me encogió, pero el calor en el vientre ardió con más fuerza que ambos.

Me usarás, Axel Rage —pensé con melancolía—*, no te lo pensarás dos veces antes de hacer de mí tu escudo cuando llegue el momento. Pero yo sobreviviré a ti, te lo he jurado.*

—Tengo que salir esta mañana —me informó mientras se vestía—. Mis documentos ya están listos.

Nueva identidad lista. Vía de escape preparada. El momento se acercaba. Quizá, después de todo, simplemente se marcharía por la puerta, con la gorra calada, en silencio, por su propio pie, sin hacer ruido.

Dejándome sola.

***

—¡Sentada! —me dijo, como quien da una orden a su perro, señalando mi lado de la cama.

—¿Es realmente necesario? —protesté al verle acercarse con las esposas en la mano. Ya había aceptado dormir encadenada a él, pero no me hacía ninguna gracia quedarme otra vez sola, inmovilizada en una cama.

—Sí, es muy necesario. A estas alturas, no puede fallar nada. —Sus ojos eran inalcanzables tras las gafas oscuras, y él iba tan armado bajo aquella ropa que parecía una bomba a punto de estallar.

Mientras tanto, yo no llevaba más que las bragas y su camisa.

—Das por hecho que me escaparía. —Me detuve al retroceder, cuando mis piernas desnudas se toparon con el colchón, sobre el que me senté—. Ni siquiera me has preguntado si pienso hacerlo.

—¿Desde cuándo alguien que planea escapar lo anuncia antes? —Se agachó, me sujetó por los gemelos y me tumbó en la cama con un gesto rápido—. Estoy bastante seguro de que, si tuvieras la oportunidad, pondrías tu libertad por encima de todo. Y eso me gusta. Pero no puedo permitírmelo: yo también tengo que pensar en la mía.

Al ver que seguía con las manos en la espalda, no tuvo más remedio que inclinarse sobre mí y atraparme una muñeca por la fuerza.

—No... —gimoteé, apretando el puño—. Por favor... —Como si sirviera de algo.

—Sssh —me empujó contra el cabecero, dominándome con sus anchos hombros—. Pórtate bien, pequeñaja.

Me retorcí suavemente, oponiendo una débil resistencia a su firmeza, en el estrecho espacio en el que me tenía acorralada. Su mandíbula, cubierta de barba corta, me rozó la sien con un susurro.

—Tardaré un poco, pero cuando vuelva te traeré algo delicioso para comer. ¿Vale? —Su mano se deslizó entre los botones de mi camisa para rozar uno de mis pechos. Me acarició suavemente, haciéndome cosquillas en el pezón—. ¿Vale? —repitió, aplastando su nariz contra la mía, con una sonrisa pícara—. Dime que sí, pequeñaja.

—Mmh... —jadeé—. ¿Patatas fritas con kétchup? —Entorné los ojos y los labios con ese murmullo, como si fuera la idea de la comida basura lo que me encendiera por dentro.

Él me dio un beso fugaz acompañado de un pequeño pellizco en el pezón endurecido, antes de levantarse.

—Pues patatas fritas serán.

Ni siquiera me había dado cuenta de cómo había ocurrido, pero mi muñeca volvía a estar esposada a la cama. Con la violencia sabía imponerse, pero con

esa dulzura firme... joder, me destrozaba. Menudo manipulador.

Dejó en mi mesilla un vaso de agua y un plátano.

—Ni loca —comenté, mirándolos de reojo con desconfianza.

Él cogió la botella y dio dos largos tragos para demostrarme que no tenía ningún tipo de droga.

—No hagas que me arrepienta —dijo, desde detrás de esas gafas de sol que lo hacían parecer aún más siniestro.

—Oh, vaya, ¿eres capaz de arrepentirte de algo?

Agitó el dedo al salir de la habitación.

—Solo de las cosas justas.

Sí, lástima que su sentido de la justicia hiciera aguas por todas partes.

—Axel —lo llamé al verlo desaparecer tras la puerta—. Ten... —escuché la llave girar en la cerradura— ...cuidado —terminé en un susurro, para soltar una maldición justo después—. Muy bien, Harper, eres un puto genio.

Esta vez tuvo la cortesía de dejarme un brazo libre, pero añadió una cerradura más entre mi libertad y yo. Su objetivo era, sin duda, hacer que me demorara si decidía intentar algo.

Bueno, casi me sentí halagada. Debía tener mucha más confianza en mis habilidades de la que yo misma tenía, porque dudaba seriamente que unas esposas profesionales de acero reforzado, una ventana clavada y una puerta de madera maciza no fueran suficientes para mantenerme prisionera en esa habitación. Tanto que... probablemente ni siquiera valía la pena intentar escapar.

Demasiado esfuerzo, incluso solo intentarlo.

O al menos eso fue lo que me dije a mí misma.

***

Debería haberle pedido a Axel una nueva revista, ya que el *Explore Cayman* me lo conocía ya de memoria. Lo enrollé y lo dejé caer sobre la cama junto con mi brazo, quedándome con las extremidades abiertas —al menos las que podía—, ocupando todo el colchón. A pesar de que era consciente de que mis condiciones podrían haber sido mucho peores, estar prisionera era un asco que dejaba mi mente en blanco. En la práctica, Axel me había reducido a vivir solo para él; un gesto suyo, una de sus bromas, su polla... su abrazo reconfortante, para lo que él mismo me hacía.

Mi mano fue a rozar perezosamente el pecho que había recibido su última caricia, por encima de la tela de su camisa. Estaba evocando la languidez de la sensación que me había provocado, cuando un ruido sordo procedente de la habitación contigua me detuvo.

Agucé el oído, inmóvil. Durante un minuto entero no oí más que el canto de los pájaros, luego otros ruidos de objetos cayendo y rodando por el suelo, hasta que alguien intentó bajar el picaporte. Primero despacio, y luego con más fuerza, agresivamente.

Pensé que, si fueran las fuerzas del orden, habrían actuado de otra manera; habrían irrumpido de inmediato o habrían gritado para preguntar si había alguien dentro, exigiendo que saliera. En cambio, quien estaba afuera guardaba silencio, buscando algo, y seguro que no era Axel. ¿Un ladrón, quizás?

Oh, mierda...

Me arrastré hacia el cabecero, cediendo al inútil impulso de tirar de la cadena para liberarme. Justo en ese momento, el estruendo de la puerta partiéndose a la altura de la cerradura hizo que me sobresaltara.

Escondí el brazo atado en mi espalda, la puerta rebotó por la patada y volvió a abrirse lentamente. Apareció una cabeza, seguida de un cuerpo atlético, y para mi inmensa sorpresa vi entrar en la habitación nada más y nada menos que a... Ethan Mitchell.

Mis sinapsis entraron enseguida en gran confusión, sin conseguir encontrar una explicación lógica. Él parecía tan sorprendido y agitado como yo.

—¿Tú eres... la sobrina de Montgomery?

Vestido con un traje de lino claro, de marca y algo arrugado, con esos ojos verde pálido como astillas y el cabello oscuro y despeinado, era increíblemente *instagrammable*. Y el aire despistado que tenía... no lo habría creído, pero le sentaba muy bien.

—¿Qué haces aquí? —Él mismo se dio cuenta de la respuesta antes incluso de que pudiera abrir la boca—. Dios, tenían razón, te han secuestrado. —Su voz, aunque preocupada, sonaba armoniosa y profesional, como la narración de un documental sobre las estrellas.

Se me ocurrió que a mis padres les habría encantado. Mi padre habría aprobado con orgullo su carrera política y su elegancia, y mi madre... habría apreciado también sus cualidades más "corporales". El hecho de que hubiera encontrado a su hija habría sido solo la guinda del pastel.

—Sí, pero ¿cómo has hecho para encontrarme? —Yo también tenía un montón de preguntas, y no todas por las razones más obvias.

—No lo sé. No he hecho más que buscar desde la muerte de Andrew. —Se refería a Andrew Sullivan—. Yo soy su... maldita sea —se corrigió con un

medio sollozo—. *Era* su... —Se detuvo, como si estuviera indeciso sobre qué título usar, ya que "asistente" no hacía justicia a lo que había existido entre ellos.

—Sé quién eres, Ethan.

Asintió, sabiendo que era inútil ignorar las miradas que habíamos intercambiado en el Caribbean.

—¿Estás bien? —preguntó, dudando si prestarme atención a mí o mirar hacia atrás. —¿Estás sola? ¿Dónde está él? —Negó con la cabeza frenéticamente, tomando un montón de decisiones en un segundo—. No importa, te llevo a casa. Vamos, tenemos que irnos ya.

Solo unos días antes, Ethan Mitchell, salvándome, habría tenido todas las papeletas para colarse en el *top-five* de mis sueños eróticos secretos. Ahora, sin embargo, era un problema de dimensiones catastróficas que abría ante mí una gama de posibilidades tan inesperadas como inalcanzables por un montón de razones.

—Ven —dijo, agitando una mano para invitarme a bajar de la cama rápidamente.

Le revelé las esposas.

—No puedo.

Ethan se apresuró a tantear su consistencia. Intentó tirar, pero se topó con la resistencia de la barra metálica encajada entre las viguetas de madera.

—¿Dónde están las llaves?

—Las tiene él —expliqué, resignada.

—¿Dónde está *él*? —Seguíamos llamando a Axel "él", como si el simple hecho de pronunciar su nombre pudiera invocar a un monstruo.

—No lo sé. Lejos. —Gracias a Dios, porque si no, no me cabía duda de que a estas alturas Ethan ya sería un cadáver—. Pero no tan lejos, no debe verte aquí, sobre todo no debe saber que lo sabes. —Tenía que reconocerlo: solo por haber llegado hasta la cabaña, el chico tenía más agallas de las que había imaginado. Temerario, sí, pero algo ingenuo: ¿cómo se le había ocurrido ir a cazar a un sicario?

—Date prisa, vete antes de que vuelva —lo aparté a regañadientes.

—¿Sin ti? ¿Dejándote con ese asesino? —Observó mis piernas semidesnudas, con más de un moretón, y la camisa de hombre que llevaba puesta—. ¿Qué te ha hecho? —Su rostro se encendió de rabia—. No te dejo aquí ni un segundo más. Tiene que haber una manera de abrir estas cosas.

—Ethan, no, por favor. —Aparté su mano de las esposas con pesar. Solo unos pocos días antes, que ya parecían siglos, había esperado que la primera vez que nos tocáramos fuera muy distinta—. Le vi matar a una persona, no

quiero ver cómo mata a otra. Tienes que irte y dejarme aquí, a mí no me hará daño como te lo haría a ti.

—No, no, tú te vienes conmigo.

Se pasó la mano por el cabello, sondeando la habitación en busca de una manera de liberarme. Fue entonces cuando vislumbré, debajo de la chaqueta clara, una pistola metida en el cinturón. Aquello no me lo esperaba, y me dio muy mala espina. Dios santo, había venido armado... ¿qué demonios creía que iba a hacer?

—¿Quieres vengar a Sullivan? ¿Tú solo? ¿Estás loco?

Sin hacerme caso, Ethan siguió con lo suyo y se puso a abrir los cajones de la mesita de noche con la esperanza de encontrar algo útil.

Como si yo fuera tan tonta como para no haberlo intentado ya.

—Dios santo, ¿no entiendes que te mata si te encuentra aquí? Estás loco.

—No estoy loco, estoy cabreado. —Pasó a la cómoda, metiendo las manos en el primer cajón y tirando el contenido fuera—. Ya me he cansado de llorar delante de los polis por la muerte de mi mentor, sin poder hacer nada.

Hubo algo extraño en aquella respuesta, apasionada en el contenido, pero fría en la forma. Me retumbó un par de veces en la cabeza antes de deslizarse por mi espalda como un cubito de hielo. Una puñalada helada.

Parpadeé, despejando la niebla que había dejado mis ojos ciegos todo ese tiempo, y vi todo bajo una nueva luz.

—...Y hucha —murmuré, tragando con dificultad para asimilar mi intuición.

—¿Cómo? —Ethan cerró el primer cajón de golpe y pasó al siguiente.

—Mentor y hucha —repetí en voz más alta, aunque temblorosa—. Te has olvidado de una parte.

Una parte del plan, de lo que estaba establecido que hiciera después del asesinato de Sullivan. Recordaba bien las palabras de Axel ante mi preocupación por Ethan: *"Está vivo y coleando, a esta hora estará llorando frente a los policías por la pérdida de su mentor y hucha"*.

Claro, él lo sabía bien, y por una razón muy sencilla.

—Eres su cómplice —pronuncié mi sentencia con una calma antinatural. Era tan obvio: ¿quién mejor que el amante de Sullivan para darle a Axel toda la información necesaria para cometer un asesinato como ese? ¿Cómo no lo había visto antes?—. Siempre eres tú, allí, al otro lado, cuando Axel está al teléfono. Actualizándolo, haciéndolo enfurecer, ayudándolo... siempre eras tú.

Ethan se detuvo con las manos aún aferradas a los bordes del cajón. Vi cómo su espalda se estiraba y se alzaba, cómo sus hombros se ensanchaban al recuperar su actitud desafiante, tanto en su postura como en el tono de voz:

—Entonces esos ojitos vivarachos no son solo de adorno. Es verdad que eres lista.

Ahora sí, reconocía ese temperamento como suyo, aunque me diera la espalda. Le sentaba mucho mejor.

—Lo soy. —Junté más las piernas, reuniendo el coraje que necesitaba para no flaquear—. Y quisiera saber qué haces *tú* aquí.

Considerando que había oído las conversaciones telefónicas, a esas alturas estaba segura de haber entendido que Axel no había revelado su paradero a nadie. Era tajante en eso, lo que significaba que Ethan había encontrado la cabaña por su cuenta, y por una razón que dudaba mucho que me agradaría.

Él se giró tres cuartos, cerró el cajón con una mano y se quedó tamborileando los dedos en la cómoda. Toda su urgencia se había desvanecido de golpe.

—He venido por curiosidad, porque, verás, ni de coña Axel Rage deja con vida a un testigo directo.

—¿Y tú sí? —Alcé el mentón con aire desafiante, aunque por dentro estaba temblando.

—Puede que sí. Podría hacer incluso más: puedo encontrar la manera de liberarte.

No tenía ningún sentido.

—¿Por qué lo harías?

—¿Qué importa por qué? —Se asomó por entre las rendijas de las tablas de madera que no dejaban que la habitación se iluminara del todo—. Te tiene peor que a un pajarito enjaulado. ¿No quieres ser libre y venirte conmigo? —Las palabras que usaba como si fueran un salvavidas se veían desmentidas por esa sonrisa astuta que jugaba en sus labios bien definidos, una sonrisa que dejaba claro lo mucho que me estaba tomando el pelo.

—No te creo ni un poco. No estás aquí para liberarme, y mucho menos ahora que sé quién eres.

Ethan se llevó las manos a las caderas, apartando la chaqueta, una postura que dejó al descubierto su pistola, tal vez por accidente, o tal vez como una advertencia.

—Eres una chica bastante testaruda, ¿no es cierto? —Avanzó hacia mí, observándome sin pudor, como no se había atrevido a hacer al principio.

Esposada como estaba, las únicas cosas que tenía a mano eran una botella de plástico, un plato de cartón y una banana. Pero quería hacerle entender que estaba muy equivocado si pensaba que podría manipularme tan fácilmente. Así que saqué el cajón de la mesita de noche, el objeto más sólido a mi alcance, y se lo lancé.

—¡Ni se te ocurra acercarte!

Ethan se protegió con el antebrazo, el cajón le golpeó con una violencia bastante satisfactoria antes de estrellarse contra el suelo. Inclinó la cabeza en una parodia de hombre ofendido, continuando con su actuación.

—¿A qué viene tanta hostilidad, si he venido a sacarte de aquí?

—Puedes largarte, porque yo no voy a ninguna parte contigo. —Y muchas gracias a Axel, que había tenido la brillante idea de esposarme, dejándome sin posibilidad de escapar ni de defenderme.

—¿Cómo es eso? Vamos, ojitos bonitos, con todas esas miradas pícaras que me lanzabas... —Dio un paso más y pateó el cajón con fuerza, enviándolo contra la pared. Lo hizo con decisión, con la clara intención de romperlo, una muestra de la violencia que se escondía tras sus modales de joven señor—. Ahora puedo ser todo tuyo. ¿No estás contenta de que esté aquí para ti?

—¿Como estabas allí para Sullivan? —Me envolví el brazo libre alrededor del torso, sujetando la camisa con fuerza—. Ese hombre te adoraba. Vosotros erais íntimos.

—Lo admito, me tenía en un pedestal.

—No fuiste tú quien apretó el gatillo, pero eres peor que un asesino. Te acostaste con él y no sentiste nada.

Lo veía en sus ojos, duros, desdeñosos, ese vacío de emoción. Frío y pulcro, como su traje claro, perfectamente entallado.

—Nada de nada.

—Nada de nada, no. Yo también tengo mis momentos, y no puedo decir que no disfrutara dándole su merecido a ese imbécil engreído. —Se sentó al borde de la cama y sus nudillos se hundieron en las sábanas cuando se inclinó hacia mí—. Pero, por cierto, mis preferencias son de otra naturaleza muy distinta, si entiendes lo que quiero decir.

—No lo parecía: apenas me dirigías la mirada. —Y sí, me lo había tomado un poco a pecho, pero supuse que, después de todo, había sido una suerte.

—Perdóname, ojos bonitos, estaba trabajando. Si hubiera estado libre, me habría dedicado a ti a tiempo completo. Pero ya tendremos tiempo para ponernos al día —me guiñó un ojo—. Sinceramente, tengo una gran debilidad por las chicas con carácter.

—Qué pena que yo no tenga debilidad por los imbéciles presumidos. —Me aplastó contra el cabecero, agarrando la cadena con ambas manos—. Y además, tú no tienes tiempo para ponerte al día, Ethan, o como diablos te llames. Axel va a regresar en cualquier momento y dudo mucho que le haga gracia encontrarte aquí.

—Ah, cariño, deberías confiar más en mí. —Movió la muñeca, haciendo subir la tela, y miró el reloj—. Según su plan, Axel no estará aquí antes de dos horas. Para entonces ya nos habremos ido, pero antes le dejaremos un recuerdito muy persuasivo.

Finalmente, el primer indicio de sus verdaderas intenciones. Parecía que no había venido a deshacerse de una rehén incómoda, como había temido.

—Si quieres algo de Axel, ¿por qué no lo arreglas directamente con él?

—Porque se necesita el cebo adecuado para atraer a un pez gordo.

Movió la mesita de noche fuera de mi alcance, sacó un teléfono de la chaqueta y lo apoyó sobre la botella, colocándolo de tal manera que captara la cama en el vídeo. El recuerdito persuasivo iba a ser un vídeo.

Le lancé dos almohadas, tirando todo al suelo. Él se agachó a recoger el móvil con paciencia, sabiendo que tenía dos horas completas por delante, y lo secó de las salpicaduras con un extremo de la chaqueta. Más que molesto, parecía encantado.

—Qué bien lo vamos a pasar tú y yo, ojos bonitos.

"Ojos bonitos" me llamaba, porque no se le había escapado el brillo de mi mirada, que ahora, con él, temía que solo me traería problemas. Ironías del destino, en un momento dado había deseado que Ethan fuera un tipo duro, alguien con quien medirme en varios frentes. Pero él era mucho más: también un delincuente profesional, con un nivel de crueldad que sospechaba que pronto iba a experimentar.

Reposicionó el teléfono y comenzó la grabación del vídeo.

Ya no me quedaban almohadas, así que tuve que quedarme allí, escuchándolo, evitando mirar hacia la cámara. No quería que Axel me viera asustada.

—Sabes, Ax —empezó Ethan, inclinándose hacia la cámara para ocupar todo el encuadre—. Al principio un rehén me parecía un auténtico fastidio, no entendía cómo podías perder la cabeza por alguien así, precisamente tú, el hijo de puta más frío que conozco.

Se apartó y metió una mano en el bolsillo.

—Ahora que hemos intercambiado un par de palabras, lo entiendo: no todos los días te encuentras con semejante carácter en un pastelito como este.

Cogió una almohada y la tiró sobre la cama.

El matiz sardónico de su voz tomó un aire de gravedad absoluta.

—Un nombre. —Su mano jugueteó en el bolsillo, haciendo una pausa para dar más efecto.

—Un nombre, a cambio de tu pastelito, me parece razonable, aceptable y ni siquiera tan complicado. Estoy seguro de que ya sabes cuál es el nombre que

quiero.

Eso era lo que buscaba, revolviendo como un ladrón: una pista. Sin embargo, Axel no era tan estúpido como para dejar algo así al alcance de cualquiera. Ethan lo sabía, por eso había dejado de rebuscar antes de vaciar todos los cajones.

Empezó a quitarse la chaqueta.

—¿La quieres de vuelta? Te la devolveré, ya sabes que cumplo mi palabra, pero también sabes que el tiempo es oro, así que me veo obligado a darte un pequeño incentivo que puedas asimilar rápidamente.

Lanzó la chaqueta sobre la silla donde estaban los pocos vestidos que tenía.

—Mientras sigas tomándotelo con calma con ese nombre, yo seguiré tomándome mi tiempo con ella. Y, Ax... no finjas que no te importa, sé exactamente cuánto te va a fastidiar verme jugar con ella.

Ay, la cosa se estaba poniendo fea.

Cuando se giró hacia mí, ya me estaba echando todo lo atrás que podía.

—Ethan, no...

Negué con la cabeza, sintiendo cómo un puño de impotencia me oprimía el estómago.

Mi intento de retroceder se vio interrumpido por las esposas y por la mano de Ethan, que me agarró del tobillo con fuerza. Dio un fuerte tirón, al cual intenté oponer resistencia inútilmente, anclándome a la cadena. Un momento antes estaba acurrucada, y al siguiente me encontré tendida de espaldas, con la camisa subida por debajo de los pechos. Me la bajé enseguida, mientras Ethan subía a gatas desde los pies de la cama.

—Te contoneaste delante de mí todo el tiempo, y yo no pude hacer nada. Déjame contarte cómo podría haber sido. —Se encaramó sobre mí, que me retorcía de lado, recorrida por un temblor en las extremidades, demasiado débiles para hacer frente a un hombre como él.

—Me habría zambullido, habría ido a buscarte bajo el agua, en esa piscina, en lugar de Chris. —Se tumbó detrás de mí, pegándose a mi espalda. Su brazo se deslizó bajo mis costillas, de manera suave, pero en realidad me enjaulaba, apretando la muñeca que yo tenía contra el pecho—. Y esa noche te habría seguido en uno de tus paseos nocturnos, porque sí, te he visto caminar sola a la luz de la luna. —Su boca se deslizó por mi pelo, desde la coronilla hasta la nuca, al susurrar palabras dulces, llenas de amenaza—. Te habría tomado por la espalda, por sorpresa, arrastrándote a las sombras.

Oh, Dios mío, ¿por qué su olor, tenía que envolverme así, tan masculino, agradable y sofisticado? ¿Por qué no olía a azufre y crueldad?

Solté un gruñido frustrado y sentí un ligero estremecimiento en la nuca. Él se acercó a mi oído, apartándome el cabello con la barbilla bien afeitada.

Dudaba que el micrófono del teléfono fuera lo suficientemente potente como para captar sus susurros, pero llovieron en mis oídos con la fuerza de un rugido.

—El puto miedo que habrías sentido se habría convertido en metal fundido entre las piernas cuando te hubieras dado cuenta de que era yo, que venía a follarte como se merecen esos ojitos rebeldes.

Cuánto había deseado, entonces, que todo fuera así. Cuánto me habría divertido luchando con él, ilusionándome con que solo era un juego.

Agité la cabeza para quitarme su boca de encima.

—Te habría dado guerra, no te creas.

—Eso es justo lo que habría esperado. —Empujó la pelvis hacia delante, de modo que noté la solidez de su miembro contra mi trasero. Le di un codazo para alejarlo, siendo detenida al instante por un agarre firme en el antebrazo—. Relájate, sonríe a la cámara.

Miré de verdad a la cámara, pero no para sonreír.

"Sobrevivirás a mí, y a cualquier otro hijo de puta". Axel me lo había hecho jurar. Por su parte, él había jurado que saldría de ahí viva, pero no estaba allí para cumplir su promesa.

Era culpa suya que me encontrara en esa situación, estaba furiosa con él, y al mismo tiempo, lo necesitaba con desesperación. Aquella era *nuestra* cama, mi secuestro era *nuestro* melodrama, no había lugar para otro delincuente.

Dónde estás, Axel...

Mis pulmones ardían de tanto contener la respiración cargada de tensión. Las lágrimas se me agolparon detrás de los ojos, pero me las tragué de nuevo como si fueran veneno, al pensar que solo yo podía ver algo romántico en un secuestro.

No pienses en él, me dije. Piensa en el cabrón que tienes encima. Gana tiempo. Tienes que salir de esta por ti misma, Harper.

Como siempre.

—No te dará lo que quieres, sea lo que sea, no le importo lo suficiente —sentencié, temiendo que fuera demasiado cierto—. Pero tú y tu traición sí que le importarán, puedes apostarlo. —Arrastré las piernas, consiguiendo echarlas fuera de la cama, como una anguila que no puede dejar de agitar la cola aunque esté atrapada en el anzuelo.

Ethan tiró de mi trasero hacia arriba, enganchándome por la cintura. En mi frenético revoloteo, la patada que recibió en medio del caos de extremidades

me dolió incluso a mí. Irritado, me aplastó las rodillas y se montó sobre mis muslos.

—No te subestimes así, ojitos bonitos —dijo, mostrando unos dientes blancos y deslumbrantes, con la respiración apenas acelerada, pesando sobre mis piernas como solo Dios sabía qué—. No hay amigos, no hay familiares, ni siquiera la sombra de una mascota que Axel haya dejado entrever en su vida. Aparte de mí, claro. Pero ahora estás tú.

Me agarró con fuerza la muñeca con la que sujetaba la camisa. Pasó el pulgar por las heridas, recorriéndolas. Axel las había renovado recientemente con su forma favorita de jugar en la cama.

—Esto no es por las esposas —observó con conocimiento de causa—. Estas son cuerdas. —Se giró, lanzando una mirada a mis pies encogidos bajo las pantorrillas desnudas, donde aún se veían las marcas del cáñamo.

—Manos y pies. —Le dedicó una sonrisa indulgente al objetivo—. Te lo has pasado en grande con ella, Ax. Viejo zorro... —Su pulgar raspó con la uña sobre mis abrasiones, avivando el escozor—. De verdad creo que tú sí le importas... y mucho. Solo será cuestión de hacerte un poco de daño. —Una vena, hinchada de puro y complacido sadismo, palpitó en su cuello mientras rozaba el trozo de piel descubierto entre el borde de mis braguitas y el de la camisa. El dedo índice y el medio empezaron a caminar como dos molestas patitas. Se movían arriba y abajo, al compás de mis respiraciones profundas, subiendo entre mis pechos, hasta que llegaron a darme un golpecito en la barbilla—. Solo un poco de daño. Puede que hasta te guste, después de todo.

Volví la cabeza demasiado tarde y rechiné los dientes de rabia.

—A menos que... —Empezó a desabrocharse la camisa con un gesto seductor—. Abras las piernas para mí, y me aseguraré de que no duela. —Sacó los extremos de la camisa de los pantalones, ceñidos por el cinturón de cuero, y los apartó, acostumbrado a hacer de su cuerpo un arma de atontamiento masivo, de cuya eficacia no me cabía la menor duda.

Tan de cerca, los relieves de su anatomía viril formaban un laberinto que una solo podía desear recorrer por completo, dejándose llevar, dócilmente, hacia abajo, deslizándose como en una caída por la V de su abdomen, hasta llegar... a la bestia, como en todo laberinto legendario que se precie, que en su caso le abultaba los pantalones.

Y no había duda de que, entre todas las tonterías que el Creador había hecho al construir este mundo, la de hacer a ciertos sinvergüenzas tan encantadores estaba en lo más alto de la lista.

¡Vale, ya estoy mirando, capullo!

Sonrió, satisfecho, y se inclinó sobre mí. Me atrapó el brazo rebelde, inmovilizándomelo al lado de la cabeza, y me apretó la mandíbula con los dedos, obligándome a ofrecerle la mejilla, a la que recorrió con la punta de la lengua, en una lenta lamida.

Su susurro fue apenas audible:

—Es entre él y yo. Haz lo que te digo y solo te haré disfrutar, como debió ser desde el principio. ¿De verdad quieres salir perdiendo? ¿Quieres que te oiga gritar? —Se levantó un par de palmos, quedándose suspendido sobre mí—. Piénsalo.

Una chica más ingenua habría tomado aquella propuesta como un pequeño gesto de clemencia.

Pero yo lo veía de otro modo. Tenía la impresión de que lo único que quería era demostrarle a Axel que, entre los dos, yo lo habría elegido a él.

Y, en otro tiempo, hasta habría tenido razón.

Antes de que descubriera los suspiros de Axel, el modo en que sonreía ante mis burlas, en que me acariciaba la mejilla y fruncía el ceño de forma peligrosa por mis quejas. En que me llenaba con su sexo.

Levanté la cabeza, alargando el cuello hasta que nuestras narices casi se tocaron, para darle mi respuesta.

—Que te den, hijo de puta. —Me aseguré de que lo oyera alto y claro, tanto él como la cámara—. ¿Qué es lo que tanto te escuece, Ethan? ¿Querías ser tú quien apretara el gatillo y en cambio te ha puesto a hacer de perrito guardián? ¿Pensaba que estabas más capacitado para bajarte los pantalones? Quizá no se fiaba lo suficiente de ti.

El revés que me soltó de lleno en la mejilla me hizo girar la cara y caer sobre el colchón. Una oleada de calor me subió por el cuello, llenándome de una humillación más punzante que el propio dolor. Dejé de parpadear, mis labios se quedaron entreabiertos por la consternación, y Ethan disfrutó por completo de mi reacción.

—Lo siento, ojos bonitos, es que le he cogido el gusto —comentó—. A Andrew le gustaba que le abofetearan, ¿sabes? Por supuesto, de forma mucho más violenta: le volvía loco de excitación. —Sus ojos claros se encendieron, como si acabara de tener una revelación—. Creo que te voy a tomar como lo hacía con él. —Se arremangó hasta los codos, dejando al descubierto un antebrazo potente, propio de un tenista con talento—. ¿Axel te ha tomado así alguna vez?

El miedo que me invadió en ese momento era tan distinto al que había sentido con Axel. Con Axel era como un vino caliente especiado, que hacía correr la sangre deprisa y sabía a últimas oportunidades. Con Ethan, en

cambio, era un suero que se cristalizaba en las venas, y sabía a resoluciones de un psicópata. Un pánico que me contrajo el rostro en un gesto amargo, sin que lograra articular una sola palabra para oponerme.

—¿Listos? —Saltó de la cama, juguetón, y me sujetó por los tobillos—. ¡Allá vamos!

Los retorció con fuerza, haciéndome girar boca abajo y arrancándome un sonido gutural.

Su rodilla sometió a mis pantorrillas, me levantó la camisa hasta los riñones y me bajó las braguitas a lo largo de los muslos apretados, a su merced. Sus palmas agarraron mis nalgas, las abrieron, y un dedo presionó en el centro, forzando la entrada de mi parte más íntima.

—¡Anda! Apuesto a que este culo tan bonito ha visto menos pollas que una monja de clausura.

Estaba absorto, como si ya ni siquiera recordara la verdadera razón de su agresión. Simplemente lo estaba disfrutando, porque era obvio que era de los que les gustaba jugar con el sexo de esa manera.

Por desgracia, mi aspecto no ayudaba a que desistiera: era esbelta y proporcionada en cada una de mis partes. Quizá el brazo derecho estaba un poco más desarrollado por el tenis, pero nadie reparaba en eso cuando tenía ante sí una figura de reloj de arena con curvas firmes y a la vez elegantes. Una de esas curvas estaba entre sus manos.

A punto de rogarle que se detuviera, escondí la cara, que me ardía, en la sábana y llevé la mano hacia atrás, dando manotazos para apartar la suya. Él me la quitó de un manotazo que resonó, pero al menos se bajó de la cama.

Mientras arrastraba la mesita de noche para cambiar el ángulo de la grabación, di tirones secos, rápidos y dolorosos a la cadena con mi maltrecha muñeca, logrando tan solo arrastrar mi cuerpo un poco más arriba.

Él me volvió a tumbar, reduciendo el juego de los aros de acero, se lanzó sobre mí en una posición completamente inesperada, a horcajadas sobre mi espalda, mirando hacia mi parte inferior; una pierna colgando del borde de la cama y la otra doblada sobre ella, con el mocasín de cuero incluido.

Dios, no respiro, pensé con la boca abierta y el pecho aplastado contra el colchón.

—Ha sido muy amable de tu parte dejarla atada y vestida así: la camisa de hombre y las bragas de encaje rojo se la pondrían dura incluso a un cadáver. —Ethan volvió a hablar a la cámara mientras deslizaba las bragas más allá de mis rodillas—. ¿Sabes qué es lo que más me gusta del género femenino, Ax? Este corazón. —Trazó mi silueta partiendo desde el centro de la zona lumbar,

extendiéndose por el contorno exterior de mis caderas y subiendo por las suaves curvas de mis nalgas—. Ella lo tiene perfecto.

Cuando llegó justo ahí, uniendo sus dedos, agarró con ambas manos toda la carne que pudo, tirando para aplanar el surco y ofrecer una vista perfecta a la cámara. Y así todo se volvía aún peor, mi vergüenza más intensa, sabiendo que me estaban grabando hasta en mis orificios más íntimos.

Una gota tibia y viscosa, que identifiqué como saliva, me cayó justo en el agujerito. La yema de su dedo la empujó hacia adentro, avanzando con ella mucho más de lo que había hecho un momento antes.

Froté el rostro arrugado contra las sábanas, soltando el quejido ahogado de un animal herido. Apreté la cadena hasta que se me pusieron los nudillos blancos y recogí las piernas de golpe, intentando darle una patada.

Él me capturó un talón y giró el rostro con un gruñido, alcanzando mis ojos incluso a través del cabello que me cubría un lado de la cara.

—Si no dejas quietos esos pies, te los rompo. —Lo soltó de golpe, y yo lo dejé caer como un peso muerto, porque la amenaza era realmente aterradora.

Al primer dedo se le añadió un segundo; introdujo solo dos falanges, con una presión insoportable que abría a la fuerza los pliegues de mi pequeño anillo.

Me llevé el puño a la boca y mordí uno de mis nudillos para no mostrar lo que de verdad me estaba pasando. Tumbada y aplastada contra la cama, era como si una parte de mí se hubiera separado: no podía verla ni alcanzarla, pero sentía todo lo que le estaba sucediendo.

Me palpitaban las sienes, y solo era capaz de respirar de forma superficial y rápida. Intenté hinchar el pecho con un resuello, y por suerte él entendió que tenía que aflojar un poco el peso sobre mis pulmones. Lo trasladó a sus piernas, pero solo lo justo para no dejarme asfixiar.

Tuve un instante de alivio cuando sacó los dedos, pero luego volví a notar las manos separando las nalgas y sus pulgares presionando para intentar dilatar la abertura. Su escupitajo llegó más abundante esta vez, las yemas de los dedos tiraron con brutalidad, moviendo el esfínter para intentar que entrara la saliva.

—Acéptalo, te conviene.

Mi ano boqueó como por un reflejo involuntario, humedeciéndose hasta lo más profundo. Los pies se me encogieron, pero dejé caer las piernas rendida para preservarme lo más entera que pudiera.

Ethan miró de reojo a la cámara.

—Es un bonito agujerito diligente, más que su dueña. Una vez que me lo haya llevado de aquí, ¿cuánto dejarás que me divierta con él antes de venir a socorrerlo, Ax?

El verdadero dolor llegó de golpe, con la penetración, en mi recoveco virgen, de lo que debían ser no uno, no dos, sino tres dedos juntos, metidos con brutalidad en toda su longitud. Me sujeté a la cadena y grité con todas mis fuerzas, sintiendo que me desgarraba.

—Sí, grita todo lo que quieras, cielo. —Me acarició una nalga con delicadeza —. Grita libremente para Ax, nadie te oirá aquí arriba.

Lo presentía: me haría sangrar.

Le golpeé el muslo con el puño para responder al dolor con más dolor, pero al segundo golpe tensó el músculo, y al tercero sentí como si golpeara acero. Lágrimas silenciosas corrían por mi nariz y acababan empapando las sábanas.

—¿Cómo pudiste resistirte, Ax? —Ethan se inclinó, manteniéndome violada, su mano libre rodeó la base de mi nalga y su boca la alcanzó. Depositó en ella besos apasionados, mordiendo, restregando sus labios como si adorara mi culo, confirmando que sus acciones no estaban dirigidas únicamente a lograr su objetivo, sino también a un placer real.

El contraste entre la penetración forzada y sus zalamerías era estridente. Sentía sus dedos doblados en forma de gancho tirar hacia arriba, llevándome a levantar las caderas para ofrecérselas mejor, y mi carne pulsaba a su alrededor en oleadas abrasadoras. Bastaban los pocos milímetros con los que los movía, como atornillándolos, para hacerme temblar inerte, y perder hasta el último rastro de fuerza en las extremidades.

Con su boca aliviaba el efecto, acercando la lengua casi a rozar la parte lastimada, y era terrible que pudiera hacerme tanto daño y a la vez ser tan intenso.

—Ni te imaginas lo que aprieta, Ax. Me está succionando los dedos. —Sus labios se abrieron sobre mi carne y lo sentí antes de que pasara: sus dientes se cerraron en un mordisco que iba dejando un moratón, cada vez más intenso.

Gemí con tono lastimero, clavando los pies, mientras el músculo de mi esfínter se contraía por un impulso sobre la presencia extraña, dedos severos y cálidos, pero más fríos de lo que se habían vuelto mis entrañas, inflamadas por la intrusión.

Dos horas, pensé. *Dos horas enteras con él me destruirán de forma irreversible.*

Cuando sentí que retiraba los dedos, contuve la respiración temiendo un desgarro, pero lo hizo despacio, minimizando el daño, que se limitó al roce en las paredes violentadas. Siseé al notar cómo se alejaban, sintiendo el vacío y un fuerte ardor.

Ethan apoyó la yema de un dedo en el agujero y alzó la mirada hacia la cámara, absteniéndose de cualquier atisbo de burla, para lanzar un ultimátum.

—La próxima vez, esta misma noche, será mi polla la que lo haga. Le follaré el culo sin piedad.

Cerré los ojos con fuerza, dejándome devorar por el miedo. No era cuestión de dos horas con él, sino de toda una noche, quizá días enteros. Mi vida, mis padres, el Caribbean Bay Cove, incluso Axel, parecían haberse vuelto tan lejanos, llevados por Ethan a una nueva realidad, del mismo modo que me había pasado antes con mi primer secuestrador.

Ethan había expresado sus condiciones, pero, tan astuto como era, no le bastó. Sus dedos indagaron más allá, bajando para abrirme de par en par la flor del sexo. Los meñiques y anulares se clavaron en mis muslos para hacérmelos entreabrir, mientras los pulgares me hacían florecer, y el índice se posaba en el centro. Sabía exactamente qué estaba mirando y haciendo, y lo odiaba aún más intensamente por ello.

Excavó con la yema del dedo, cosquilleante, recogiendo mis fluidos. Me los untó perezosamente en los labios mayores, comprobando la cantidad.

Luego, por fin, se apartó de mi espalda, levantó el pie del suelo y se tumbó a mi lado.

Liberada del peso, respiré hondo llenando los pulmones de aire. Me subí las bragas como pude, girándome enseguida de lado para alejar el culo de él.

Esperaba ver el rostro de un monstruo, pero seguía siendo el de Ethan, bello y sin imperfecciones. Casi angelical, recostado así sobre las sábanas.

Me rodeó la nuca con la mano, colándola por debajo de mi cuello, y se acercó hasta presionar su frente contra la mía. Con solo dos dedos, hizo presión en mis mejillas, obligándome a abrir la boca. Su dedo índice se coló entre mis labios, húmedo de mí, junto con algunos mechones de mi pelo, yendo a buscar mi lengua.

—Estás empapada, ojos bonitos —susurró, sujetándome contra él con la mano enredada en mis mechones—. De verdad que te excita luchar. —El verde pálido de sus iris se fragmentó en una infinidad de astillas punzantes, mientras le devolvía una mirada desafiante, aunque un poco herida—. Irá mucho mejor de lo que crees —me aseguró.

Mi respiración era rápida, compartida con él, que no tenía intención de dejarme alejar. Es más, me rodeó la cintura, tirando de mí para acercarme más.

—Ojalá hubiera más como tú.

Su pierna enganchó la mía y se metió entre mis muslos para evitar que le diera un rodillazo en los huevos. Diablos, era tan hábil moviéndose, que parecía que no hubiera hecho otra cosa que someter a chicas durante toda su vida. Y probablemente así era.

Tuve que clavar mis antebrazos en su pecho desnudo para intentar mantener un mínimo de distancia entre los dos. Intenté moverme, pero él apretó aún más el agarre de mi pelo, manteniéndome pegada a su cuerpo.

—Espero de verdad que Ax tarde mucho con ese nombre —murmuró, como si estuviera haciendo una declaración de amor—. Si te escuece ahora, ya verás cuánto lo hará después. Porque quiero tu sangre como si te estuviera desvirgando el coño, ojos bonitos.

Reuní la saliva en las mejillas.

Él fue rápido y se adelantó, tapándome la boca.

—Traga —ordenó con dureza.

Lo miré con los ojos muy abiertos, mientras me sujetaba la cabeza con fuerza.

—He dicho que tragues, puta.

Lo hice: tragué el escupitajo, con las aletas de la nariz temblando convulsas contra sus dedos. En cuanto lo hice, él me soltó lentamente los labios, mientras nuestras miradas seguían clavadas la una en la otra. Había habido algo en él —más allá de la belleza— que me había atraído de forma inexplicable. Y seguía ahí, por desgracia.

No era comparable al carisma de Axel.

Pero sabía que, si lo hubiera conocido en otras circunstancias —como él mismo había imaginado—, de noche, en la playa, libres de chantajes y de cautiverios, habría disfrutado de su temperamento de delincuente, dándome cuenta demasiado tarde de quién era en realidad. ¿El dolor habría sido igual de desgarrador, en ese caso?

Fue solo un pensamiento fugaz porque, al acercarse su rostro al mío, estuve lista para escupirle lo que me quedaba. Una gotita diminuta que acabó estallando en la comisura de su boca. Una miseria a la que él, aun así, reaccionó apretando los ojos.

Los mantuvo cerrados un par de segundos, luego sus pestañas oscuras se alzaron devolviendo vida a sus iris color pastel. Su lengua salió, recogió el escupitajo y recorrió sus labios antes de llevárselo a la boca.

El siguiente movimiento fue brusco: agarró mi camisa y la desgarró con un tirón seco, haciendo saltar los primeros botones. No tuve tiempo de apartarme; Ethan me agarró un pezón y lo usó para mantenerme de costado, mirándome fijamente a los ojos.

—¡Ay! —Le agarré la muñeca, intentando clavar los dedos entre sus tendones.

—¡Manos abajo! —gritó, estrujando el botoncito.

Un latigazo de dolor se irradió desde el pecho, borrando de golpe cualquier intento de rebelión. Gimoteé, soltándole el brazo con tal de aliviar aquella presión.

—Ponlas en mi polla, siente con tus manos lo que te espera.

La torsión que hizo me sirvió de aliciente. El brazo esposado no podía llegar, así que llevé solo la palma de la otra mano a la bragueta de sus pantalones. Noté toda la rígida consistencia del miembro que tensaba la tela, con un grosor y una longitud envidiables. Obvio, porque cuando el Creador se proponía hacer algo bien no se olvidaba de considerar nada... excepto por la pobre señorita que tendría que vérselas con eso por detrás.

—Y ahora dame la boca. —Tiró, despiadado como si fuera a arrancarme la punta del pecho, haciendo que tuviera que ser yo quien se acercara.

Mis labios temblaban cuando se encontraron con los suyos, frescos, con el labio inferior ligeramente más lleno que el superior. Él los movió en un beso lánguido, que se hizo cada vez más obsceno. Sin aflojar la fuerte presión de sus dedos, se tragó mi suave gemido y se aseguró de que mis labios estuvieran entreabiertos para recibir su lengua. Sus caderas empujaron para imprimir su polla en mi mano sudada, mientras me succionaba dulcemente, haciéndome gemir en su boca.

Sonrió ante ese gemido inequívoco, y volvió a hundir el contacto empujándome sobre la espalda, mientras las lágrimas se acumulaban, temblando sobre mis párpados cerrados. El constante tormento que sentía servía de telón de fondo a la premura de su boca. Era demasiado dolorosamente íntimo, incluso más íntimo que los dedos que me habían violado el culo, dejándolo en llamas.

Cuando se separó, me cubrí enseguida el pecho con la mano. Me presioné el pezón, que se había puesto durísimo, muy caliente y sensible. Mis ojos se abrieron justo cuando las lágrimas saladas empezaron a deslizarse por las sienes.

Él recogió una, la observó disolverse entre el roce de dos yemas de los dedos.

—¿Sabes cuál es la mejor parte? Que ni siquiera tendré que fingir contigo. Ni contenerme. Al menos hasta que consiga de Ax lo que quiero.

O sea, nunca. Tragué el aire con angustia y me aparté lastimosamente apenas un palmo, aunque sabía que era totalmente inútil. Miré hacia la puerta, buscando un milagro, el que fuera.

Axel, ¿dónde estás?

—Él no está, cariño, no puede ayudarte. —La expresión de Ethan se oscureció al mirar hacia la cámara—. Pero podrá hacerlo, solo tiene que darme

un nombre si quiere salvarte el culo. Piénsalo, ¿a que es fácil, Ax? —Se levantó, abrochándose la camisa con un gesto mecánico—. ¿Qué dices, nos largamos, ojos bonitos?

Agotada, hice oscilar débilmente el brazo esposado.

—No lo creo, la verdad...

Quién iba a decir que acabaría agradeciendo estar atada a esa cama.

—Eso no es un problema. —Desenfundó la pistola y me apuntó—. Levántate.

Mi corazón latió enloquecido. Me incorporé de rodillas en una fracción de segundo porque, joder, no hay nada como el cañón negro de una pistola apuntándote para hacerte sentir lo frágil que es la vida, sobre todo si está en manos de un hombre guapísimo y psicópata.

—¿Qué quieres hacer, Ethan?

Había cogido una almohada y se estaba subiendo a la cama con una rodilla. Su codo me empujó para que me apartara, tensando la cadena.

—Date la vuelta —dijo, mirando el acero.

—¡No, no, no! ¡No dispares! —grité, imaginando escenas en las que mi mano volaba por los aires, la bala rebotaba y acababa dándome en la cabeza—. ¡Ethan! ¡No! —Sentí la presión de la almohada sobre la cadena, contra el cabecero; tiré de ella hasta casi dislocarme el hombro intentando alejarme—. ¡Ay Dios!

¡Pum!

Caí de cara sobre el colchón, a un suspiro de desplomarme más allá del pie de la cama. Una lluvia de plumas blancas quedó suspendida en el aire antes de caer sobre nosotros. Moví la mandíbula, intentando calmar el zumbido ensordecedor que me taladraba el oído.

—Estás enfermo —murmuré, desconcertada una vez más por la escalofriante facilidad con la que tanto él como Axel sabían apretar un gatillo.

Al retirar la mano de mi oído, toda la cadena vino detrás, terminando en un trozo de metal ennegrecido.

Estaba libre. Me lancé de inmediato a gatas por el lado opuesto de la cama y logré tocar el suelo con las manos, antes de que Ethan arrojara lo que quedaba de la almohada y me alcanzara, agarrándome por las caderas.

—¿A dónde crees que vas? —Me levantó de un tirón, poniéndome de pie, con mi espalda atrapada contra su pecho y un solo brazo rodeándome, inmovilizando los míos. La presión de la pistola apuntando a mi cabeza puso fin de inmediato a mis intentos por zafarme. Estaba caliente, joder, y desprendía un acre olor a metal fundido.

—¿Lo ves? Ahora ya podemos irnos. —Nos colocó frente a la cámara, aunque con la cama de por medio—.

—Di *"chau chau, Ax"*. Despídete de tu secuestrador, cariño.

De las manos de un secuestrador a las de otro. Fantástico.

Miré a la cámara imaginando cómo aparecería en el vídeo: deshecha, el cuerpo semidesnudo bajo la camisa rota, el pelo enmarañado y el rostro desencajado, con un rastro de dolor que se dejaba ver en el balanceo de mi cabeza. No era un espectáculo agradable, aunque él ya me había visto en condiciones similares.

Era mi última oportunidad de dirigirle la palabra, antes de que Ethan me llevara.

¿Qué debía decirle? ¿"Por favor, dale ese nombre"?

Solté un suspiro ahogado por la presión con la que Ethan apretaba mi pecho y empujaba el cañón. Las lágrimas me inundaron los ojos, abriéndose paso en dos ríos que bajaron por mis mejillas.

—Joder —dije al final—. Juro que nunca más voy a perseguir una iguana azul.

—Es una pena —respondió una voz firme desde la habitación contigua—. Son animales raros y fascinantes. Parecen frágiles, pero saben resistirlo todo.

Primero apareció la pistola, asomando desde el marco de la puerta, y luego Axel, que la sostenía con una sola mano.

Capítulo 13



Ethan se hizo un escudo con mi cuerpo, retirando la cabeza detrás de la mía, mientras yo fijaba la mirada en la figura en la puerta, aturdida, preguntándome si estaba despierta.

Vestido con ropa oscura, con la gorra calada sobre la cabeza, el brazo armado firme, y la rigidez funesta en el rostro, Axel era de nuevo el sicario que había matado a Sullivan. Me escaneó rápidamente con la mirada, sin bajar su máscara de impasibilidad.

Por otro lado, Ethan tampoco se dejó desestabilizar por aquella aparición inesperada, manteniendo la sangre más fría que un témpano de hielo.

—Llegas pronto —le dijo.

—Sí, bueno, supongo que habría tenido que esperar un buen rato si hubiera ido a nuestro punto de encuentro. Total, era mejor si venía yo, ¿no?

—Axel Rage, siempre un paso adelante —comentó Ethan, con una mezcla de desprecio y admiración—. ¿Qué fue lo que me delató?

—Demasiado interés por mi ubicación.

Su respuesta me recordó su conversación telefónica, y lo nervioso que se había puesto Axel. Debió de ser entonces cuando empezó a sospechar de su cómplice.

—Curiosamente, luego mi vía de escape segura desapareció. Así que cambié un poco mis planes y pensé en hacerle una visita a Vogan: para ser alguien que

dirige una escuela de buceo, no tiene mucha resistencia bajo el agua.

Dios del cielo, había vuelto a matar.

—Ya sabes lo que dicen: hacer de la necesidad virtud —replicó el otro—. Necesitaba que retrasaras un poco más tu partida, estoy seguro de que ya has deducido la razón.

Al parecer, tenían muchas cosas que aclarar, y habían elegido justo ese momento para hacerlo. Ellos hablaban, y mi corazón tamborileaba contra el brazo de Ethan, mientras sentía cómo la tensión en la habitación crecía, tan densa como para asfixiarnos a todos.

Axel le dedicó uno de sus suspiros más pesados.

—Ni siquiera hemos cerrado el trabajo de Sullivan, y ya coges un nuevo encargo en solitario. —La pistola se movió apenas, siguiendo los movimientos de la cabeza de su cómplice, con el resultado de que era mi cabeza la que estaba bajo el punto de mira de dos armas de fuego cargadas. Axel, en cambio, mantenía el brazo armado tenso, de perfil para ofrecer el menor blanco posible —. Pero, por lo visto, aún me necesitas —añadió.

—De ti solo necesito ese nombre, Ax, y después me largo. Nada personal, ya sabes: solo trabajo. Me lo enseñaste tú.

Entonces era su pupilo. Estupendo. El arte había que transmitirlo, al fin y al cabo.

—También te enseñé a no traicionar jamás al cliente. No a ese tipo de gente que me da los encargos.

—Por eso necesitaba un pequeño y delicioso incentivo. —Ethan frotó lascivamente la mandíbula contra mi cabeza—. Porque sabía que tu respuesta sería un no, sin excepción. Excepto, tal vez, por esta. —Su boca exhaló su aliento sobre mi pelo y fue entonces cuando los ojos de Axel se encontraron con los míos. En la oscura tormenta con la que me escrutaron, leí cuatro palabras que él no pronunció.

Estoy aquí. Resiste.

Yo lo estaba intentando, aunque me sentía como un pollito entre dos bulldozers, y todavía no entendía bien por qué estaba a punto de acabar aplastada.

—¿Pero qué está pasando? —pregunté, con la respiración agitada, teniendo claro solo que estaban en juego fuerzas que iban más allá de las personas presentes en la habitación.

—Es muy simple, pequeñaja. Corrígeme si me equivoco, Nate. —Axel llamó a Ethan por lo que debía ser su verdadero nombre y empezó a recomponer el rompecabezas, aunque todavía no tuviera todas las piezas, guiado simplemente por la intuición—: Después de todo, Sullivan era el títere

de alguien que se entretiene, desde las sombras, con juegos de poder político. Un titiritero que ahora está muy cabreado porque le quitaron su marioneta. Este tipo, de algún modo, debió darse cuenta de que Nate estaba involucrado, pero en lugar de denunciarlo, pensó que contratarlo sería la forma más sencilla de dar con el autor intelectual y liquidarlo, volviendo a su propio sicario contra él. Por desgracia, sin embargo, Nate no tiene ni idea de quién encargó el asesinato, porque esta persona solo trata conmigo. Por eso necesita que sea yo quien le dé ese nombre, para que pueda identificarlo y matarlo.

Explicado así, parecía enrevesado, pero menos absurdo de lo que aparentaba.

—Yo mismo no lo habría dicho mejor. —Fue la confirmación.

—¿Y tú aceptaste? —Axel frunció el ceño—. ¿Qué coño te pasa, Nate?

Ethan, o mejor dicho, Nate, soltó una risita desdeñosa.

—¿Quieres saber qué me pasa? Esta vez mi tapadera no aguantó, y yo no tengo los contactos que tienes tú. No tengo elección. *Tengo* que terminar este trabajo, o pondrán un precio por mi cabeza que, joder, hasta tú podrías querer cobrar.

—¿Eso piensas? ¿Que te mataría por una recompensa? —Asintió con los ojos desorbitados, la respiración acelerada en resoplidos nerviosos. De la curva disgustada de su boca salió una voz baja, confidencial, del tipo que solo usarías con un amigo—: ¿Después de todas las veces que nos hemos cubierto el culo el uno al otro?

Nate vaciló, literalmente tambaleándose sobre los pies.

—No lo sé, Ax. Dímelo tú. —Sonó... herido, para mi gran sorpresa, como si la idea de que el hombre frente a él pudiera matarlo le doliera.

—¡Bueno, que te den! —gruñó Axel, profundamente contrariado—. La respuesta es no. —Estiró el hombro, cansado por mantener el músculo tenso tanto tiempo—. No por una recompensa ni por un contrato de mierda, sino para salvarla después de que me traicionaste... Solo tienes que ponerme a prueba.

—Es justo lo que estoy haciendo.

El chasquido metálico del arma contra mi cabeza me provocó una oleada de sudor frío, y una gota resbaló por mi sien. Ya ni siquiera me atrevía a respirar, aturdida por todas aquellas revelaciones: ¿de verdad Ax le dispararía al hombre que parecía ser mucho más que un simple cómplice solo por salvarme a mí?

—Ya te di mi respuesta, pero la verdadera pregunta es: ¿y tú? —Contra toda lógica, Axel bajó lentamente el brazo armado. Se agachó hasta dejar la pistola en el suelo—. ¿Usarías contra mí todo lo que te he enseñado? —Le dio una

patada al arma, enviándola a un rincón lejos de la cámara y luego entró en la habitación—. No lo creo. Y en cualquier caso... me necesitas con vida.

—¡Atrás! —Nate apuntó el arma hacia él, y aquel loco avanzó como si estuviera hecho de titanio. En ese momento, como mi agresor sabía mejor que nadie quién se le venía encima, disparó.

Grité con todo el aire que tenía en los pulmones, temiendo que le hubiera dado. Solo después, al reabrir los ojos con el estruendo de la explosión en mi cabeza, comprendí que había sido un disparo de advertencia.

Axel seguía en pie. Lo vi por un instante, agacharse ileso al otro lado de la cama, mientras Nate me arrastraba un paso hacia atrás, gritándole:

—¡Atrás!

Vi la cama alzarse sobre dos patas, como un muro que se nos vino encima con una furia inaudita, acompañada de un chirrido estridente. Nate intentó resistir el impacto, sosteniéndome; el colchón me golpeó en la cabeza, y el somier con el armazón nos cayeron encima, aplastándonos bajo su peso.

Caímos al suelo, junto con la mesita de noche. Nate amortiguó en parte mi caída, llevándose lo peor del impacto, pero algo me golpeó las piernas y el peso de la cama me presionó contra su pecho.

Gruñó mientras hacía fuerza con los brazos para levantar aquel pesado amasijo, y por fin me soltó. Yo hice lo mismo, ignorando cualquier dolor, presa de una urgente sensación de asfixia. La cama pareció levantarse apenas un poco, pero desde abajo. Una mano me atrapó el tobillo y tiró con fuerza, arrastrándome.

Nate se dio cuenta de que mi cuerpo se escurría y soltó la pistola para agarrarme rápidamente de los brazos. Exhalé un gemido dolorido, sintiéndome estirar como una banda elástica entre dos que pelean, hasta que el agarre de Nate perdió firmeza y fui arrastrada por el parqué, restregando el trasero contra el suelo, mientras la camisa se me subía hasta los hombros.

En cuestión de segundos, ya estaba completamente fuera. Apenas pude asimilarlo, cuando Axel ya me estaba agarrando por las axilas y poniéndome en pie. Antes de que recuperase el equilibrio, me lancé directamente a sus brazos. Él me recibió con un abrazo fortísimo que no alcancé ni a saborear, porque enseguida me empujó hacia atrás.

—¡Corre!

La cama crujió, tambaleándose por completo: Nate estaba saliendo de debajo.

Su brazo se lanzó hacia adelante para agarrarme un tobillo. Di un salto hacia atrás, recibiendo un empujón más de parte de Axel.

—¡Vamos! ¡Corre! —me apremió.

Di dos pasos tambaleantes hacia atrás, viendo cómo la cama se alzaba en vertical. Entonces me giré y salí disparada.

Crucé corriendo la sala de estar, entre un amasijo de objetos volcados. Me lancé directamente hacia la puerta de entrada, que estaba abierta de par en par, la atravesé, reduje la velocidad al ver las chanclas que tantas veces había notado en el porche y me abalancé sobre ellas. Me las puse a toda prisa y reanudé la huida, bajando los escalones del porche y echando a correr por el primer sendero que encontré. Los rayos del sol filtrándose entre el follaje me acariciaron la piel, el aroma del bosque me llenó los pulmones y las hojas rozaban mi cuerpo lanzado a toda velocidad.

Era libre.

Se había acabado. Podía volver a casa.

Tenis, reptiles, cervezas al atardecer, agua de mar, peleas con mis padres, prácticas de formación, y amigos con los que bromear.

Axel me había dejado ir.

Había elegido salvarme a mí.

Se había asegurado de alejarme del peligro, aunque dejarme escapar pudiera significar ser localizado por quienes lo perseguían, arriesgar su libertad o incluso su vida... cosa que ya estaba poniendo en juego al enfrentarse a ese psicópata de Nate.

Él, de todos modos, me había elegido a mí.

A mí.

Mis zancadas se ralentizaron.

Me detuve, apoyándome contra un tronco, jadeando por el esfuerzo, con la esposa rota colgando de una muñeca.

Miré hacia atrás, en dirección a la cabaña, alcanzada por el estruendo lejano de muebles destrozándose dentro.

Algo pareció romperse también dentro de mí.

Ya estaba llena de moretones y escozores, pero... me llevé una mano al pecho. Y entonces entendí por qué no podía seguir avanzando: una parte de mí se había quedado allí dentro. La parte que, después de haber sido secuestrada, había luchado sacando las agallas. Que había llorado y se había descubierto a sí misma en largas horas de espera, confidencias y silencios malhumorados. Que, lejos de todo lo que le daba seguridad, había sido puesta a prueba, mimada, castigada, consolada; que había tenido sexo... y luego hecho el amor. Que se había creído sola, y nunca lo estuvo, porque él había estado siempre ahí.

No estaba lista para abandonarla a ella y abandonar al hombre que la había hecho vivir.

Tenis, reptiles, cervezas al atardecer, agua de mar... todo lo que representaba la Harper de antes, me pareció irrisorio en comparación con lo que se había quedado allí dentro.

Me pasé una mano por la mejilla y miré los dedos: estaban húmedos.

Mis ojos estaban llorando sin que me diera cuenta.

—¡Joder, qué cojones...! —emulé a Axel con uno de sus suspiros más pesados, apreté el trozo roto de la esposa en el puño y eché a correr, de regreso. Aceleré cada vez más, tanto como me lo permitían las chanclas, volando hacia aquel que me había secuestrado y usado.

Voy...

No sabía lo que haría, solo sabía que perseguir una iguana azul no había sido ni remotamente tan estúpido como lo que estaba haciendo.

***

Llegué a la habitación jadeando, y encontré a los dos hombres en el suelo, en el rincón opuesto al de la cama, en plena pelea. Respiraban con dificultad, los músculos tensos y los rostros contraídos en expresiones feroces.

Inmovilizando a Nate con una rodilla, Axel le estaba dando un puñetazo en la mandíbula que hizo que su cabeza golpeara el suelo de madera con un golpe seco.

Nate recibió el golpe entrecerrando los ojos, pero reaccionó rápido. Agarró a Axel por el cuello de la camisa y lo tiró hacia abajo con un solo y violento tirón, asestándole un cabezazo devastador en la nariz. El sonido de huesos y cartílagos húmedo fue algo repugnante.

Dando un respingo, busqué algún objeto útil a mi alrededor. En un vistazo rápido, divisé la pistola todavía abandonada en la esquina de la habitación, inalcanzable más allá de sus cuerpos tendidos.

Axel se llevó una mano al rostro, cegado por el dolor y la sangre que empezó a brotar abundantemente, acompañada de un excesivo lagrimeo. Nate se aprovechó, más rápido de lo que pude concebir, hizo palanca con una pierna para tumbarlo en el suelo y tomar la delantera.

Ese bastardo era fuerte, ágil, tan imponente como su maestro, y endiabladamente astuto. Logró someterlo y asestarle un buen puñetazo, para luego lanzarse hacia el rincón que yo misma había visto. Su objetivo era alcanzar la pistola.

Axel le agarró las piernas con las manos manchadas de sangre, pero una se le escapó debido a la furia con la que Nate empezó a patear. La palma de Nate tocó el suelo, cada vez más cerca del arma, y en ese momento mis piernas reaccionaron.

No hubo dudas, porque cuando lo único que puedes hacer es una sola cosa, debes decidir al instante si hacerla o no. Y, si eliges hacerlo, todas las incertidumbres desaparecen.

Corrí para saltar sobre ellos: me lancé encima y tropecé entre el torbellino de sus piernas, cayendo sobre Nate. Terminé con las costillas sobre su cabeza y logré alcanzar primero la pistola, ganándole por un suspiro.

Le di un manotazo al arma para alejarla. Fue un impulso, pero también lo más sensato: si la hubiera agarrado, habría corrido el riesgo de que me la arrebataran, y Nate habría acabado quedándose con la pistola de todas formas.

Frustrado por mi movimiento, gruñó con rabia al levantar el torso. Mis manos perdieron el contacto con el suelo y un miedo atroz a caer de nuevo en sus garras me oprimió el pecho. Me lancé hacia un lado para escapar y aterricé de culo. Me arrastré sobre él, empujándome hacia atrás con los pies, demasiado lenta para esquivarlo: sus dedos se cerraron alrededor de mi tobillo.

Lo que lo detuvo fue el codazo que Axel le propinó en el plexo solar. La presión se aflojó, permitiéndome zafar el pie, mientras Nate intentaba volver a poner en marcha el diafragma y recuperar el aliento.

Axel no le dio tiempo. Le asestó un potente derechazo en la boca del estómago que lo hizo doblarse hacia delante. Aprovechando la cercanía, le dio un bofetón con fuerza en la oreja para aturdirlo aún más, y luego se lo quitó de encima de un empujón.

Nate se tambaleó hacia un lado, con la cabeza gacha y aturdido por los golpes, tardó en reaccionar, como si de repente ya no encontrase una razón de peso para hacerlo. Al levantar la mirada, sus ojos se abrieron de par en par, al igual que los míos, al ver lo que yo veía: Axel, libre y de pie ante nosotros, se había apoderado de la pistola.

Tensó el brazo, alzó el mentón con desdén, el rostro convertido en una máscara de sangre. Había ganado, podía terminar ahí, pero no, él disparó.

A la detonación ensordecedora se unió el lúgubre gruñido de Nate, alcanzado por la bala: sonidos dramáticos que quedaron grabados en mi memoria para siempre, tan parecidos al disparo que mató a Sullivan, aunque con un carácter diferente.

—Esto es por haber tocado lo que es mío —sentenció Axel, bajando el arma.

Solo entonces reuní el valor para volver a mirar y bajar las manos que me había llevado a los oídos.

Nate seguía con vida, encorvado sobre la espalda.

Se arrastró penosamente por el suelo, sujetándose un hombro, hasta alcanzar la pared más cercana. Se apoyó en ella para mantener el torso erguido, sentado como una muñeca rota. Su rostro, antes hermoso, se contrajo en una mueca de dolor, intentando resistir con la respiración entrecortada, casi un estertor.

Axel había apuntado para herirlo, no para matarlo.

No sé bien qué sentí al verlo así, pero mentiría si dijera que me dio pena. Intenté encontrar en mí una pizca de reproche por el gesto innecesario de Axel, y no encontré nada.

En la trayectoria de mis ojos que no se apartaban de él, se interpuso una mano ensangrentada, con los nudillos amoratados. Me la ofrecía tal cual, y yo la agarré sin ningún asco, incluso amándola tal como era.

Me dio la fuerza necesaria para ponerme en pie y me acogió cuando mi frente se dejó caer, descansando sobre su hombro. A salvo.

Axel me abrazó con fuerza, nos quedamos así durante varios minutos, hasta que el gruñido apagado con el que Nate aguantaba el dolor lo distrajo.

—Dame solo un par de minutos, pequeñaja. —Me dio un beso en la cabeza —. Tengo que hablar con él, no hace falta que te quedes.

—Quiero quedarme. Madre mía... cómo estás —extendí la mano para tocarle el rostro—. Te cojo unos pañuelos.

Él me agarró la mano antes de que llegara al hematoma que se estaba oscureciendo en la mandíbula. Se tomó su tiempo para mirarme con otros ojos: después de tanto tiempo huyendo, cuando por fin había tenido la oportunidad de escapar... había vuelto.

Asintió con una cálida luz en los ojos, asimilando aquella novedad, y me soltó. Luego recogió una silla que había caído al suelo y la arrastró hasta colocarla frente a Nate. Se dejó caer en ella con pesadez.

Nate alzó la cabeza con lo que pareció un esfuerzo descomunal. Tragó saliva con fuerza, apoyando la nuca contra la pared.

—Bueno, esto se va a poner interesante ahora —levantó la mano para palpar debajo de la mancha escarlata que se iba extendiendo sobre su camisa clara—. Lo consideraré un anticipo.

Esperaba lo peor. Había perdido toda posibilidad de obtener el nombre que buscaba, y con ello, la de salirse con la suya. Tenía una bala atravesándole el hombro. Y aun así, seguía siendo capaz de usar el sarcasmo para hablar de su propio destino.

Axel cogió las servilletas de papel que le había traído a toda prisa. Se secó debajo de la nariz y se limpió la boca.

—Aclárame una cosa —dijo, tocándose el cartílago mientras comprobaba su estado con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué no soy un objetivo igual que mi cliente?

La comisura de los labios de Nate se curvó en una sonrisa torcida.

—Ah, lo eras —tosió, apretándose con más fuerza el hombro, como si intentara reanimar un miembro sin vida. Su voz sonaba ronca—. Renunciar a mi pago fue un buen incentivo para que se echaran atrás, pero convencerlos de que estarías de su parte fue el plato fuerte.

Nate había protegido a su verdadero mentor, después de todo, mintiendo y renunciando al dinero para conseguirlo.

—Ya sabías que no iba a aceptarlo, por eso decidiste llevarte a Harper para conseguir el nombre del objetivo y hacer el trabajo por tu cuenta. —Axel me rodeó la cintura, atrayéndome para que me sentara en una de sus piernas.

—Por si sirve de algo, te la habría devuelto entera —le respondió Nate.

—¿Entera? —exclamé airada, ya que todos sabíamos que "entera" no significaba "ilesa".

Axel, en cambio, debía haber apaciguado, al menos en parte, su rabia al apretar el gatillo, para luego poner en marcha el piloto automático del sicario que llevaba dentro. Lo que el sicario quería ahora era limpiar la situación de forma definitiva, y para ello tenía que desenredar todo el lío.

—Deberías haberlo hablado conmigo.

El otro dejó caer la cabeza pesada contra la pared, de lado.

—Lo siento mucho, pero lo único que puedes hacer con una recompensa, Ax, es cobrarla.

—No lo creo —se pasó la lengua por los dientes, limpiando un poco de la sangre que los manchaba—. Me has roto la nariz, hijo de puta —gruñó, presionando el papel absorbente sobre sus fosas nasales húmedas.

—Tú me has disparado... —murmuró el otro.

¿Estaba bromeando?

—En los huevos, debería haberte disparado —repliqué entre dientes.

—Ahora escúchame bien. —Axel le dio una pequeña patada en el pie para captar toda su atención, por encima del dolor que debía estar sufriendo—. No acepto amenazas de recompensa de un mandante. Haremos el trabajo, solo que no el que ellos esperan. Y lo haremos a mi manera.

Como respuesta, Nate soltó una risa débil.

—¿Quieres cargarte a mi cliente?

—¿Prefieres darme caza?

Con esa pregunta, Axel vio cómo el semblante de Nate se oscurecía de repente, tornándose tan serio como la muerte, entendiendo que estaban realmente negociando.

—Prefiero morir como objetivo de una recompensa que dándote caza a ti.

Entre ambos pasó una mirada cargada de entendimiento, cultivada durante años, con parámetros muy distintos a los de la gente normal. Las personas normales no hacen pactos después de haberse agredido y disparado.

—Bien, entonces *los dos* eliminaremos a tu cliente, tan pronto como salga de esta maldita isla. —Se apoyó en el respaldo, echando la cabeza hacia atrás, aunque la hemorragia ya se había calmado—. Y ahora desaparece, ese gilipollas de Vogan te espera en el muelle.

Así que no lo había matado.

El silencio de asombro se prolongó hasta que Axel enderezó la cabeza.

—No me mires con esa cara —le dijo a su cómplice—. Quería asegurarme de que te largaras, y Vogan se ofreció *amablemente*.

—*Amablemente*, sí, claro. Al final, servirá para algo. —Nate separó la espalda de la pared, palpándose detrás del hombro.

—Déjame ver. —Axel se levantó, se inclinó junto a Nate y miró su espalda, examinando el agujero que había dejado la bala.

—¿Ha salido? —le preguntó.

—Sí.

—Qué pena —comenté arrugando la nariz.

—Ojitos bonitos... —El sadismo de su sonrisa se había atenuado, aunque seguía dando escalofríos—. Me gustaría decir que "no fue nada personal", pero sería una chorrada. Tú me gustaste desde el principio.

¿Después de todo lo ocurrido, todavía tenía el valor?

¿Es que no se daba cuenta de lo que me había hecho?

Me lancé de rodillas hacia él y le agarré del hombro, presionando con el pulgar sobre la herida.

—Dime, Nate, ¿te escuece?

Tenía que sentir el dolor que me había causado.

Él soportó el dolor con la mirada vidriosa, consciente de la amenaza silenciosa que suponía la presencia de Axel si osaba moverse.

—Casi tanto como te habría escocido a ti esta noche, cariño —jadeó, tratando de llenar los pulmones de aire.

—Un poco más, pequeñaja —Axel colocó su mano sobre la mía y me ayudó a hundir los dedos en la carne cálida, húmeda y pegajosa—. A Nate le gusta fuerte —se burló de él.

La viscosidad, unida al sutil sonido de la carne desgarrada, me dio un asco tremendo, pero la palma que envolvía mi mano, guiándola, me dio el valor para saborear aquel sutil regusto de codiciada venganza.

Un hilo de sangre me corrió por la muñeca.

Nate apretó los dientes con la respiración jadeante. Las pupilas se le dilataron, volviéndose ausentes, y luego la tensión de su cuerpo se desplomó, dejando caer lentamente la cabeza sobre el hombro.

Se había desvanecido.

Apagado.

No era más que un enorme interruptor que yo había girado hacia el "off". Bajé el brazo, exhalando por la boca aquel olor metálico de capas de sangre y sudor, y me sentí mejor.

Capítulo 14



Fueron necesarios veinte minutos para que Nate se recuperase y se marchara de la cabaña. Lo oí alejarse, encerrada en el baño, donde me había quedado un buen rato, intentando lavar incluso lo que no se podía lavar, mientras Axel se encargaba de poner la habitación en orden.

La cabaña había vuelto a la calma, con algunos daños menores: un agujero en la pared, una almohada reventada, una mesita astillada, cosas por el estilo... y algunos daños más importantes en nosotros. Lo que más me preocupaba era la nariz magullada de Axel, aunque él aseguraba que el hematoma se extendería alrededor de los ojos si el golpe hubiese causado una fractura seria.

Sentado en la cama, dejó el vaso en el que había disuelto los analgésicos, primero para mí y luego para él.

—Ven. —Abrió los brazos.

Fui a meterme en medio, envuelta en un suave albornoz blanco. Me acomodé, cerré los ojos y lloré.

Miedo, tensión, dolor: necesitaba sacarlo todo y dejarlo fluir con mis lágrimas. Axel me dejó desahogarme sin decir nada, tal y como necesitaba que hiciera, trazando pequeños y reconfortantes círculos en mi hombro. La rigidez de su pecho con mis sollozos, de vez en cuando, hablaba por él. Continuó hasta que el llanto se agotó solo, y poco a poco me tranquilicé. Adormilada en su abrazo, recuperé mi equilibrio.

—Regresaste —dijo de repente, en tono pensativo—. ¿Por qué?

Estiré las piernas.

—¿Y tú? ¿Por qué me dejaste libre?

Ninguno de los dos quería expresar en voz alta cosas que no tenían ni pies ni cabeza.

—Prioridad —respondió con pragmatismo—. Alejarte del peligro era la prioridad. —Luego, algo menos concreto, añadió: —Y confianza. —Una palabra sencilla que, en nuestro caso, significaba mucho más.

Díselo, Harper, dile lo que sientes, me animaba una vocecilla interior. Pero era difícil expresar algo que ni siquiera yo entendía.

—Miedo —articulé. *Miedo de lo que pudiera pasarte*—. A las arañas. Volví porque la selva está llena de ellas. Demasiado arriesgado.

Él sonrió.

—Claro. ¿Qué otra cosa sino? —Solo llevaba puestos los pantalones de un chándal, y su voz, con mi oído apoyado en su pecho desnudo, resonaba profunda, tranquilizadora por un lado, sombría por otro.

—Vas a matar a más gente —reflexioné, intentando desentrañar lo que me hacía sentir pensar eso de él mientras estaba acurrucada contra su cuerpo.

—Sí —respondió con sinceridad, incluso con frialdad. Siempre era así cuando se trataba de matar a alguien.

—¿Lo harás para proteger a Nate?

—Mataré para protegernos a los dos. Y para limpiar todo esto. —Luego ocurrió algo extraño: pareció que quería justificarse—. Tengo que hacerlo, pequeñaja, para que otros no crean que pueden actuar igual, amenazándonos, convirtiéndonos en un blanco para obligarnos a entrar en sus sucios juegos de poder.

En realidad, Axel Rage no necesitaba ni mi aprobación ni mi opinión. Era un asesino competente que actuaba por su cuenta, y lo único que yo podía hacer al respecto era acostumbrarme.

Me apoyé en su pecho para incorporarme.

—Intenta no secuestrar a más chicas, ¿vale?

—Dudo que encuentre a otras tan atrevidas e insolentes. —Me pasó un brazo por debajo de la axila para atraerme hacia él, y alargó el cuello hasta alcanzar mi boca.

Abrí los labios para acogerlo. Casi llegó a rozármelos, pero cuando su mano se movió, deslizándose suavemente por mi pecho, fue suficiente para que el pezón amoratado me hiciera retroceder con un gemido.

Axel me observó con el ceño fruncido, esperando una explicación que no le di.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó.

—No quiero hablar de eso. —Una lágrima rezagada se deslizó por mi mejilla. No era justo que Nate siguiera interponiéndose entre nosotros, y mucho menos que aún lo sintiera sobre mi piel, con ese escozor que renovaba su presencia una y otra vez.

—Desde que se fue estoy esperando a que te decidas a contármelo. —Tomó el borde de mi albornoz para mirar por debajo.

—Me hizo daño. Punto —me solté, apartándome.

Me sentía violada, sentía que Nate se había quedado con algo de mi cuerpo, como si me hubiera despojado. Sabía que no debía sentir vergüenza, pero aun así la sentía. Que hubiese deseado a ese hombre tan guapo en el Caribbean, y que luego me mojara en aquella habitación por su mezcla letal de sensualidad y sadismo, sólo empeoraba mi estado emocional.

—Está bien, no hace falta que me lo digas. —Axel abrió el cajón de su mesita de noche y sacó unos auriculares bluetooth junto con un móvil. El del vídeo.

Me estiré para arrebatárselo de la mano.

—¿Qué haces?

Él se protegió con un brazo, apartando el teléfono.

—¿Prefieres contármelo tú?

—Por favor... déjalo.

—No. No puedo hacer nada para ayudarte si no sé lo que ha pasado.

—Ya has hecho mucho: le has disparado.

—Sí, y ya ves lo útil que ha sido si ni siquiera puedo besarte —se puso el auricular.

—Sí que puedes besarme... —mascullé, pero mi voz era un susurro apenas audible.

—No mires, pequeñaja. —Apartó la almohada que nos había quedado, la que tenía en la espalda, y la puso contra el costado de su torso. Levantó un brazo, invitándome a apoyar la cabeza allí—. Túmbate un rato aquí.

Tenía tan pocas ganas de luchar, y aquel rincón mullido contra él era tan apetecible, que lo hice, tumbándome de lado con las piernas encogidas, girada hacia él. Desde allí, inclinando un poco la cabeza hacia atrás, pude ver lo que él veía y observar la escena desde su misma perspectiva.

—No mires —bajó la mano, tapándome los ojos, como si fuera un vídeo para adultos que no se puede mostrar a una niña.

—Estoy yo en ese vídeo, sé muy bien lo que pasa.

—Por eso mismo. Ya lo has vivido bastante.

En eso, no le faltaba razón.

Me costó, pero acerqué el mentón al esternón y cerré los ojos, rozando con las pestañas la palma de su mano.

—Bien hecho, pequeñaja. Descansa. —Su mano se posó sobre mi cabeza —. Ahora todo está bien —murmuró ensimismado, apartándome suavemente el pelo en finos mechones, mientras los cambios de luminosidad del vídeo en reproducción llegaban a mis párpados cerrados.

Descansé, pero para nada tranquila. Me había dado por vencida enseguida porque ese día estaba cansada de luchar, pero también porque una parte de mí quería que él lo supiera. Él y nadie más, porque había entrado tan a fondo en mi intimidad que, al fin y al cabo, algo que me hacían a mí, de alguna manera, me parecía que también se lo hacían a él.

Al cabo de un par de minutos de empezar la reproducción, sus dedos se detuvieron, inmóviles, sobre mi pelo. Un largo suspiro le contrajo el abdomen. Intenté retirar el brazo que había apoyado sobre él, pero me lo retuvo rápidamente para que no me apartara.

Espié su expresión, que no dejaba entrever nada más que concentración, con la mirada fija en la pantalla.

El tiempo no pasaba.

Empecé a mordisquearme un labio, preguntándome en qué punto estaría de aquella cosa pornográfica en la que yo era la protagonista. Lo supe cuando distinguí mi grito incluso a través de sus auriculares. Una profunda arruga se formó entre las cejas de Axel, que se oscurecieron como una tormenta. Tocó la pantalla, probablemente para retroceder o ampliar. De nuevo mi grito, y otra vez. El estómago se me revolvió tanto que ya no pude quedarme allí y me quité de encima para sentarme con las piernas cruzadas y pegadas al pecho.

Él no se dejó distraer, por lo que esperé así, a merced de una sentencia que no llegaba, hasta que apagó el móvil y lo guardó en la mesilla de noche junto con el auricular. Los movimientos lentos y calibrados de quien se esfuerza por ejercer el máximo control sobre sí mismo, la expresión insondable.

—Sé lo que estás pensando —me adelanté.

—¿Ah, sí? —Se quitó el cojín del costado y lo golpeó contra el cabecero—. Entonces sabes que, en cuanto termine el trabajo, le voy a romper esos tres dedos.

—No, yo... Oh.

Sentía que era perfectamente capaz de hacerlo de verdad, y en ese momento me pareció la cosa más romántica que me habían dicho nunca.

—¿Entonces no crees que me lo haya buscado?

—¿Solo porque te sentías atraída por él? No digas tonterías. Nate gusta e intimida, que lo vieras como un reto solo te da más carácter.

—Me mojé —me acusé a mí misma.

—Eres lo bastante inteligente como para llegar a esta conclusión por ti misma, pero si necesitas oírlo, te lo diré: Nate te estimuló, sabe muy bien cómo hacerlo, y quiso jugar contigo. Somos humanos, no máquinas. —Se inclinó para coger el bolso negro que volvía a estar debajo de la cama—. El hecho de que se fijara en ti y desarrollara una debilidad por ti es algo bueno. No quiso hacerte daño.

—¡Me ha hecho muchísimo daño! —estallé, indignada, encerrada en mi caparazón de brazos y piernas.

—No lo pongo en duda. Pero cuando Nate quiere hacer daño de verdad, mutila partes del cuerpo —abrió la cremallera y empezó a rebuscar en la bolsa —. Empezando por los dedos de los pies.

—Hostia puta... —Eso lo elevaba a un nuevo nivel de psicopatía. Instintivamente, encogí mis extremidades, a salvo por un milagro, o por una inesperada alineación de los planetas.

Axel puso en la cama una caja de metal con una cruz roja encima.

—Túmbate, pequeñaja.

Apoyé la barbilla en las rodillas, con recelo.

—¿Por qué?

—Imagino que te escuece.

—Pues no, no te puedes ni imaginar en cuántos sentidos me escuece —le garanticé, balanceándome hacia adelante y hacia atrás.

Él dejó la caja a un lado y vino a sentarse detrás de mí. Sus piernas dobladas me rodearon por los lados, su amplio pecho envolvió mi espalda y sus brazos me encerraron en un capullo.

Y mi vaivén se convirtió en su arrullo.

—Pasará —dijo—. Eres fuerte, todo pasará y se convertirá solo en...

—No lo digas. —Me habría hecho llorar de nuevo y no quería.

—Sí, pronto serás libre de volver a casa y todo esto, desde el principio hasta el final, se convertirá solo en un mal recuerdo.

—No, Ax. ¿No entiendes? —Giré el cuello para encontrarme con sus ojos —. El recuerdo de estos días contigo no será solo... malo. —Y al final lo dije, me salió sin filtros—: Será también el más bonito que tengo.

Sus pupilas se dilataron, su rostro se suavizó con una sorpresa teñida de una esperanza hasta ahora desconocida. Sus brazos me rodearon en una jaula protectora, y su boca inhaló aire para replicar, pero antes de que pudiera hacerlo, el pánico de lo que iba a escuchar me golpeó, y me apresuré a concluir por ambos:

—Y es atroz, porque tú eres un asesino, das miedo. No es posible aceptar lo que haces y lo que eres.

Axel volvió a cerrar la boca.

—Exacto —asintió con una decepción consciente en los ojos—. Pero no te mortifiques, y deja que algunos recuerdos sigan siendo bonitos, a pesar de mi papel. Recuerda lo que te dije: deja ir las cosas. Acepta lo que fue y no te quedes dándole vueltas. Hay una razón para cada cosa que solo verás una vez alcanzado su propósito. No antes.

Dejó caer los brazos, y al sentirlos alejarse, experimenté una sensación prematura de pérdida, aunque él seguía allí para mí.

Axel sacó un tubo de la caja de primeros auxilios.

—Esta pomada es milagrosa para las heridas abiertas. Te ayudará.

Me sentía un poco reticente al respecto. Observé el envase, con un nombre perfectamente acorde con lo que prometía: "Medifast". Me incorporé en cuclillas para cogerla y me dirigí al baño para encerrarme.

Axel, sin embargo, la retuvo. Sus dedos se cerraron firmemente, sin intención de cedérmela.

—No querrás... —Tiré hacia mí.

Él tiró hacia él.

—Yo me ocupo.

—¿Por qué tengo la sensación de que solo quieres tocarme donde él me tocó? —La simple idea me provocó un hormigueo intenso en el bajo vientre.

—Me molesta bastante saber que Nate ha llegado donde yo no he estado. —Axel finalmente soltó el tubo—. Pero si prefieres, puedes esconderte en alguna parte como un cachorro herido y aplicarte la pomada sola. —Agarró un extremo del lazo de mi albornoz y me acercó, dándole vueltas en la mano derecha. La izquierda se posó en mi mandíbula, sujetándome el rostro—. Sin embargo, lo que vi en ese video no debería ser el recuerdo más fuerte de este día. No puede serlo. ¿Entiendes lo que quiero decir, pequeñaja?

Al principio no lo cogí: ¿cómo podía un dolor tan íntimo y agudo ser superado por algo más? Debería haber sido algo más... fuerte e intenso, no un simple tubo de crema. Lo busqué en sus ojos, que se habían vuelto turbios y apremiantes; entonces lo entendí y caí sentada sobre mis talones.

—Quieres hacer lo que él me prometió que me haría. —Sodomizarme. Incluso la palabra me provocaba escalofríos, pero fue fácil comprender sus motivaciones—. Eres como un perro que se mea en su territorio para ahuyentar el olor de los demás.

—Sí, es probable, suelo ser práctico y resolutivo, lo sabes. Me ha tocado mucho los huevos ese vídeo, así que ahora tengo un deseo feroz de borrar su

huella en ti y sustituirla por la mía. —La mano dio otra media vuelta en el cordón, haciendo presión con el puño sobre mi abdomen. Tiró de los cabellos bajo mi nuca, haciéndome reclinar la cabeza ante su dominio—. Quiero borrar de un plumazo este puto día, estar dentro de ti con un gran "que te den, eso no fue nada comparado con esto, porque esto es el olvido, y después de esto se acabo todo". Y quiero que estés bien mientras sucede.

La emoción que me provocó se apoderó de mi garganta. Fue tan convincente que, al imaginar la escena, me pareció sentir su calor dentro de mí, me mecía y se apoderaba de tanto espacio que ya no quedaba lugar para nada más. Él era el único que realmente podía darme esto, de la forma en que lo necesitaba, y adoré que en lugar de retroceder, inseguro, tratándome como algo roto y frágil, hubiera dado un paso al frente con el ardor de un hombre que sabe lo que quiere.

Lo tomé de la nuca y lo atraje hacia mí, dándole un beso ofuscado, lleno de mi confusión.

—Me gustaría tanto —murmuré, sintiendo cómo mi corazón temblaba por el miedo, porque no estaba en absoluto lista para eso.

—¿Qué te gustaría exactamente? —me preguntó, para asegurarse de haberlo entendido bien.

—Sería fantástico poder decir ese "que te den". Un "que te den" de los grandes.

—Entonces hagámoslo juntos. —Su pulgar acarició mi mejilla—. ¿Estás lista?

No, para nada.

—Creo que sí.

Él sonrió, pero no era una sonrisa divertida, sino solo de orgullo.

—Primero te dolerá, mucho. Probablemente, dadas las circunstancias, incluso más que con Nate.

—Pues no me digas... —Arrugué el rostro en una mueca—. Primero intentas convencerme y luego disuadirme. ¡Decídete, santo cielo! —le di un empujón—. Tienes que ser tú el que esté firme y seguro aquí, porque yo soy la que ha pasado por todo esto y necesito sentir que sabes lo que haces.

Dio un tirón al cinturón de felpa.

—Sé lo que hago, solo quería asegurarme de que tú también lo supieras. Seré tan firme y decidido como sea necesario, te lo aseguro, pero no más, precisamente porque estás herida. Y ya sé que ir despacio será un infierno para mí. —Extendió la mano, con la palma hacia arriba.

Lo estudié por un momento, respirando profundamente para intentar calmarme, pero no lo conseguí. Dudé, sintiendo que su silenciosa espera me

servía de acicate.

De acuerdo, que le den, hagámoslo.

Le entregué el tubo de pomada.

—Mi madre tiene razón: estoy como una cabra.

—Si no lo estuvieras, no habrías conseguido hipnotizarme, pequeñaja —replicó, desenroscando el tapón del tubo—. Túmbate boca abajo. Iremos poco a poco y podrás pararme cuando quieras.

Una gran novedad, ya que nunca había conseguido detenerlo en ninguna circunstancia. Estiré las piernas e hice lo que me había dicho. Nada de ir poco a poco, esto estaba sucediendo demasiado deprisa, joder.

Axel apagó la luz, dejando encendida solo una lámpara. Subió el dobladillo de mi albornoz hasta las caderas y me bajó las bragas, quitándomelas de los pies. Su mano se metió de lado entre mis rodillas apretadas.

Respiré hondo para tratar de mantener la calma, apoyé la mejilla en el colchón y me llevé un nudillo a la boca.

—No temas, pequeñaja. No hay nadie que quiera hacerte daño ahora. —Aunque de todas formas me lo haría, oírle decir eso me sirvió de consuelo—. Abre las piernas. Solo un poquito. —Presionó ligeramente para que las apartara un palmo.

Sus dedos recorrieron el interior de mis muslos, haciéndome cosquillas. Llegaron a acariciarme las nalgas, acercándose a las zonas erógenas para llevarme a un estado de relajación sensual.

Él apartó uno de mis cachetes y la caricia se hizo más atrevida. Me tensé de inmediato al sentir la piel tirante bajo su agarre, que no cedía. Un nudo de humillación y rechazo se expandió desde el fondo de mis entrañas hasta volverse incontenible, saliendo por mis ojos en lágrimas cristalinas.

Las sorbí por la nariz.

Axel se estiró a mi lado, cara a cara. Dejó de abrirme, solo dejó un dedo apretado entre la hendidura de mis nalgas, presionando apenas mi ano.

—¿Te duele?

—No es eso. —Me limpié los ojos.

—¿Puedo seguir?

Inspiré una vez más y solté el aire.

—Debes hacerlo.

—¿Te he dicho alguna vez lo dura que eres?

—Has dicho cosas así, como que soy cabezota, pero luego me castigabas.

—Solo te castigué una vez, en el baño. Todo lo demás fue una patética excusa para tener sexo duro.

Consiguió hacerme sonreír y aflojar un poco ese nudo.

—Eres muy pillo, Axel Rage.

—Discúlpame, mocosa, tengo un culo que me está esperando y con el que pretendo ser lo más pillo que pueda —soltó, poniéndose de pie.

Esas palabras, con ese tono, ahuyentaron el recuerdo de Nate y me trajeron a un lugar en el que me sentía más cómoda, donde solo estábamos Axel y yo. Mi único y embriagador secuestrador, por lo que fue más fácil cuando exprimió la pomada sobre mi anillito y la extendió en círculos, aumentando la presión.

—Quema... —gemí, sintiendo intensificarse el dolor.

—Empeorará un poco antes de mejorar: es antiséptica, pero también calmante, solo tienes que tener un poco de paciencia. Si logras relajar los músculos, podrá entrar y actuar mejor. —Apretó un poco más el tubo, su dedo la empujó hacia dentro, avanzando con una falange, salió a coger más y con ella, a medida que mi respiración se hacía más pesada, me penetró el trasero.

Mordí el nudillo, tragando saliva y aire con un silbido, contraída de pies a cabeza como si me hubiera echado sal en una herida.

Su dedo se revolvió como para esparcir la pomada por mis paredes internas, contra la tenaz contracción con la que se resistían.

—Deberían ser laceraciones superficiales, menos graves de lo que te parece. Es verdad que estás muy apretada, pero al fin y al cabo eran solo tres dedos, y Nate tiene manos flexibles, con dedos más delgados que los míos.

Solté un suspiro, y el nudillo.

—¿Cuáles? —le pregunté, porque yo no los había visto, solo los había sentido e imaginado.

Él unió el índice mojado, el medio y el anular, mostrándomelos.

—Estos.

—Venga, intenta metértelos por el culo, y luego me dices si son *solo* tres dedos. Te prestaría también los míos, pero no son lo suficientemente gruesos.

Axel se rió a carcajadas.

—Prefiero meterlos en un culo mucho más sexy, y que los necesita más.

Solté un pesado suspiro, consciente de cuánta razón tenía: necesitaba que él se ocupara de mí lo mejor que pudiera.

Axel extendió una última gota de pomada por fuera, masajeando con amplios círculos que hicieron la entrada bien resbaladiza. Las yemas de los dedos siguieron el descenso como en un remolino y el índice se sumergió de nuevo, seguido de un segundo dedo.

Me estremecí con un espasmo de la pelvis, tentada de huir. Él me tomó con fuerza por la parte alta del muslo, inmovilizándome

—Acostúmbrate con calma. —Mantuvo los dedos inmóviles mientras mi ano palpitaba caliente a su alrededor, aferrándolos. La otra mano me lamió las nalgas en un voluptuoso peregrinaje hacia el interior del muslo, pero la irritación en mi íntimo recoveco seguía siendo más fuerte que el alivio de las caricias.

—No se me pasa... —me quejé, sudando frío mientras intentaba resistir. La frente contra el colchón se movió de un lado a otro—. Dame un momento, sácalos.

—Todavía no. Intenta concentrarte en otra cosa. —Movió las caricias, metiendo la yema de un dedo entre la sábana y mi clítoris. Lo estimuló con fricciones constantes.

Levanté un poco la pelvis para darle libertad de movimiento en ese punto concreto e hice lo que me había dicho, dirigiendo mis sentidos allí. La tensión del vientre fue creciendo, extendiendo poco a poco una vivaz euforia, mientras el dolor se quedaba al margen con su palpitación de fondo. Me dieron ganas de empujar el sexo sobre ese dedo cosquilleante para conseguir una mayor fricción.

—Así, muy bien. Eres increíble, pequeñaja. —Axel, arrodillado con las piernas abiertas a mi lado, empezó a mover los dedos en mi ano, empujando y tirando hacia los lados, pero sin sacarlos. Perdí la concentración. El centro y los márgenes, así como el de delante y el de atrás, se confundieron, y el escozor se convirtió en un fuelle de oxígeno soplado sobre el fuego del deseo que se elevaba. Me estaba calentando.

Él se dio cuenta, al notar cómo se humedecían los labios de mi coño y al escuchar mi respiración.

—¿Un poco mejor?

—Bastante.

Miré hacia abajo y alargué la mano para alcanzar su sexo, deseosa de sentir cómo estaba, cuánto podía excitarlo jugar con mi culo.

Lo encontré erecto, esforzándose por salir del elástico del chándal, tremendamente duro.

—Parece que le gusta lo que me haces.

—¿Que si le gusta? —graznó, sensible a mi toque—. No sabe dónde meterse, está desesperado.

—Se lo merece. Ha sido desagradable conmigo a veces. —Lo apreté a través de la tela, intimidada por su inflexibilidad—. Pero también ha sido bueno. Me ha hecho disfrutar mucho.

—Le hace feliz que pienses eso. —Sentí un espasmo en su mano, como si fuera un verdadero destello de felicidad.

Sí, eso era justo lo que necesitaba: nosotros, la intimidad con la que nos amalgamábamos entre bromas y palpitaciones.

—Basta de dedos. Dámela, Ax.

No sé si fue gracias a la pomada o a todos los demás factores, pero mi agujero estaba mucho mejor. De forma milagrosa

—Los dedos sirven para prepararte, pequeñaja.

—Vale, pero... basta —me meneé impaciente, sin poder deshacerme de él —. Quiero más, algo más... bonito.

—¿Y más gordo? Porque es mucho más gordo, lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Le bajé los pantalones haciendo que su pájaro saliera de golpe—. Gordo y hermoso. —Para echar fuera esos tres dedos escalofriantes, que intentaban volver a mi mente por todas partes como un maldito martillo neumático—. Lo deseo tanto. —Lo agarré, deslizando la mano sobre la piel sedosa y caliente en la superficie, rígida por debajo—. Solo que... en realidad no sé si podré soportarlo estando como estoy.

De la punta del glande salió una gotita, como si de verdad estuviera llorando desesperado.

Me dirigí directamente a su polla.

—Finges ser inofensiva, pero te conozco, bonita: eres incontrolable como un demonio. —Y no quería admitirlo, pero tenía miedo. Yo, que cuando quería algo me lanzaba de cabeza. Nate me había jodido de verdad—. ¡Uf...!

—Tengo una solución —replicó el dueño del impaciente pájaro, liberando mi esfínter de sus dedos suavemente para posar la palma de su mano con delicadeza sobre mi nalga—. Lo harás tú. Yo lo sujetaré y tú lo tomarás sola, a tu ritmo.

—¿De verdad lo harás? Estarte quietecito, quiero decir.

—Pequeñaja, con tal de entrar en este culo puedo caminar sobre brasas ardientes. —Puso su mano sobre la mía y me hizo apretar con más fuerza.

—¿Estás sufriendo? —sonreí con picardía, tocando el frenillo con la yema del dedo mojada con el líquido de su excitación.

—¿Te divierte?

—Mucho.

Su boca se ensanchó más que la mía, y de forma más siniestra.

—Ya no te reirás tanto dentro de un rato.

Dejé de hacerlo en ese mismo momento. Él me agarró la muñeca, separándome de sí. Su mirada se detuvo en la mía, y yo tragué saliva con fuerza mientras retiraba el brazo.

El momento de las charlas y los rozamientos había terminado.

Axel se colocó detrás de mí.

—Abre las piernas.

Lo hice de buen grado, porque la forma en que sabía bromear y luego provocar, revelando su naturaleza oscura, había vuelto mis piernas una masa complaciente.

Me quitó el albornoz tirando de las mangas, y me dejó desnuda, amplificando mi sensación de vulnerabilidad. Se quitó los pantalones, sus rodillas apartaron las mías, abriéndome de piernas hasta que estuvo satisfecho.

—Ven aquí. —Me agarró por la base del cuello, haciéndome retroceder, y con la otra mano recorrió veloz mi espina dorsal, presionando sobre las vértebras. El escalofrío me hizo arquearme, ofreciéndole el culo.

—¿Lo sientes? —Apoyó su polla en el surco a lo largo de toda su extensión —. No espera otra cosa que a ti.

Madre mía, ¡vaya si la sentía! ¿Siempre había sido tan larga?

La enderezó, el glande pasó a humedecerse entre mis grandes labios, y fue a posarse sobre el anillito todo untado de pomada. Se adhirió a la perfección.

—Dame la mano.

Mi cuerpo se había bloqueado, fosilizado en el momento de pánico en el que sentía que algo terrible estaba a punto de suceder, pero aun así, pude darle la mano.

Él la llevó a su erección y se puso a cuatro patas, apoyando los puños de sus brazos estirados sobre el colchón.

—Guíala tú, métetela como quieras.

Podía hacerlo de verdad a mi manera, no había razón para que el corazón se me subiera a la garganta, como estaba sucediendo. *Venga, cálmate, Harper.*

Respiré profundamente, mantuve firme aquel garrote y levanté las caderas. La presión sobre el esfínter aumentó enseguida de forma desmesurada y habría jurado que él estaba poniendo de su parte, a pesar de seguir controlado.

Con la dilatación regresó una fina y traicionera puñalada de escozor. Volví a ver a Nate, la sádica sonrisa en su bello rostro, como si todavía se estuviera riendo de mí y disfrutando de mi dolor. Mi gemido de desánimo se debió por completo a él.

—Pequeñaja —murmuró Axel, besándome entre los omóplatos—. Puedes hacerlo, eres valiente y fantástica. Yo estoy aquí contigo, y te deseo tanto que me hace daño.

¿Qué diablos, qué podía decir después de palabras como esas?

—Vale, ahora lo hago. —Empecé a sudar y probablemente apreté demasiado fuerte su polla. Mis muslos temblaron como si estuvieran sometidos a fuerzas opuestas, que sin embargo estaban sobre todo en mi

cabeza, mientras mi anillito parecía indeciso entre cederle el paso o apretarse para impedirle el acceso.

Sí... ¡ah! No, todavía no.

Tal vez ahora... No, mejor no.

—Así se nos hace de día —dijo, con un tono tranquilo que ocultaba algo muy distinto. La habitación estaba a oscuras, pero acababa de anochecer, faltaban varias horas para el día—. Si no te sientes capaz, podemos hacerlo de la manera más simple. Métela en tu coño delicioso, hazme feliz, pequeñaja.

—No es suficiente para mí. —Si hubiera renunciado, me habría sentido derrotada. Nate habría ganado, haciéndome sentir débil y saqueada.

—Podemos hacerlo fuerte. Te follaré hasta que no puedas más. —No tenía dudas de que no veía la hora de hacerlo—. Será intenso igualmente. —La punta de su polla se aligeró hasta separarse.

—¡No te atrevas a echarte atrás! —le ordené, agarrándola—. Lo quiero, y quiero que te corras dentro de mí, llenándome con tu semen hasta la última gota.

Suspiró, agotado por lo mucho que se estaba prolongando la situación.

—No pido nada mejor, pero dentro de poco me voy a correr sobre tu culo si sigues haciéndolo palpitar sobre mi polla, mientras me la aprietas en la mano y dices cosas como esas.

—Lo estoy intentando. Solo déjame... —¿Qué decía ese proverbio sobre hacer pasar un camello por el ojo de una aguja? ¿Que tenías que ser pobre para conseguirlo? Pues yo soy de familia rica.

—Uh, me duele el brazo.

—Porque estás demasiado tensa y me estás estrangulando la polla. Hagamos esto: la agarro yo, tú solo tienes que echarte para atrás.

—Vale. —Pude jurar que suspiró de alivio cuando se la solté. La posición pareció mejorar bastante. Ya no era necesario que me contorsionara de lado, solo tenía que echarme hacia atrás y empalarme en su polla.

—Harper? —susurró unos momentos después.

—¿Eh?

—¿Qué esperas?

El valor.

—Es que me dan ganas de parar cuando duele, joder. —El miedo a volver a sentir ese mismo dolor causado por Nate me cerraba el paso más que la resistencia de mi pequeño recoveco—. Pero me da igual, lo quiero.

—De acuerdo, si no quieres rendirte, me encargo yo. —Me agarró por la cadera y la música cambió. Fue cuestión de pocos detalles, como la estabilidad que adquirió su cuerpo con la contracción de los músculos, o los movimientos

que se volvieron intransigentes. Una sinfonía que pasaba de un adagio a una pesada balada en do menor—. Te sujeto yo. Tranquila, intenta relajarte.

Hundió los dedos en mi cadera y empezó a empujar. Bajé el culo de inmediato tanto como pude, tratando de huir de él, pero él me persiguió y luego me mantuvo quieta, haciendo que el glande penetrara.

—¡Uh! —gemí, tanto por la reaparición de ardores casi olvidados, como por la sensación de ser abierta en una parte tan íntima, intacta hasta ese día. Pero aún así, no fue nada comparado con cuando se abalanzó sobre mí con todo su peso, sobrepasando el anillo del esfínter.

Lo hizo despacio, pero yo grité fortísimo, raspando hacia adelante con las manos, para acabar agarrándome al borde del colchón.

—¡Axeeeeel...! —gemí, sintiéndolo como una barra de hierro al rojo vivo que penetraba en la mantequilla.

—Sí, amor, ese es mi nombre. El que estás gritando. Justo como tenía que ser, mi pequeñaja. —Soltó su polla y me agarró del cabello, tirando de él hacia atrás para sujetarme así, mientras yo entraba en pánico, abrumada por el maremágnum de sensaciones tremendas y trascendentales, incluyendo esa palabra que no podía creer que había oído.

Amor.

Me separó la nalga.

—Todavía queda un poco. Resiste, quiero dártelo todo.

Avanzó de nuevo, hundiéndome la verga hasta el corazón, por lo que a mí me pareció. Cuando sus pelotas tocaron mi coño, se detuvo, abandonando la mayor parte de su peso sobre mí, encajonada entre él y el colchón.

Mi cuerpo exhausto temblaba por la enormidad del esfuerzo de aceptar su imponente pedazo en mi estrecho canal, por lo demás estábamos inmóviles. Era un momento de quietud, visto desde fuera. Por dentro, en cambio, era un violento incendio que me estaba incinerando.

Axel frotó su mandíbula contra mi oreja, aplastando mi pelvis con el peso de la suya.

—La tienes toda.

Me besó bajo el lóbulo.

—¿Qué tal se siente?

—Te siento tan fuerte... —murmuré—. Me duele, pero es un dolor diferente, que me hace arder de ganas de tenerte aquí, así.

Hubiera deseado tanto que él sintiera lo que yo sentía, la potencia de lo que me hacía.

—¿Y para ti cómo es?

Cubrió mis manos, aún agarradas al colchón, con las suyas, apretando y tirándose un poco hacia adelante, para que su polla tomara un ángulo diferente, en vertical, obligándome a arquear más la espalda.

—Para mí es el paraíso de un hombre que se ha condenado al infierno —se sinceró, exponiendo su alma asesina y herida—. Sabía que era esto lo que necesitábamos. —El aliento de su cálida respiración me lamió el cabello—. Ahora te voy a follar el culo, pequeñaja. Te haré gritar de nuevo, pero, si no lo hago enseguida, podría acabar matando al primero que me encuentre.

Me agarró por las caderas poniéndome a cuatro patas y las sostuvo mientras sacaba gran parte de su pájaro.

Hundí la cabeza entre los hombros, gimiendo, y apreté los dientes ante su nueva embestida. No me dio tiempo a recuperar el aliento cuando él se retiró para zambullirse en otra larga penetración. Luego, fue aumentando el ritmo, y yo ya no entendí nada.

Grité, tal vez. Pateé, arranqué las sábanas del colchón, babeé por la boca, aplastada contra la cama por la mano que me sujetaba la cabeza. Su pene, a fuerza de empujar como un condenado, ablandó las carnes que lo estrujaban.

—Eres magnífica, joder.

—Mmmh... Y tú follas como el delincuente que eres. —Me estaba poniendo cada vez más mojada y dócil. El dolor agudo disminuía a favor de un sórdido pulsar y de un asombroso fluir de la verga inoxidable—. No pares.

—Ni de coña voy a parar, mocosa.

Sonreí, sudada, abrumada, con los latidos a mil, ofreciéndole el culo para que continuara profanándolo, mientras un pensamiento se formulaba en mi mente.

Que le den, de verdad que aquello no fue nada, porque esto es insuperable. Demasiado abrumador, demasiado hermoso, demasiado...

—Correcto.

—¿Qué? —jadeó, apretando mis nalgas con ambas manos al salirse.

Mi ano boqueó un instante, antes de que lo tensara para abrirlo y zambullirse de nuevo.

—Tú —exhalé, aguantando la estocada.

Se rió entre dientes, agitándomela dentro.

—Ni un jurado ni el mundo entero me definiría...

—Nunca había hecho sexo anal porque estaba esperando al correcto —confesé, apretándolo para disfrutarlo por completo—. Un hombre que me emocionara y supiera qué hacer conmigo. —Y en quien confiar, pero eso no se lo diría. Creía no confiar en Axel, pero al parecer me equivocaba: en algún momento de mi secuestro, entre dificultades y peleas, algo había empezado a

cambiar. Lentamente me había deslizado hacia una especie de complicidad solo nuestra, sin siquiera darme cuenta.

—Ah, pequeñaja, ni te imaginas todo lo que haría contigo. Te daría mi peor parte —amenazó, metiendo una mano bajo mi cadera para llegar a mi clítoris.

—Dímelo —boqueé, empujada hacia adelante—. Dime cuán bastardo eres.

—Detendría el tiempo y volvería a empezar de nuevo. —Se pegó a mi espalda, gruñendo en mi oreja—. Te secuestraría mil veces, de mil maneras diferentes, bebiéndome todas tus lágrimas y tus rebeliones, para llegar siempre y de todos modos a esto: a llenarte el culo. Es lo que me pediste, ¿no? ¿Al final quieres sentir cómo te corre por dentro, pequeña mocosa?

—¡Dios mío, sí, por favor! —Sentí un profundo calor crecer en mis entrañas. La vista se me nubló en pequeños fragmentos, y el orgasmo me arrolló con fuertes espasmos anales, arrojándome a una beatitud milagrosa.

—Oh, Axel, Dios... —le supliqué, con palabras entrecortadas por la respiración agitada, cerca de tocar con un dedo un paraíso ardiente como el infierno—. ¡Hazlo ahora, necesito que te corras dentro de mí, Ax!

No había una razón racional, era solo lo que mi cuerpo pedía.

Me agarró las caderas, separándome con los pulgares y sumergiéndose hasta Dios solo sabía dónde.

—Claro, aquí tienes, tómalo todo en tu agujerito, mocosa.

Fue mucho a lo que hacer frente. Pero valió la pena porque pude sentir cómo su polla se engrosaba bajo el empuje del orgasmo, y luego, de golpe, la explosión de las contracciones con las que me roció en lo profundo su semen caliente, acompañadas de gruñidos animales.

Mi ano se lo bebió con avidez, mientras en mi vientre se extendía un ligero calor. Casi imperceptible, si no lo hubiera notado, pero yo lo noté más que de sobra. Estaba llena de Ax.

Una vez descargado el orgasmo, él se aquietó, aligerando el agarre y dejándose caer sobre la cama conmigo. Su cabeza se hundió en el hueco de mi cuello, consumiendo allí su respiración pesada. Su peso era una manta viva bajo la cual quedarme inerte, saboreando el descenso del pico sobre las alas de una blandura extática.

Parpadeé mientras subía la mirada por las sábanas revueltas, a lo largo del colchón en gran parte descubierto. Llegué hasta el ordenador, con los vídeos de las webcams activas en la mesilla de noche, y sentí una especie de disociación con la realidad. Nuestros roles, los asesinatos, mis veintiún años de vida, mi casa, e incluso esos imbéciles patentados llamados Nate... todo parecía tan ajeno a esa cama.

¿Pero cuál era la realidad? ¿Qué podía ser más real que lo que acababa de compartir con ese hombre, piel con piel?

Un disparo, una persona que cae y muere frente a ti. Me taladraba la mente, con la misma cantinela de siempre. *Fue real. No era una película, Harper. Ni siquiera dejar que te follen hasta olvidar tu nombre puede librarte de esta realidad.*

Pero yo habría querido detener el tiempo, como él había dicho, y prolongar ese momento hasta el infinito, con su polla satisfecha que se ablandaba dentro de mí y su mano asesina cubriendo la mía.

Me gustaba esa mano. Me gustaba el efecto que me causaba cuando acariciaba, apretaba, sostenía, gesticulaba... era una mano hecha para mí. Y no quería que le pasara nada.

Sentí el impulso de decirle que no se fuera, que dejara de lado las venganzas y los asesinatos para quedarse a salvo. Me daba miedo lo que enfrentaría, al ir a la caza de gente tan peligrosa.

Qué absurdo de mi parte. Él *era* el peligro. Él *vivía* del peligro. Incluso en ese momento, con su estancia en Gran Caimán, se estaba arriesgando mucho.

Revisé los videos de las cámaras web para asegurarme de que no hubiera nadie ahí fuera, inflando los pulmones tanto como el peso de Axel me lo permitía.

Él decidió aliviar mi carga rodando de lado. Su pene se deslizó fuera y yo apreté los músculos relajados para retener su semen en mí un poco más. Su mano se posó perezosamente en mi trasero, con un dedo rozando mi agujero mojado, como para verificar su estado.

—De verdad quieres retenerlo todo —me desenmascaró.

—Solo hasta que me des más —bromeé, para ocultar los pensamientos más oscuros, girando el rostro hacia él—. Tienes una reserva inagotable, ¿no?

Él sonrió, pero fue una sonrisa amarga, distante, que evitó mis ojos. Pasó a acariciarme el cabello.

—¿Fue un "que te den" eficaz?

—Atroz y formidable. —Busqué el contacto con su abdomen. Mis dedos se detuvieron a recorrer la piel de la cicatriz en relieve—. Lo que más recordará mi culo de este día es la minuciosidad con la que lo destruiste y lo llenaste de placer. Ni siquiera sé cómo lo hiciste.

—Fue un acto de egoísmo —replicó flemático.

—¿También la parte en la que esperabas que lo hiciera yo sola? —me burlé de él, riendo entre dientes—. Porque sospecho que nadie ha visto jamás a Axel Rage tan desesperado.

Nada, mis bromas ya no conseguían divertirlo.

Envolvió mi cabeza en su palma y estiró el cuello para darme un suave beso. Se demoró en el contacto de nuestros labios, dejándome con los ojos cerrados, escuchando su murmullo:

—Nadie ha visto jamás a Axel Rage perder la cabeza como un puto chaval enamorado.

Oh, dios...

Mi cuerpo agotado, mi aliento, mi corazón, todo de mí se inclinó hacia él.

—Ax... —exhalé, con un estruendo de palabras de significado insuficiente que se alzaba en el pecho.

Él negó con la cabeza.

No lo digas.

Fuera de esta habitación no hay espacio para esto. Para nosotros.

El corazón me estallaba y no podía decirlo.

Boqueé sintiendo el escozor en los ojos que se llenaban a medida que un nudo en mi garganta crecía. Me libré de ello tragándome todo, lo empujé hacia abajo con fuerza para seguir siendo la chica que él había elegido salvar: la fuerte, que lanzaba a un hombre contra una red por una lagartija. Independiente y práctica, capaz de luchar por su propia libertad con uñas y dientes.

—Bueno, cuando me interroguen, diré que te había seducido y te tenía en el puño. —Apunté mi índice a modo de pistola en su abdomen—. Pero fui clemente y te perdoné. —Me reí, haciéndome la brillante, sintiendo que mis mejillas se mojaban como si hubieran caído dos gotas del cielo.

Él me tomó el dedo. Besó un nudillo, en una quieta contemplación de cada detalle de mi rostro.

—¿Y qué responderás cuando te pregunten por qué?

Tragué con aún más fuerza, sintiendo la sal en la garganta, hasta que la respuesta, que ya estaba ahí desde hacía tiempo, rozó mi conciencia como una caricia reveladora, dándole sentido a palabras que antes no lo tenían.

—Porque descubrí que los monstruos, de la naturaleza que sean, nunca llegan por casualidad a nuestra vida.

Axel asintió.

—Bien dicho, mocosa. —Me abrazó, arrastrándome hacia sí—. Defiende a tus monstruos, al igual que a tu sombra. Siempre. Porque son tuyos.

Nuestras piernas se entrelazaron y mi cabeza encontró reposo en su hombro. Estaba tan cansada y llena. Un poco triste y un poco feliz, pero sobre todo en paz al estar recostada contra él.

Lo sentí exhalar el suspiro más largo de todos, algo que siempre me quedaría en los oídos, en cada duermevela, como recuerdo de un sueño

bizarro.

Luego me quedé dormida.

***

Me desperté solo una vez para ir al baño, luego dormí plácidamente por un largo rato. Por la mañana, cuando volví a estar despierta, me desperecé oliendo un aroma a café en el aire. El estirarse de mis brazos fue acompañado por un familiar ruido metálico que me hizo abrir los ojos de par en par.

Me incorporé, encadenada a la cama por una muñeca con unas esposas nuevas. Comprendí todo incluso antes de mirar a mi alrededor, aunque probablemente ya lo sabía desde la noche anterior.

Pero para mi corazón ese fue el peor momento.

Había comida en mi mesita de noche. Mucha comida, café y jugo de naranja. Me incliné para mirar debajo de la cama: el bolso había desaparecido. De mi lado, en el suelo, habían dejado una palangana vacía a la que apenas llegaría con lo justo, junto con un rollo de papel higiénico.

Cada objeto o prenda de Axel se había esfumado de la habitación, a excepción de algo abandonado en su lado del colchón: su camisa, que había usado como pijama, con los botones reventados, manchada de sangre, doblada de manera ordenada.

—A... Ax... —intenté llamarlo, pero la voz se me murió en la garganta porque sabía que era inútil.

Se había ido.

Tomé la camisa y me acurruqué en ella.

Había desaparecido sin siquiera despedirse. Quizás detestaba las despedidas tanto como yo. Las frases solemnes llenas de sentimiento no eran mi punto fuerte... y sin embargo me parecía haber olvidado decirle algo. Sentía que me habían robado una oportunidad importante.

Está libre, me dije. *Logró escapar y pronto yo también estaré libre. Cumplió su promesa, me devolvió a mi vida, completamente.*

Me di la vuelta hacia su lado de la cama, y presioné mi nariz contra ella para respirar su olor y reunir la fuerza para poner en práctica uno de sus consejos más difíciles de aplicar: dejar ir las cosas.

Y, joder, cómo dolía.

***

Esa noche, cuando golpearon la puerta de la habitación cerrada con llave, estaba como en trance. Gritaron ordenando muchas cosas: que abriera, que saliera, que me declarara... No tenía ganas de responder a sus órdenes. Me quedé apoyada en el cabecero, en bragas, con la camiseta *"I just love coffee & serial killers"* y con las piernas apretadas contra el pecho. Escondiendo en mi regazo la camisa que no había podido ponerme a causa de las esposas.

Derribaron la puerta con un estruendo infernal y entraron los seis a la vez, equipados, encapuchados, armados hasta los dientes.

El fusil del primer militar me localizó al instante, apuntándome.

—Mierda —murmuró en cuanto me distinguió mejor, bajando el cañón.

De hecho, no debía tener muy buen aspecto, con los ojos hinchados, rojos, velados por el pelo revuelto, la barbilla apoyada en las rodillas, y las extremidades cubiertas de los moretones de Axel y Nate. Dedos hundidos en la carne, la mayoría.

—¡Viper, la chica! —Su líder dio la orden y un segundo asaltante adelantó al primero, mientras los demás se ocupaban de inspeccionar el lugar. Se echó el fusil al hombro y se quitó la capucha, quizás pensando en infundirme menos miedo, revelando una melena rizada alrededor de un rostro joven pero decidido. Vino directo hacia mí. Tanteó la cadena, subiéndola hasta el punto enganchado a la cama.

—¡Unas tenazas! —le ordenó a un subordinado, deteniéndose luego a examinarme a mí y luego a la situación entera.

El primero sostuvo una mano en el fusil, poniéndose de guardia, y me puso la otra en el hombro, aun lanzando miradas alrededor.

—Tranquila, estás a salvo ahora. ¿Puedes decirnos cómo te llamas?

—No me toque —murmuré inmóvil.

Se inclinó, pasándome la mano por el hombro para reconfortarme.

—¿Cómo? ¿Qué dijiste?

—No. Me. Toques. —Deletreé. No fue el tono de una víctima, pero tuvo que aceptarlo de todas formas, aunque él no tuviera la culpa.

—Es Harper Montgomery —le reveló el otro, más perspicaz, o solo más informado.

—Está en estado de shock. Se necesita una ambulancia.

—No, no la necesito —lo contradije.

—Está conmocionada, pero lúcida —observó Viper.

No le permití a nadie más que me tocara, aparte de Viper, el único en la habitación que no me dirigía esa mirada de lástima de hombres que se sentían salvadores.

Él me dio un vaso de agua y sostuvo mi mano izquierda temblorosa, de manera práctica, asegurándose de que no me la derramara encima.

Le devolví el vaso y giré mi muñeca derecha encadenada.

—¿Y esas tenazas? ¿Llegan? —La agallas era la única fuerza que podía usar para no derrumbarme.

Viper se sentó en el colchón, a una distancia prudencial.

—Llegan, y yo espero aquí contigo. —Fue el único en quedarse de brazos cruzados, mientras los demás, incluido el primero, aseguraban el perímetro bajo la guía del líder, o "skip", como lo llamaban—. ¿Necesitas algo más?

—Necesitaría que no hubiera ninguna pregunta.

—No está en mis manos —respondió, sin intentar endulzarme la píldora—. Habrá bastantes.

Empezaron de inmediato, con el pretexto del *skip* de conseguir información fresca del día. Se acercó, alto y corpulento, con una radio en la mano, y comenzó a hacer preguntas.

Su rostro encapuchado estaba frente al mío, mientras mi mirada vagaba por el ridículo ir y venir de la gente. Al menos una quincena de soldados de las fuerzas especiales para capturar a un solo hombre.

El líder de la comitiva hablaba, preguntaba, y yo no escuchaba. Su voz me resbalaba encima entre la cacofonía del entorno. Los oía, dentro y fuera de la cabaña, todos estaban muy ocupados, moviéndose sin parar.

Las aspas del helicóptero bajaron la altitud del vuelo sobre la selva, haciendo vibrar los cristales. Sus haces de luz móviles se colaron dentro, danzando sobre las paredes de la habitación. El *skip* que me interrogaba tuvo que alzar la voz hasta gritar, aunque seguía sin afectarme, hasta que una frase logró atravesar la neblina de mi mente.

—Cualquier cosa que puedas decirnos sobre su fuga, cualquier detalle, podría ser importante. Sé que estás alterada, pero te necesitamos. Llevamos años tras este bastardo, y eres la única que sigue con vida y ha tenido un contacto tan cercano con él.

Mi mirada, perdida en el vacío, volvió al presente. Parpadeé, observando a aquel grandulón.

—Solo hay una cosa que sé —solté, recordando la historia de Vogan, el buzo.

Viper frunció el ceño, y el *skip* se inclinó hacia adelante, todo oídos.

—Habla, chica.

Miré el reloj en su muñeca: habían pasado doce horas, quizá más, desde que Axel se había ido. Me lo imaginé en algún barco, intimidando a quien tuviera la ingrata tarea de hacerlo cruzar el mar. Mi boca se curvó en una sonrisa satisfecha.

—No sirve de nada que se esfuercen tanto: no lo encontrarán. Eso sí que lo sé.

Y estaba feliz por ello.

Epilogo



Un año después
Hora 23.25
Caribbean Bay Cove, Grand Cayman

—¿Otra ronda? —me preguntó Nick, el camarero del Caribbean, desde detrás de la barra del área *lounge*.

Tenía una sonrisa maliciosa para cada cliente, como si pudiera leer en cada uno su deseo más turbio, y tenía además la fama de poder satisfacerlo.

Todo ordenado y pulcro, te miraba con esa cara de buen chico, desde detrás de ese flequillo larguísimo que le caía sobre el pómulo, y hacía que tuvieras la impresión de que podías confiarle cualquier cosa.

Pero yo no lo había hecho.

Después del secuestro, solía sentarme a menudo en su barra a beber sola durante las horas más tranquilas, y agradecía que él siempre estuviera allí, en silencio, dispuesto a escuchar si me apetecía hablar, sin presionarme.

En realidad, por muy poco que me hubiera abierto, Nick era la persona que, con su discreción, había conseguido arrancarme más confesiones.

Exceptuando a los servicios secretos.

Sus interrogatorios habían sido más suaves porque, para entonces, él ya estaba lejos y yo no podía revelar su paradero. Pero Axel había tenido razón sobre lo insistentes que serían. Me quebraron por agotamiento, sacándome cosas que habría preferido guardar para mí, obligándome a repetir las mismas respuestas decenas, sino cientos de veces.

Sí, hubo relaciones íntimas.

No, fue consensuado. No, no era su cómplice. Me secuestraron, quería escapar... ¡No, no, no! Quise quedarme con él. No, no vi a nadie más... A veces tenía la sensación de que ya sabían las respuestas. *No le oí hablar con nadie más... con nadie más, ¿¡en qué idioma tengo que decíroslo?!*

Mentía a menudo, aunque Axel me hubiera pedido que fuera sincera. Tenía miedo de decir algo que pudiera perjudicarle, y era terriblemente celosa de lo nuestro. Jamás lo habría compartido con nadie incapaz de entenderlo, empezando por mi padre, que me veía como una víctima a la que habían lavado el cerebro. Por eso, en lugar de ir a terapia —como insistía mi madre—, prefería los Mai Tai de Nick y su presencia discreta.

—Gracias, pero aquí me planto —le respondí, encaramada al taburete. Jugueteé con la pajita en el fondo del vaso, machacando el trozo de lima de mi cóctel. Empezaba a sentir la cabeza un poco ligera, señal de que era el momento de parar.

—¿Me pones una naranja?

Empujé suavemente el vaso, haciendo que se deslizara por la barra.

Él lo atrapó al vuelo.

—Claro. Una rodajita de naranja con una hoja de menta. —Recordaba cómo me gustaba, siempre dispuesto a complacerme.

Al girarse, tropezó con algo grande. El vaso se le escurrió de las manos y rodó por la barra, mientras él se lanzaba detrás para atraparlo antes de que cayera.

—¡Hos...! —Se interrumpió a tiempo, porque era un caballero de los que evitan soltar tacos... al menos cuando están trabajando.

—Puta —acabé la frase por él.

La parte superior de una cabeza, con el pelo ondulado rubio castaño, asomó un palmo por encima del borde de la barra.

—¿Sigue ahí? —preguntó Chris, haciendo vagar sus ojos heterocromáticos más allá de mí, a la derecha y a la izquierda, por entre los salones de estilo *melange*.

—Sí que está —refunfuñó Nick—. Está sentada en la mesa siete, y no para de mirar alrededor con la esperanza de que aparezcas. Va por la tercera copa de champán... al final va a acabar bastante borracha.

Se referían a una mujer de unos treinta años, enfundada en un vestido violeta. No le habría costado encontrar compañía, dado su aspecto, pero estaba claro que tenía puestas sus esperanzas en el socorrista.

Me quité una chancla y me incliné sobre el mostrador para darle varios golpes en la cabeza a Chris.

—¡Tienes que! ¡Dejar de! ¡Engañar! ¡A las turistas!

—¡Eh, peste! —Se dejó caer de culo y levantó un dedo en señal de advertencia—. ¡Calma, eh! Que no soy un muñeco.

—¿Ah, no? —Nick se echó un trapo al hombro.

—¡Ahora ve y dale un repaso, Chris! —Dirigí mi dedo a él, manteniéndolo más rígido que el suyo—. Es tu responsabilidad, visto que tanto te gusta hacerte el guay en la playa.

—Yo no me hago el guay en la playa, yo trabajo en la playa, para que lo sepas. —Le arrebató la rodaja de naranja que Nick acababa de cortar, ganándose un manotazo en la mano. Se la comió entera, incluida la cáscara—. Y de todas formas, por hoy ya he cumplido. No me queda nada, te lo juro, tengo las pelotas más vacías que un charco en el desierto.

—Eres un golfo. —Cogí la media luna de naranja con menta que me pasaron en la punta del cuchillo—. Al final acabarán secuestrándote y atándote a una cama, y bien merecido lo tendrás. Son cosas que pasan por aquí, ¿sabes? —rematé con fina ironía.

Nick siseó como si hubiera tocado un hierro candente. Pero había sido yo quien lo había hecho.

Chris se puso de pie. Su cara perdió por completo el aire cómico de *playboy* en apuros. Apoyó los codos en la barra sin mirar a nadie más que a mí, revelando al hombre que había detrás de la máscara de chico malo de la playa. Sus ojos azules, en particular el que tenía pigmentaciones cobrizas, me miraron fijamente, severos. La mandíbula se tensó con un irritado tic nervioso.

—¿Qué pasa? —Gesticulé encogiéndome de hombros—. ¿Es que no puedo hacer humor macabro? Al fin y al cabo, debería ser yo la que fuera sensible a los chistes cínicos.

—Pues no tienen ninguna gracia. No fue nada bonito verte en ese estado. —Cuando Viper me había traído de vuelta al resort, Chris había sido el primero, junto con Haley, en recibirme y quedarse a mi lado. Mi tío llegó unas horas más tarde, y mis familiares un día y medio después.

"No es lo que parece" les había dicho a mis dos amigos.

"Parece que estás sufriendo como un perro", me había abrazado Haley.

"Entonces sí, es justo lo que parece", le había respondido yo.

Chris se había quedado al margen, temiendo que le molestara el contacto con un hombre. Porque no era estúpido y había entendido muchas cosas con una sola mirada a mi cara y a mi cuerpo semidesnudo.

"Abrázame, gilipollas" , le había dicho. Él había corrido a abrazarme y me había estrujado con tanta fuerza que había despertado todos y cada uno de mis moretones. Y me había sentado bien.

—Es mi manera de quitarle hierro al asunto, Chris. Y me gustaría mucho que tú también te rieras de ello. Ha pasado un año, sé que fue traumático para ti, pero ya deberías haberlo superado —me burlé de él.

Él me estudió, indeciso, inclinado sobre la barra. Debo decir que siempre era un bonito espectáculo de observar, con aquella melena rubia salvaje, la camisa abierta hasta la mitad sobre la extensión de músculos tonificados y collares, y los iris diferentes, a los que era difícil acostumbrarse.

—Estás contenta tú... —murmuró, mordiéndose una mejilla.

No diría que estuviera precisamente contenta, pero hacía mi mejor esfuerzo para seguir adelante, eso sí.

—Ay, ya te ha visto. —Nick mantuvo la mirada baja en el daiquiri de mango que estaba preparando, logrando a la vez hablar con nosotros y vigilar su reino, incluida la chica de violeta—. No parece una asesina, ni siquiera creo que haya espacio para un revólver debajo de ese vestido. —Le dio una palmada en el hombro a su amigo—. En cualquier caso, no te preocupes: si llegaras a desaparecer, esta vez no esperaremos demasiado para llamar al FBI.

Volví la palma hacia arriba, sonriendo.

—Mira, ¿ves? Esto es un chico listo.

Chris deslizó los antebrazos por la barra, enderezándose.

—Empiezo a sentir lástima por tu secuestrador, peste —se alineó con nuestro humor, aunque no del todo convencido.

Un poquito, lo admito, al escuchar a Axel salir a colación, la tristeza resurgió. Tuve que tragar para ahuyentarla. El sabor me pareció tan amargo que me metí entre los labios la rodaja de naranja y la hojita, chupando todo menos la cáscara.

—¿Vienes a la hoguera, después? —preguntó Nick, refiriéndose a la hoguera que con frecuencia los chicos del Caribbean y de otros resorts encendían una vez que terminaban sus turnos de trabajo.

Sonreí ante el cambio de tema, porque Nick no sabía leerme el pensamiento como lo había hecho Axel, pero tenía un sexto sentido para entender el estado de ánimo de la gente.

—Estoy un poco cansada. Quizá mañana.

Chris me quitó de los dedos la tira de cáscara de naranja y se la comió.

—Yo también paso esta noche. —Finalmente se decidió a encontrar la mirada de su acosadora. Deslizó sus ojos desde el escote vertiginoso de ella hasta los tobillos y pareció recuperar la energía—. Prepárame dos copas, Nick. Algo ligero.

—Buena suerte. —Me deslicé del taburete y me acomodé los shorts suaves que llevaba, sacándomelos del culo—. Buenas noches, chicos.

Nick, siempre liado, me lanzó un guiño batiendo las pestañas contra el flequillo.

—¿Te vas?

—Sí. Estoy cansada.

Me despedí forzando un bostezo y crucé el área *lounge* con todos sus sofás y velas, tomando uno de los senderos que se ramificaban desde la piscina central.

No estaba nada cansada, solo quería estar sola. Caminaría por el laberinto de senderos delimitados por cuerdas, entre luces bajas y vegetación, hasta llegar a la playa. Luego me sentaría en una roca a mirar la luna, e inevitablemente mis pensamientos irían hacia *él*.

A saber en qué parte del mundo estaba. Si se encontraba bien, si estaba... vivo. Algo, quizás solo la esperanza, me decía que sí.

Una tarde, aproximadamente un mes después de mi secuestro, estaba saliendo de una librería en St. Augustine, donde vivía. Un hombre se había bajado de un coche negro aparcado al borde de la carretera y se había acercado a mí. Al ver esa sombra oscura con gafas de sol y una gorra de béisbol en la cabeza, me quedé paralizada como una estatua de sal. Luego lo reconocí: Viper.

Me entregó una bolsa de plástico transparente con las etiquetas de referencia de las pruebas. Dentro estaba la camisa que la policía científica me había quitado.

—No le digas a nadie que te la he dado. —Me la puso en la mano y se dio la vuelta.

—¡Espera, Viper! —Lo había perseguido—. ¿Pero tú quién eres? Aparte de un militar, quiero decir.

—El encargado de devolverte la camisa.

—Sí, pero... ¿de parte de quién?

Se había limitado a sonreír, porque la respuesta era demasiado peligrosa. Y el mundo era demasiado corrupto, incluido él. Pero a mí no me importaba, todo lo que contaba era ese gesto, sabiendo que detrás estaba mi secuestrador. Su deseo de que me acordara de él, y de lo que había habido entre nosotros.

Esa camisa era la única cosa material que me quedaba de él. Todo lo demás me lo había dejado dentro, para que me invadiera la cabeza y el corazón.

Había pasado un período muy breve con Axel, pero profundamente significativo. Y, en los meses siguientes, había llegado a algunas conclusiones importantes.

Primero: el tiempo no puede borrar un sentimiento cuando este es real, sin importar el contexto.

Segundo: la sintonía entre nosotros, ese perfecto paso de corriente entre un polo positivo y uno negativo, no era algo que pudiera madurarse con el tiempo. Ni podía elegirse con quién hacer que funcionara. Como muchos sostienen, esa magia existe o no existe. Y tienes suerte si te encuentras con ella una vez en la vida.

Tercero: el corazón vence a la razón tres a cero.

Soy hija de un juez, la justicia para mí era mucho más que un concepto abstracto, era una marca de fábrica. Había desarrollado un fuerte e ineludible sentido de la justicia, y del derecho inviolable a la vida de cada ser humano. Pero no había tenido en cuenta que ningún sentido de la justicia podía decirle a mi corazón cómo latir, o a mis pulmones cómo respirar.

Después de haber saboreado ese calor intenso y envolvente, pleno de confidencias, miradas, posesión y cuerpos temblorosos, de repente me lo habían arrebatado. Solo entonces comprendí, quizá demasiado tarde, que nada podría volver a igualarlo.

Tenía que resignarme a vivir con esa ausencia. Y eso era exactamente lo que estaba intentando hacer, pero para conseguirlo necesitaba estar sola por mucho tiempo.

La noche estaba clara y cálida, tranquila, como la de un año y catorce días atrás. El aire fresco me rozaba las piernas desnudas y el arco de los hombros, que la ligera camiseta que llevaba dejaba al descubierto. Probablemente era la invitada menos elegante del resort, pero podía permitírmelo, además debía reconocer que me importaba muy poco cómo me viera.

Opté por el camino más largo, eligiendo los senderos menos transitados, solo para terminar, como siempre, en el mismo de aquella noche. Había un silencio especial en ese lugar, con el canto de fondo de las aves nocturnas.

Lo que me hizo detenerme fue el sonido de unas hojas crujiendo a mi derecha, entre los tupidos arbustos en flor.

—¡Psst! ¡Psst! ¡Fuera! —Oí unos sonidos humanos—. ¡Fuera! ¡Oh! ¡Psst! —Quienquiera que fuera, empezó a dar palmadas, moviendo las ramas a medida que avanzaba hacia mí.

De allí salió una iguana azul de las Caimán, corriendo a toda velocidad. Atemorizada, cruzó el camino por delante de mis pies y pasó por debajo de las cuerdas, escapando hacia el bosque.

Del mismo grupo de arbustos, un poco más adelante, salió un niño de piel negra, que contrastaba con sus ojos de esclerótica blanquísima. Se reía, lanzando miradas furtivas, mientras corría por el sendero con una jaula abierta en la mano.

—¡Espera! —grité.

Tuve solo unos instantes para decidir a cuál de los dos perseguir: elegí a la iguana.

Me adentré en la vegetación, alejándome de las luces del sendero. Una sensación de déjà vu me invadió. La abracé con todas mis fuerzas, me hundí en ella como en un trance, sintiendo mis latidos acelerarse con mi paso rápido.

En cierto momento, vislumbré la cabaña que había sido de Sullivan. Una mancha más clara entre las frondas oscuras, apenas iluminada por una lucecita encendida en el interior. Me detuve, dejando escapar a la iguana, en ese lugar que sentía que no tenía tiempo.

—Reincidente —pronunció una voz dura, no muy lejos.

Mi corazón perdió completamente el rumbo y empezó a golpearse contra las costillas. Me volteé lentamente y vi, a unos quince metros de distancia, a un hombre agachado en la sombra, con la espalda apoyada en una palmera. Llevaba una gorra negra calada sobre la cabeza y los codos apoyados en las rodillas, mientras giraba una ramita entre los dedos.

Lo habría reconocido entre mil.

Lo sentía en la piel.

Tuve que respirar hondo antes de poder dirigirle la palabra con un tono lo suficientemente firme.

—Entonces es verdad que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen.

Cómo conseguí mostrarme serena y controlada, sigue siendo aún hoy un misterio.

—Depende —replicó Axel, jugando con el palito.

Las piernas me temblaban como hojas al viento.

—¿De qué?

Él se levantó.

—Vuelve si sabe que puede encontrar algo a lo que ha entendido que no puede renunciar. —Levantó la barbilla, mostrando sus ojos tormentosos—. La única cosa que no puede dejar ir.

No pude seguir allí, desmoronándome. Corrí como una loca y me le eché encima.

Axel me cogió al vuelo, levantándome del suelo. El gorro se le cayó, liberando su melena, que estaba un poco más larga que un año antes. Me aferré a él: su cuerpo pegado al mío, su olor, su fuerza, su todo... era como volver a volar.

—Te quiero, te quiero, te quiero... —Subí besando su mandíbula una y otra vez, renaciendo, finalmente libre de expresar lo que llevaba dentro, lo que no podía confesar y que nadie hubiera podido entender.

—Yo también te quiero, pequeñaja. —Me besó la boca con ímpetu, empujando, tomando, y encontrándome perfectamente en sintonía, como si lo hubiéramos hecho durante un año entero—. Joder, cuánto te he echado de menos.

—¡Joder, cuánto has tardado! —Dios santo, lo había encontrado hacía un minuto y ya tenía el rostro mojado. Desde aquella fatídica noche, todas mis lágrimas se habían vuelto suyas. Solo suyas.

—Tenía que arreglar las cosas.

Podía imaginármelo, de hecho me lo había repetido hasta el cansancio. Cosas como evitar que le dispararan a la vista, y que me encerraran por complicidad en un asesinato. Los servicios secretos me habían vigilado durante meses, acercarse a mí era demasiado arriesgado en ese período. Luego estaba de por medio el asunto de Nate y de su mandante. Todo eso casi me había hecho perder la esperanza.

—¿Lo has arreglado todo?

—Todo. —Sus manos me sujetaron, agarrándome las nalgas—. Para poder volver a secuestrarte, y empezar de nuevo.

Esa palabra, "secuestrarte", me dio un escalofrío, porque ya no era una de esas chicas que fantasea con ser secuestrada, sino una que sabía lo que significaba vivirlo de verdad.

—¿Y a dónde me llevas esta vez? —Me reí, enredándole los brazos alrededor del cuello y las piernas alrededor de la cintura.

—Donde quieras —me besó bajo el lóbulo. Desde ahí, bajó hacia mi hombro descubierto, continuando el murmullo contra mi piel—. ¿Qué te parece Andalucía?

—¿Por qué Andalucía?

—Me han dicho que hay un centro especializado, uno de los más avanzados en el estudio de los reptiles...

Moví la cabeza hacia atrás, continuando por él:

—...En el Parque Nacional de Doñana. —No había elegido un destino al azar, había pensado en mí.

—Exacto. —El siguiente beso me hizo cosquillas en el hueco del cuello—. Además, sé que hay un local exclusivo que no está nada mal, en una playita aislada, a cuarenta minutos en coche: "La iguana azul".

Su boca se abrió para morderme, y yo lo detuve tirándole de la cabeza por el pelo. Estaba sorprendida y sedienta de respuestas.

—¿El local es tuyo?

—Es mío —asentí, orgulloso.

Había dicho que me amaba, pero esa fue la verdadera declaración de la magnitud de sus sentimientos por mí.

—¿Cambiaste de profesión?.

—Digamos que estoy en el buen camino.

Dejé de tirarle del cabello para suavizar la mano sobre su cuero cabelludo.

—¿Cómo es posible?

—Es una larga y criminal historia, de chantajes e intercambios de valiosa información en mi poder, que no quieres saber.

Incliné la cabeza, abrumada por las novedades que me costaba procesar.

—¿De verdad no quiero saberlo?

—Te aseguro que no. Ciertamente no hoy. —Esperó mi reacción, poniéndome a prueba para ver si realmente lo aceptaría tal como era, con todas sus fechorías y su deseo de una vida mejor conmigo. Si por él iría incluso en contra de la voluntad de mi padre.

¿Se puede amar a un delincuente? La respuesta era lo opuesto a la que habría dado antes de conocerlo: sí, se puede, incluso si ha cometido actos contrarios a tu moral. Se puede, si atrapa tu corazón, te protege y decide dejarte libre, poniéndote frente a él mismo. Se puede, si volver a encontrarlo te hace sentir como la persona más feliz sobre la faz de la Tierra.

—Lo importante es que has vuelto.

—Tú me lo has puesto más fácil. Si hubiera hablado de Nate y de mis planes cuando te interrogaron, probablemente todavía estaría tratando de resolver la situación

Estaba segura de que Axel sería más despreciativo que yo durante el interrogatorio. A su lado, me sentía como un gatito maltratado con el pelo erizado, resistiendo como podía. Pero, aun así, un gatito bastante duro, eso sí.

—Me interrogaron durante días. No entendían, y yo no quería que entendieran...

—Lo sé, has estado increíble, una verdadera leona. Grande y fuerte. —Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja y barrió una lágrima rezagada de mi pómulo, admirando mi rostro—. He visto cómo reaccionas ante las dificultades: nadie es más grande que tú, pequeñaja.

—Sí, en efecto, es verdad —bromeé, regodeándome en ese cumplido, que venía del hombre más tenaz que conocía.

—¿Qué dices, entonces? ¿Te apetece venir conmigo a España? —Axel me apretó el culo, pegándome a su pelvis—. ¿Flamenco, sangría, lagartijas y baños sin bañador?

Acentué el movimiento frotándome contra él.

—No lo sé, cabrón —dije, segura—. Depende...

—¿De qué?

Me zafé para que bajara. No estaba muy contento, pero aflojó el agarre y me dejó deslizarme hasta el suelo.

De pie frente a él, retrocedí con un paso cauteloso y luego otro. Una sonrisa traviesa se dibujó en mi boca.

—Depende... si consigues atraparme.

Giré sobre mis talones y escapé.

Echando un vistazo atrás, vi aparecer su sonrisa depredadora, mientras me daba unos segundos de ventaja antes de lanzarse a la persecución.

Verlo lanzarse me produjo un subidón de adrenalina.

Corrí a toda prisa, sin atreverme a mirar atrás, como si estuviera siendo perseguida de nuevo. Al recordar aquella noche, el corazón me latía con fuerza, robándome el aliento y convirtiéndose en un torbellino de emociones. Incluso mi piel parecía vibrar, como si fuera eléctrica, mientras las ramas rozaban mis brazos.

Casi tropecé con una raíz. Se me escapó un grito, primero por perder el equilibrio, y luego por la mano que me sujetó del brazo, haciéndome retroceder contra un cuerpo firme.

Axel me tapó la boca y me giró con un movimiento calculado. Me hizo caer al suelo con una zancadilla, acompañándome en mi caída de una manera tan resuelta y precisa que me hizo sentir por completo la impotencia de mi frágil ser en sus manos criminales. Justo lo que quería sentir.

Se inclinó sobre mí, empujándome a abrir las piernas. Su mano me aplastó la cabeza contra el suelo, sin dejar de presionar sobre mi boca.

—¿Te gusta jugar a escaparte? —sus ojos brillaban en la oscuridad. Estaba excitado, le encantaba perseguirme así—. Y aun así deberías saber cuáles son las consecuencias, mocosa. —Se bajó sobre mí, hurgando furiosamente en la bragueta de sus pantalones—. Te capturaré y te haré mía, cada vez. —Hizo a un lado a un lado la entrepierna de mis shorts, suaves y anchos, junto con las bragas.

Me aferré a su cuerpo, sin estar preparada, después de tanto tiempo: su miembro me penetró con un poderoso empuje, abriéndome a él. El gemido

que dejé escapar se perdió en su mano, mientras yo temblaba entera, abriendo las piernas.

La tierra estaba fresca y áspera bajo mi espalda. En el cielo oscuro, más allá de las ramas, brillaban estrellas a años luz. Mi cuerpo estaba sometido a una abrumadora presión interna y externa, porque dentro y fuera de mí estaba Axel.

Todo parecía haber vuelto a su lugar.

—¿Y bien? —me dijo, empujando con metódico vigor—. ¿Qué respondes, ahora?

Me liberó la boca para que pudiera dar mi veredicto. Mi respiración agitada hizo de mi respuesta un susurro:

—¿Tengo otra opción?

—¿La querrías? —respondió con su voz sombría.

Elevé la mirada hasta sus manos, que me aprisionaban los muñecas.

—No.

—Entonces no la tendrás. —Se inclinó para besarme, de acuerdo con mi respuesta—. Simplemente te tomaré, mocosa.

No podía esperar.

Lo rodeé con las piernas. Mis talones presionaron sobre su trasero, prolongando su embestida.

—Y yo te tomaré a ti, delincuente.

Cerré los ojos. Sentí la soledad, depositada durante más de un año en mis entrañas, ser extirpada poco a poco por el vaivén cadencioso de Axel, en un ritmo obsesivo, embriagador.

Y empecé a gozar de verdad.



Gracias por llegar hasta aquí.
Espero que hayas disfrutado de este ebook.
Me encantaría leer una reseña tuya en Amazon o en las redes sociales,
¡todas las **opiniones** son **importantes** para mí!

Si quieres descubrir otras de mis historias,
¡visite este enlace!

Anna

Para conocer nuevas publicaciones, extractos y promociones, sígueme en: